





AÑO 11.

NUM. 131.



LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

NOVIEMBRE 1899

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

LA ESPAÑA MODERNA

LA

LA ESPAÑA MODERNA

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

IMPRESION EN LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA DE LA ESPAÑA MODERNA

LA ESPAÑA MODERNA

CONTRIBUCION A LA HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA

CONTRIBUCION A LA HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA

TIERRAS VIRGENES

(CONTINUACIÓN).

XXX

Quince días después, en la misma habitación, Nejdánof, inclinado sobre la mesa de tres pies, á la pobre y débil luz de una vela de sebo, escribía á su amigo Silin. Era ya muy avanzada la noche. En el diván y en el suelo se veían algunas prendas de vestir, todas estropeadas. Sobre los vidrios de la ventana golpeaba la lluvia incesante: grandes ráfagas de viento tibio soplaban de cuando en cuando.

«Querido Wladimiro: te escribo sin poner dirección; confiaré esta carta á un peatón, que la echará al correo en una estación distante, porque mi presencia aquí es un secreto; revelar este secreto sería perder también á otra persona. Te bastará saber que estoy en una fábrica con Mariana desde hace quince días. Nos escapamos de casa de Sipiaguin el mismo día que te escribí. Hemos encontrado hospitalidad aquí en casa de un amigo, que se llama Basilio y que está al frente de una fábrica. Es un hombre excelente. Nuestra estancia en esta casa no es más que transitoria. Esperamos á que llegue el momento de obrar; la verdad es que, á juzgar por lo que observo, ese momento está aún muy distante. Mi querido Wladimiro, estoy triste, muy triste.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO MARCELOMBA

Ante todo, te diré una cosa: aunque Mariana ha huído conmigo, entre nosotros no median otras relaciones que las de hermano con hermana. Me ama y me ha dicho que será mía si yo reconozco en mí el derecho de exigírselo.

No reconozco en mí ese derecho, mi querido Wladimiro. Cree en mí y en mi honradez, y no la engañaré. Estoy seguro de que no he amado hasta ahora, y de que jamás (de ello estoy bien seguro) amaré á nadie más que á ella. Mas ¿cómo podría unir yo su destino al mío? ¡Atar un ser vivo á un cadáver, ó, por lo menos, á un cuerpo medio muerto! ¿Qué diría mi conciencia? Me responderás que si mi pasión fuese más fuerte, mi conciencia se callaría..... Pero, en rigor, yo no soy más que un cadáver, honrado si quieres, y lleno de buenas intenciones. No me echés en cara, te lo suplico, mi exageración habitual..... ¡Cuanto te digo es la verdad, la pura verdad! Mariana tiene un carácter muy reconcentrado. Actualmente está totalmente consagrada á la obra en la cual tiene fe..... mientras que yo.....

No hablemos más de amor ni de sentimientos puramente personales, ni de cosa que se le parezca.

Hace quince días que me he lanzado en medio del pueblo, y lo cierto es que hay pocas cosas más tontas que esta ocupación. La falta está en mí. No soy esclavófilo; no soy de los que están enamorados del pueblo y apetecen el contacto de ese elemento cándido y fuerte. No me lo aplico sobre mi pensamiento enfermo como un *parche de franela*. No, antes al contrario, quiero influir en él, pero, ¿cómo?

¿Por qué medio? En realidad, cuando estoy con gentes del pueblo, no hago más que prestar oído á lo que dicen, y observar; mas cuando trato de hablar, no acierto á hacerlo bien. Veo que no sirvo para nada. Me hago á mí mismo el efecto de un actor que desempeña un papel que no encaja con sus facultades. A veces me asalta un sentimiento de concienzuda buena fe, que acaba por trocarse en duda, y hasta en un impulso de mal humor contra mí mismo.

La verdad es que todo esto vale bien poco. Me disgusta pensar en tales cosas y contemplar este traje que me he puesto: un verdadero traje de máscara, como dice Basilio.

Se asegura que es preciso empezar por estudiar la lengua del pueblo para conocer sus costumbres y sus hábitos..... Esto es falso, falso de toda falsedad. Ten fe, cree lo que dices, y habla como quieras.

He tenido ocasión de oír una especie de sermón predicado por un profeta raskolnik.

Sólo Dios sabe qué especie de mezcolanza hacía de expresiones bíblicas, de frases de libros y de modos de decir populares, no rusos, sino en el dialecto de la Pequeña Rusia, pronunciando *ts* por *t*, *é i* por *e*. De continuo volvía á repetir las mismas frases, como gallo silvestre cuando canta. ¡El espíritu me posee! ¡El espíritu me posee! Sus ojos parecían carbones encendidos; era su voz sorda y potente; apretaba los puños; parecía de hierro aquel hombre. Sus oyentes no entendían ni una palabra; pero, ¡qué veneración! ¡Qué éxtasis! ¡Y le seguían!

Cuando comienzo á hablar, parezco un delincuente que pide perdón. Hacerse raskolnik..... ¿y para qué? Su ciencia es fácil de adquirir..... pero la fe, la fe, ¿dónde encontrarla? Mariana tiene fe. Desde que amanece está trabajando siempre al lado de Tatiana, una buena mujer, no del todo tonta, la cual, entre paréntesis, pretende que queremos simplificar-nos, y no cesa de llamarnos simplificados. Como te decía, Mariana está constantemente al lado de esa Tatiana, siempre en pie, siempre activa y moviéndose como una verdadera hormiga.

Está contentísima porque se le van poniendo las manos rojas y ásperas, y espera de un momento á otro que llegue la hora de subir al cadalso, si es necesario. Cuando voy á hablarle de mis sentimientos, siento una especie de vergüenza: me parece que extendiendo mi mano para coger lo que pertenece á otro..... Además, su mirada..... ¡oh!, aquella terrible mira-

da, sometida é inerte, que parece decir: «Seré tuya si quieres..... pero ¡acuérdate!.....» ¿A qué esto? ¿No hay algo más grande y mejor sobre la tierra?

Lo que quiere decir en otros términos: «Ponte tu kaftán remendado, y *ve al pueblo.*»

¡Oh, cómo maldigo entonces mi naturaleza nerviosa, mis sentidos, por extremo delicados, mis desalientos por cualquier motivo, toda esa herencia de un padre aristocrático! ¿Con qué derecho me ha arrojado á la vida, dándome órganos en absoluta discrepancia con el medio en que me veo obligado á vivir?... ¡Engendrar un pájaro y lanzarlo al agua! ¡Dar la vida á un estético y sepultarlo en el lodo!... ¡Crear un demócrata, un amigo del pueblo, y que este demócrata sea de tal suerte que el solo olor de la *vodka* le produzca náuseas y casi vómitos!...

Ahí tienes... Me dejo arrastrar hasta el punto de blasfemar de mi padre. Si soy demócrata, la falta es mía y no suya.

Sí, Wladimiro, esto va mal.

Me asaltan ideas perversas, ideas grises. Pero acaso me dirás: ¿es posible que en el espacio de quince días no hayas encontrado una sola vez alguna cosa que te consuele, algún individuo, ignorante sí, pero leal?

A esa pregunta, ¿qué he de responderte? En efecto, he encontrado algo de eso; he encontrado á un hombre excelente, de inmejorables condiciones; pero tanto yo como mis folletos le somos completamente inútiles; sí, inútiles. Creo que ya te he dicho su nombre otra vez. Un empleado de la fábrica (mozo muy agradable y muy inteligente, verdadero brazo derecho de Basilio, y que ha de ser un jefe con el tiempo), Paul, digo, tiene un amigo llamado Elisario, bonito nombre, ¿verdad?, un espíritu firme, un alma libre y sin nebulosidades; pero aunque hablamos muchas veces, es lo cierto que entre nosotros dos existe una muralla: me mira con una expresión que quiere decir: ¡No! ¡no! ¡no!

He trabado conocimiento con otro que pertenece al núme-

ro de los violentos. ¿Para qué tan bellas palabras?—me ha dicho.—Una sola basta. Siendo propietario, como eres, ¿quieres, sí ó no?—A lo cual yo le he respondido:—¿De dónde sacas tú que sea un propietario? (Hasta recuerdo que le dije que Dios te bendiga.) Pero si eres pueblo,— me ha replicado,— ¿á qué viene todo eso que nos cuentas?... Te ruego que me dejes tranquilo.

He hecho una observación: los que os escuchan de buen grado y que reciben los folletos sin hacerse de rogar, puedes estar seguro de que son espíritus débiles que ceden al viento, como aquí se dice. Otras veces tropieza uno con un hablador, uno que se las echa de instruido, cuya ciencia consiste en repetir como tema favorito una misma palabra.

Uno de ellos me ha mareado con la palabra *producción*. A cuanto le decía, me respondía siempre: ¡Ah! ¡sí... ya sé... ¡la producción!... ¡Al diablo con él!

Otra observación... ¿Te acuerdas?—de esto hace ya bastante tiempo.—Se hablaba de los hombres que son *demasiado Hamlet*... Pues entre los aldeanos, pásmate, hay hombres como esos. La mayor parte son de condición enfermiza. Personas interesantes que nos escuchan de buen grado, pero que, tratándose de la acción, no valen un kopek... son idénticos á los Hamlet de otro tiempo.

¿Qué hacer? ¿Fundar una imprenta clandestina? Para qué. No nos faltan folletos. Tenemos algunos que dicen al campesino: «Haz la señal de la cruz, y coge el hacha;» otros que dicen sencillamente: «Coge el hacha.»

Escribir novelas de tesis sacadas de la vida popular. Puede que no se imprimiesen siquiera. ¿Es preciso verdaderamente tomar el hacha? Mas ¿contra quién, con quién y para qué? ¿Para que un soldado de la nación te descerraje un tiro? Esto, en rigor, no sería más que un suicidio un poco complicado. Si me viese en ese caso, preferiría matarme por mi mano. Por lo menos podría elegir la manera, la hora, y hasta el lugar de mi cuerpo en que había de apoyar el cañón de la pistola.

En verdad te digo, que si en este momento estallase guerra no importa dónde, una guerra popular, iría á tomar parte en ella, no por luchar á favor de esta ó de la otra idea; para acabar de una vez.

Nuestro amigo Basilio, el que nos ha dado hospitalidad, es un hombre feliz. Es de los nuestros; pero ¡qué tranquilo está siempre! Nada le impacienta. Si fuese otro, le habría dicho mil injurias..... Pero á él no puedo..... La verdad es que todo depende del carácter y no de las opiniones. Basilio es un carácter de una pieza. Y tiene razón.

Pasa muchos ratos con Mariana y conmigo. ¡Caso curioso! Ella me ama y yo la amo (no te sonrías; te aseguro que es la pura verdad); y no encuentro, sin embargo, nunca motivo de conversación; en cambio, con él habla, discute y escucha. No tengo verdaderos celos de él; toma medidas para buscarle una colocación; á lo menos lo inquiere por todo el país; pero siento gran amargura cuando los contemplo.

Sin embargo, yo no tendría más que pronunciar la palabra matrimonio para que Mariana aceptase inmediatamente; el clérigo Zossimo entraría inmediatamente en escena y entonaría el canto de *Isaias* (1), y todo lo demás del ritual. Pero te aseguro que no sería más feliz, y que en nada cambiaría, absolutamente en nada. Me hallo en una situación sin salida.

¡Ah, sí! La vida me ha destroncado, como nos decía, ¿te acuerdas? el borracho de nuestro sastre, quejándose de su mujer.

Creo, sin embargo, que esto no durará mucho tiempo. Presiento que algo inesperado se aproxima.

¿No pido la acción inmediata? ¿No he probado yo mismo que hace falta empezar? Pues bien: empezaremos.

No sé si te he hablado de otro amigo que tengo, de un moreno, pariente de los Sipiaguin. Me parece que éste nos prepara un caldo difícil de tragar.

(1) Cántico que se entona al celebrarse el matrimonio.

Quisiera acabar mi carta; pero, ya lo ves. ¡Cuando escribo cualquier cosa, acabo por hacer versos. No se los leo á Mariana, porque no le gustan..... Tú.... tú los elogias algunas veces, y, sobre todo, no se los lees á nadie.

Me ha conmovido un hecho que se produce en toda Rusia....., Pero, lee esos versos:

«SUEÑO

Hacía mucho tiempo que no había vuelto á ver el lugar de mi nacimiento; pero no he encontrado en él el menor cambio: aspecto de muerte, ausencia de pensamiento, casas sin techo, murallas arruinadas, fango y mal olor, y pobreza, y miseria, miradas de esclavos insolentes ó taciturnos: todo está lo mismo. Nuestro pueblo es libre, y sus manos, como otras veces, penden inertes.

¡Sólo en una cosa hemos aventajado á Europa y al Asia y al mundo entero! ¡Jamás mis queridos compatriotas han dormido sueño tan terrible!

Todo duerme: en el campo, en la ciudad, en el carro, en el trineo, el día, la noche, sentado, de pie....., el comerciante, el tchinovnik, duermen; el vigilante duerme bajo el frío de la nieve y bajo el ardor del sol; el que es juzgado y el juez también duermen; los campesinos están sumidos en un sueño de muerte; siegan, labran, pero duermen; trillan el trigo y siguen durmiendo; padre, madre, hijos, todos duermen. El que golpea y el golpeado duermen igualmente. Sólo la taberna vela con el ojo siempre abierto. Y teniendo entre sus manos un jarro de aguardiente, la cabeza en el Polo Norte y los pies en el Cáucaso, nuestra patria, la santa Rusia, duerme un sueño eterno.

Te ruego que me perdones; no quería enviarte carta tan triste que no te hiciese reir un poco, siquiera al final..... Algunos versos te habrán parecido débiles..... pero, ¡bah!.....

¿Cuándo te escribiré otra carta? ¿Te volveré á escribir?

Cualquier cosa que á mí me sobrevenga, no me olvidarás, estoy seguro. Tu fiel amigo,

A. N.»

P. D. Sí; nuestro pueblo duerme; pero tengo para mí que si alguna cosa le despierta, no será la que nosotros creemos.»

Al terminar la última línea, Nejdánof arrojó la pluma y se dijo á sí mismo: «¡Ea! Por de pronto, trata de dormir tú también, y olvida todas estas tonterías, ¡copleto!»

Se acostó, pero el sueño tardó en venir.

Al día siguiente le despertó Mariana al atravesar su cuarto para ir á buscar á Tatiana; pero apenas había tenido tiempo de vestirse, cuando la joven volvió á entrar con la alegría y la agitación pintadas en el rostro; parecía profundamente emocionada.

—¿No sabes, Alejo?..... Se dice que en el distrito de T....., muy cerca de aquí, ya ha comenzado.....

—¿Comenzado?.....? ¿Qué es lo que ha comenzado? ¿Quién te ha dicho eso?

—Paul; se dice que los campesinos se han sublevado, porque no quieren pagar los impuestos, y se agrupan.

—¿Has oído eso por tí misma?

—Tatiana me lo ha dicho; pero aquí viene Paul: pregúntale.

Entró Paul y confirmó lo dicho por Mariana.

—Sí, se ha turbado el orden en el distrito de T....., es cierto—dijo, sacudiéndose la barba y entornando los ojos negros y brillantes.—Probablemente ha sido cosa de Markelof. Hace cinco días que falta de su casa.

Nejdánof cogió su casquete.

—¿A dónde vas?—le dijo Mariana.

—¿A dónde he de ir?..... Allá abajo,—respondió con las cejas fruncidas, sin levantar los ojos:—al distrito de T.....

—En ese caso yo voy contigo. Tú me acompañas. Déjame que busque algo que ponerme en la cabeza.

—Eso no es cosa de mujeres,—respondió Nejdánof con tono sombrío y los ojos fijos en el suelo, con cierta especie de irritación.

—No, no. Haces bien en ir; de lo contrario, Markelof te tomaría por un holgazán..... Pero yo iré contigo.

—No soy un holgazán,—dijo Nejdánof con tono sombrío.

—Quise decir que nos tomaría á ambos por dos holgazanes. Parto contigo.

Mariana tomó el pañuelo en su alcoba. En tanto Paul dejó escapar un «¡oh!» de inquietud, y acudió á prevenir á Solomine.

Antes que Mariana saliese de su cuarto, Solomine entraba en el de Nejdánof. El joven estaba delante de la ventana con la frente apoyada en el brazo y el brazo sobre la vidriera. Solomine le tocó en la espalda. Se volvió bruscamente; tenía alborotados la barba y el cabello (no se había aseado todavía), lo cual le daba un aspecto salvaje y extraño.

Solomine también había cambiado en el espacio de quince días: su semblante estaba más pálido y alargado; el labio superior, algo levantado, dejaba ver los dientes. También parecía turbado..... tanto cuanto pudiera turbarse su alma perfectamente equilibrada.

—Markelof no ha podido contenerse—dijo.—Esto puede acabar mal para él, en primer término, y luego para los demás.....

—Quiero ir á ver.....—interrumpió Nejdánof.

—Y yo también—añadió Mariana, apareciendo en el dintel de la puerta.

Solomine se volvió lentamente hacia ella.

—No se lo aconsejaré á usted, Mariana. Puede usted perderse y perdernos á nosotros, sin intención y sin necesidad. Que vaya Nejdánof á enterarse, si quiere, de lo que ocurre, y no con mucho apresuramiento. Pero usted, ¿para qué?

—No quiero dejarle ir solo.

—Usted le estorbará.

Mariana miró á Nejdanof, que estaba de pie, inmóvil, con el rostro inmóvil también y el aspecto taciturno.

—¿Y si hubiese algún peligro?—replicó la joven.

Solomine se sonrió.

—Esté usted tranquila; si hubiese peligro la dejaría partir.

Mariana se quitó el pañuelo de la cabeza, y se sentó.

Solomine se dirigió á Nejdanof y le dijo:

—Tú, amigo mío, reflexiona un poco: es posible que haya exageración en todo esto. De todos modos, te suplico que seas prudente. Voy á buscar á uno que te acompañe. ¿Me prometes volver en seguida? ¿Me lo prometes?

—Sí.

—¿De verdad?

—Cómo no, si aquí todo el mundo te obedece, empezando por Mariana.

Nejdanof salió sin decir adiós.

Al llegar al corredor, Paul surgió de un rincón obscuro, y bajó delante de él la escalera, haciendo sonar sus botas claveadas. El era quien debía acompañar á Nejdanof.

Solomine se sentó al lado de Mariana.

—¿Ha oído usted lo que acaba de decir Nejdanof?

—Sí; se engaña al suponer que obedezco á usted más que á él. A él le amo; pero á usted le escucho. Le quiero, pero usted está más en armonía con mis ideas...

Solomine le acarició suavemente una mano.

—Se trata de una cosa muy desagradable,—dijo al fin.— Si en ella se ha mezclado Markelof, está perdido.

Mariana tembló.

—¿Perdido?

—Sí. Jamás hace las cosas á medias; de seguro que no se ocultará en las últimas filas.

—¡Perdido!—murmuró de nuevo Mariana, y algunas lágrimas cayeron de sus ojos.—¡Ah, Solomine, qué lástima me da!... Mas, ¿por qué no ha de triunfar? ¿Por qué ha de sucumbir por fuerza?

—Porque en esta clase de aventuras, aunque tengan éxito, los primeros sucumben siempre. En la que ahora acaba de acometer, no solamente perecen los de la primera y segunda fila, sino los de la décima y hasta los de la vigésima.

—De modo que no conseguiremos nunca...

—¿Lo que usted sueña? ¡Jamás! No llegaremos á verlo por lo menos con los ojos del cuerpo. ¡Oh, con los del espíritu es otra cosa... Podemos darnos el placer de verlo. En esto no hay engaño.

—Pero dígame usted entonces...

—¿Qué?

—¿Por qué sigue usted este camino?

—Porque no hay otro. Hablando más claro: Markelof y yo caminamos al mismo objeto, pero por caminos diversos.

—¡Pobre Markelof!—dijo tristemente Mariana.

Solomine volvió á acariciarle la mano con suavidad.

—Esperemos. Nada hay todavía de cierto. Esperemos las noticias que nos dará Paul. En nuestro oficio... es preciso no ser impresionables. Los ingleses dicen *Never say die*. Es un buen proverbio, mejor que el ruso. Cuando entra la desgracia, nunca viene sola. ¿A qué conduce el afligirse por adelantado?

Solomine se levantó.

—¿Y la colocación que me iba usted á buscar?—preguntó de repente Mariana.

Todavía brillaban las lágrimas en sus mejillas; pero la tristeza había huído de sus ojos.

Solomine volvió á sentarse.

—¿Tanta prisa tiene usted de marcharse de aquí?

—¡Oh, no! Pero quisiera ser útil.

—Usted es útil aquí, Mariana. No nos deje usted; espere. ¿Qué quería usted?—preguntó á Tatiana que entraba en aquel momento.

No hablaba de *tú* más que á Paul, y eso porque éste se hubiese tenido por desgraciado si Solomine le hubiese hablado de usted.

—Ahí hay una mujer que pregunta por Nejdánof,—respondió Tatiana, que se reía agitando los brazos.—He intentado convencerla de que no había nadie de ese nombre en la casa, y que no lo había habido jamás. Pero entonces ella...

—¿Qué?

—Al oírme ha escrito su nombre en este papel, y me ha dicho que lo enseñase, que se la dejaría entrar, y que, si en efecto Nejdánof no estaba, le esperaría.

El papel decía en gruesos caracteres: «Machurina.»

—Hágala usted entrar, dijo Solomine. ¿No os molesta que la haga pasar aquí, Mariana?—Es también de los nuestros.

—¡De ninguna manera! Por el contrario se lo suplico á usted.

A los pocos momentos vieron aparecer en el dintel á Machurina, exactamente vestida como la vimos en el primer capítulo.

XXXI

—¿No está en casa Nejdánof?—preguntó.—Después, al reconocer á Solomine se dirigió á él y le tendió la mano.—¡Buenos días Solomine!—Sobre Mariana echó una mirada de reojo.

—Pronto vendrá,—contestó Solomine.—Pero permítame usted que le pregunte quién le ha dicho...

—Markelof. Hay, sin embargo, dos ó tres personas en la ciudad que lo saben.

—¿Sí?

—Sí. Alguien ha debido de hablar. Parece que han reconocido á Markelof.

—He aquí—insinuó Solomine—la utilidad de los disfraces. Permítanme ustedes que les presente mutuamente,—añadió en alta voz.—La señorita Sinetsky, la señorita Machurina. Tome usted asiento.

Machurina movió imperceptiblemente la cabeza y se sentó.

—Tengo una carta para Nejdánof, y una pregunta que hacerle á usted, Solomine.

—¿Una pregunta? ¿De parte de quién?

—De parte de alguien á quien usted conoce... ¿Está aquí todo dispuesto?

—Nada hay dispuesto.

Machurina abrió sus ojillos cuanto pudo.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Absolutamente nada?

—Absolutamente nada.

—¿Es esa la respuesta que debo dar?

—Esa misma.

Machurina se quedó pensativa y sacó un cigarrillo del bolsillo.

—¿Quiere usted darme fuego?

—He aquí una cerilla.

Machurina encendió el cigarro.

—Otra cosa se esperaba. En los alrededores todo marcha de distinto modo. Después de todo, eso es cuenta de usted. No he venido más que por un momento, lo preciso para ver á Nejdánof y darle la carta.

—¿A dónde marcha usted?

—Muy lejos.

Pensaba dirigirse á Ginebra, pero no quería decirlo delante de Solomine, de quien no estaba muy segura, y menos de aquella extraña que se hallaba con él. Se enviaba á Machurina á Ginebra, aunque no sabía más que muy poco alemán, para llevar á una persona á quien no conocía la mitad de un pedazo de cartón, en el cual había dibujado un racimo de uvas, con 279 rublos en plata.

—¿Y Ostrodumof está con usted?

—No; pero no se encuentra lejos de aquí... Se ha detenido en el camino. Mas responderá cuando se le llame. A Pimeno se le encuentra siempre. Puede usted estar tranquilo.

E. M.—*Noviembre 1899.*

—¿Y cómo ha venido usted hasta aquí?

—En carruaje. Deme usted otro fósforo.

Solomine le alargó una cerilla encendida.

—Señor Solomine — dijo una voz detrás de la puerta, —
¿hace usted el favor de venir?

—¿Qué es eso? ¿Qué hay?

—Venga usted—repitió la voz con tono persuasivo y con
insistencia.—Han venido dos obreros extranjeros que quieren
dar un recado, y como Paul no está en la fábrica.....

Solomine se levantó y salió.

Machurina se puso á mirar á Mariana tan tenazmente, que
la joven llegó á sentirse inquieta.

—Dispéñseme usted—dijo con su voz ruda y áspera.—Soy
muy tonta, y acaso diga lo que no deba. No se incomode; y
si no quiere usted responderme, no me responda. ¿Es usted la
señorita que ha huído de casa de los Sipiaguin?

Mariana, algo sorprendida, contestó sin embargo:

—¡Yo soy!

—¿Con Nejdanof?

—Sí.

—Permítame usted; deme la mano. Dispéñseme usted, se
lo suplico. Usted debe ser buena cuando él la ama.

Mariana estrechó la mano de Machurina, diciendo:

—¿Le conoce usted íntimamente?

—Le conocía. Le veía en San Petersburgo. Por eso le ha-
blo á usted de él. Markelof también me ha dicho.....

—¡Ah! ¿Le ha visto usted hace poco?

—Hace poco. En este momento no está en casa.

—¿Dónde está?

—A donde se le ha ordenado ir.

Mariana suspiró.

—¡Ah, señora Machurina, tengo miedo por él!

—En primer lugar, yo no soy señora. Es preciso prescindir de esas fórmulas. En segundo lugar, no debe usted decir *tengo miedo*. ¡No tenemos miedo por nosotras, y habríamos de

tenerlo por los demás!.... Eso no conviene. No hay que tener miedo por nada. Es inútil..... Pero no me hago cargo, que á mí no me es difícil hablar de ese modo..... Yo soy fea; pero usted..... usted es linda..... Para usted, pensar como yo es sumamente difícil.

Machurina bajó la cabeza y se volvió un poco.

—Markelof me decía..... Sabría que tengo una carta para Nejdanof: «No vayas á la fábrica ni llesves esa carta..... Turbarías una fiesta. Allá abajo ambos son felices. ¿Tanto mejor! ¡Déjalos! ¡No turbes su dicha!....» Quisiera no disgustar á ustedes..... Pero ¿qué hacer de esta carta?

—Es preciso dársela—dijo Mariana.—¿Qué buen corazón tiene Markelof! ¿Cree usted que se hará matar ó que será conducido á Siberia?

—¿Y qué importa? ¿Por ventura no se vuelve de Siberia? En cuanto á perder la vida..... Unos la tienen dulce, otros amarga. La de Markelof no es de azúcar refinada.

Machurina miró de nuevo á Mariana de una manera intensa y escrutadora.

—Verdaderamente, es usted—exclamó después de una pausa—una belleza, linda como un pajarillo. Pero Alejo no viene. Voy á darle á usted la carta. No puedo esperar más.

—Se la entregaré en cuanto venga; puede usted estar segura de ello.

Machurina apoyó la mejilla en la palma de la mano y se quedó algún tiempo sin decir palabra.

—Dígame usted, y perdone la pregunta: ¿Le ama usted mucho?

—Sí.

Machurina movió la cabeza.

—No necesito preguntar á usted si él la ama. ¡Ea, me voy; no puedo detenerme! Dígame usted que he venido, y que le saludo. Dígame usted: «Ha venido Machurina.» ¿Se acordará usted de mi nombre? ¿Sí? Machurina. Y la carta..... Espere usted. ¿Dónde la habré guardado?

Machurina se levantó, dió vueltas buscando en los bolsillos, y disimuladamente se llevó á los labios un papel plegado y se lo tragó.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Qué tonta! Si la hubiese perdido..... Sí; la he perdido... ¡Ah, qué desgracia! Si alguno la encuentra... No..... no la tengo. Ahí tiene usted: se ha cumplido lo que Markelof quería...

Machurina hizo con la mano un gesto negativo.

—¡Para qué buscarla!..... Se ha perdido.

Mariana se acercó á Machurina y le dijo:

—Abráceme usted.

Machurina la abrazó y la estrechó contra sus brazos con una fuerza casi viril.

—Por nadie hubiese hecho esto—dijo con voz sorda.—Es contra mi conciencia; es la primera vez. Dígale usted que sea prudente. Y usted también. Preste atención. Pronto esta comarca será mala, muy mala para todo el mundo. Partan ustedes cuanto antes. Adiós—añadió en voz alta y con tono brusco.—Y, oiga usted... Dígale... No; no le diga nada... nada.

Machurina salió dando un portazo, y Mariana quedó sola, pensativa, enmedio de la sala.

—¿Qué significa esto?—dijo.—¡Esta mujer le ama más que yo le amo! ¿Por qué me habrá hablado así? ¿Por qué Solomine, que se ha ido tan de repente, no vuelve?

Se puso á pasear de un lado á otro de la habitación. Sentía una extraña mezcla de despecho, de disgusto y de estupor. ¿Por qué no había salido con Nejdánof? Era Solomine quien le había hecho desistir; ¿pero dónde estaba Solomine? ¿Qué es lo que ocurría en torno suyo? Era, en efecto, por compasión hacia Nejdánof por lo que Machurina no había entregado aquella carta. Pero, ¿cómo se había atrevido á incurrir en semejante desobediencia? ¿Había querido mostrarse generosa? ¿Con qué derecho? ¿Por qué Mariana se preocupaba tanto de ello? ¿Y estaba verdaderamente preocupada?

Una mujer fea se había interesado por un joven..... ¿Qué

tenía esto de particular? ¿Por qué había supuesto Machurina que el afecto de Mariana por Nejdánof era más fuerte que el sentimiento del deber? Mariana no deseaba en modo alguno este sacrificio. ¿Qué contendría aquella carta? ¿Una llamada á la acción inmediata?..... ¿Y después?.....

¿Y Markelof? Está en peligro. ¿Qué debemos hacer nosotros? Markelof nos protege, procura que seamos felices, que no nos separemos. ¿Es esto grandeza de alma..... ó desprecio?

¿Habíamos de haber huido de aquella aborrecida casa, para estar juntos y arrullarnos como dos tórtolos?

Así pensaba Mariana, y cada vez con más fuerza aumentaba su agitación. Su amor propio también estaba herido. ¿Por qué se habían alejado todos de ella, *todos*? La mujerona que acababa de marcharse la había llamado pájaro y linda joven..... y gracias que no la llamó muñeca. ¿Por qué no habrá marchado Nejdánof sin compañía? ¿Necesitaba tutela? ¿Cuáles eran las verdaderas condiciones de Solomine? No tenía nada de revolucionario. ¿Podría imaginarse alguien que ella hacía todo aquello como por juego?

Todos estos pensamientos, tan pronto se mezclaban como se rechazaban entre sí, dando vueltas en la cabeza de Mariana. Con los labios apretados y los brazos cruzados como un hombre, se sentó cerca de la ventana y permaneció inmóvil, sin apoyarse siquiera en el respaldo de la silla. Todo su ser estaba en nerviosa tensión, con el oído alerta y dispuesto á saltar. No quiso ir á trabajar con Tatiana; sólo deseaba una cosa: esperar, y esperaba con una obstinación casi rabiosa.

A veces, el estado de su espíritu le parecía extraño é incomprendible. Pero, ¡bah!, tanto peor. Hasta llegó á pensar: «Todo esto que me preocupa, ¿será motivado por los celos?» Pero al acordarse de la cara de la pobre Machurina, se encogió de hombros haciendo un ademán como para apartar alguna cosa, no con este objeto, sino respondiendo inconscientemente á otro movimiento análogo del pensamiento.

Mariana esperó todavía durante largo tiempo. Por fin, oyó

ruido de pasos que sonaban en la escalera. Miró hacia la puerta: los pasos ya no se oían. La puerta se abrió, y Nejdánof, sostenido por Paul, apareció en el umbral.

El rostro del joven estaba teñido de palidez mortal; tenía la cabeza descubierta, y sus cabellos húmedos caían en mechones sobre la frente. Su mirada extraviada miraba sin ver los objetos. Paul le hizo atravesar el cuarto (Nejdánof arrastraba las piernas casi inertes y sin fuerzas), y le sentó en el diván.

Mariana se levantó precipitadamente de su asiento.

—¿Qué es eso? ¿Qué le pasa? ¿Está malo?

Pero Paul, después de haber sentado á Nejdánof, respondió á la joven con una sonrisa, y mirándola por encima del hombro, le dijo:

—No se inquiete usted; esto no es nada..... ¡La falta de costumbre!.....

—Pero ¿qué es lo que tiene?—insistió Mariana.

—Está un poco trastornado..... Ha bebido demasiado en ayunas..... Y eso es todo.

Mariana se inclinó sobre Nejdánof, que estaba recostado en el diván, teniendo la cabeza reclinada sobre el pecho; sus miradas vagaban sin dirección fija; su aliento olía á aguar-diente: estaba ébrio.

—¡Alejo!—gritó involuntariamente.

Nejdánof abrió con trabajo los pesados párpados, y trató de sonreír.

—¡Ah, Mariana!.....—balbuceó.—Repetías *sim.....pli.....ficado, simplificado*. Ya me ves: ya estoy simplificado..... como está nuestro pueblo..... ¿Comprendes?

Se interrumpió, y pronunció luego algunas palabras ininteligibles; cerró los ojos, y se quedó dormido. Paul le colocó con cuidado en el diván.

—No se inquiete usted, señorita Mariana—repetía;—dormirá un par de horas, y se levantará como si tal cosa.

Mariana tenía deseos de saber lo que había sucedido; pero sus preguntas hubieran detenido á Paul, y prefería estar

sola..... mejor dicho, no quería que Paul viese á Nejdánof en aquel estado delante de ella. Así, pues, se dirigió á la ventana. Paul, que lo comprendió, envolvió con precaución los pies de Nejdánof con las faldas del kaftán del joven; le puso una almohada bajo la cabeza, y repitiendo de nuevo «esto no es nada», salió de la habitación andando de puntillas.

Mariana se volvió. Nejdánof tenía la cabeza pesadamente hundida en la almohada. Su semblante, pálido como el de un enfermo grave, mostraba una gran tensión inmóvil.

—¿Qué habrá pasado?—se preguntó la joven.

XXXII



He aquí lo que había sucedido:

Al sentarse en el carruaje, Nejdánof parecía acometido de una fuerte excitación; apenas habían salido del corral y empezado á caminar por la carretera en dirección al distrito de T....., cuando comenzó á llamar y á detener á los campesinos que encontraba, dirigiéndoles discursos tan breves como incoherentes.

—¿Qué es eso?—gritaba.—¿Dormís?..... ¡Levantaos! Ha llegado la hora. ¡Abajo los impuestos! ¡Abajo los propietarios!

Algunos aldeanos le miraban con asombro; otros pasaban de largo, sin hacer caso de sus gritos: le creían borracho.

Uno de ellos, al entrar en su casa, refirió que había encontrado en el camino á un francés, que le había hablado de no sabía qué cosas, en su jerga.

Nejdánof tenía el suficiente entendimiento para comprender hasta qué punto era absurda su conducta, y hasta estúpida; pero de tal modo estaba sobreexcitado, que no acertaba á distinguir lo racional de lo absurdo.

Paul se esforzaba por calmarle, diciéndole: «Vamos, vamos, esto es imposible.» Le recordaba que pronto llegarían á

una gran ciudad, la primera antes de la frontera del distrito de T....., y que allí podrían informarse.....

Pero Nejdánof no le escuchaba..... Durante todo este tiempo, su rostro manifestaba profunda tristeza, casi desesperación.

El caballo que tiraba del carruaje era pequeño, gordo y fuerte, con las crines cortadas. Trotaba mucho y tiraba con fuerza del vehículo, como si se hubiese dado cuenta de que tenían mucha prisa las personas que llevaba.

Antes de llegar á la ciudad, Nejdánof reparó, no lejos del camino, y delante de la puerta de una granja vacía, en un grupo de ocho campesinos; saltó al punto del carruaje y se dirigió á ellos, y por espacio de cinco minutos les pronunció un discurso, entrecortado por gritos súbitos y gestos desordenados.

Las palabras «¡libertad!», «¡marchemos!», y otras parecidas, vociferadas en voz alta, ronca, salían de sus labios mezcladas con otras menos inteligibles.

Los aldeanos, que estaban reunidos delante del granero para buscar el medio de meter allí un poco de trigo, aunque no fuese más que para muestra (era un granero comunal, y por consiguiente, vacío), miraban á Nejdánof, y parecía que escuchaban atentamente su discurso; pero es de suponer que no comprendían gran cosa, porque cuando se separó de ellos, gritando por última vez: «¡Libertad!», uno de ellos, el más perspicaz de todos, movió la cabeza con aire grave, y dijo:

—¡Qué severo es!

Otro añadió:

—Debe ser un jefe.

A lo cual, el paisano perspicaz, replicó:

—¡Pardiez, si no lo fuese, no daría tantos gritos! ¡Caramba con él! Le van á hacer llorar.

Nejdánof, después de subir de nuevo al carruaje y de sentarse al lado de Paul, dijo para sus adentros: «¡Dios mío, qué galimatías! Pero la verdad es que nadie de nosotros sabe lo

que es preciso hacer para sublevar al pueblo. ¿Servirá esto? No es ocasión la presente de reflexionar. ¡Tanto peor! ¡Si no es acertado mi procedimiento, tanto peor!..... Adelante.»

Tomaron de nuevo el camino de la ciudad; al poco tiempo de marcha, delante de la puerta de una taberna, había un grupo bastante numeroso de gentes del campo. Paul trató de detener á Nejdánof, pero el joven se había ya deslizado del carruaje, y, pronunciando el nombre de hermanos, se había precipitado en medio de la reunión.

Se le hizo plaza, y Nejdánof comenzó una nueva predicación sin mirar á nadie y con voz á la vez furiosa y sollozante.

El resultado que obtuvo fue muy distinto del alcanzado delante del granero.

Un enorme mozállón, de rostro imberbe, pero feroz, vestido con una zamarra corta y grasienta, calzado con enormes botas, y con una gorra de piel de cabra, se acercó á Nejdánof, y, dándole un fuerte golpe en el hombro, le dijo con voz de trueno:

—Tienes razón. Eres buena persona. Pero sin duda no sabes que cuchara seca araña la boca. Ven con nosotros y podremos oírte mejor.

Arrastró á Nejdánof hacia la taberna. Todo el grupo le siguió.

—Mikheitch,—gritó el mozállón:—¡aguardiente del de diez copeks, mi vaso favorito! Yo convidó á un amigo. De dónde sale, de qué raza es, el diablo lo sabe; pero atiza que es un gusto á los señores. Bebe,—dijo á Nejdánof ofreciéndole un vaso enorme, lleno hasta el borde, húmedo por fuera, como si estuviese sudoroso.—¡Bebe, puesto que eres nuestro amigo!

—Bebe,—gritó la banda.

Nejdánof cogió el vaso (estaba sofocado) y gritó:—¡A vuestra salud, hijos míos!—Y lo vació de un trago.

¡Ouf! Lo bebió con resolución desesperada como la que hubiera tenido que emplear para arrojarse sobre una batería ó sobre una fila de bayonetas....., pero Dios, ¿qué es lo que le

pasaba? Sintió como si le golpearan las espaldas y las piernas; se le abrasaba la garganta, el pecho, el estómago, y se le llenaron de lágrimas los ojos. Una convulsión de disgusto, que apenas pudo dominar, recorrió todo su cuerpo. Gritó con todas sus fuerzas para calmar de cualquier modo que fuese aquella horrible sensación. Todo en la sombría taberna parecía caliente, angustioso, sofocante. ¡Y que hubiera en el mundo semejantes antros!

Siguió hablando, hablando largamente, gritando con arrebatado, con furor, estrechando las anchas manos de aquellos hombres, duras como madera, y abrazándolos, juntando su cara con aquellas barbas grasientas. El coloso de la zamarra le abrazó también hasta casi estrujarlo. Este último parecía un energúmeno. «Arrancaré la lengua,—gritaba,—le cortaré el cuello al que haga algún mal á nuestros hermanos. Le aplastaré el cráneo..... Ya le oiréis gritar. Sé mi oficio. He sido carnicero.» Al hablar así enseñaba su enorme puño cubierto de manchas rojizas..... De repente, una voz, ¡santo Dios!, gritó de nuevo: «¡Bebe!», y Nedjdanof volvió á echarse al cuerpo otro trago de veneno.

Esta vez el efecto de la bebida fué terrible. Le parecía que le desgarraban las entrañas horribles garfios de hierro, que un azadón enorme le golpeaba los sesos, y que delante de sus ojos se extendían círculos verdes.

En torno de él estalló un zumbido que se convirtió en estrépito horrible. ¡Horror! ¡Otro vaso! ¿Era posible beber aquello? En torno de él se agruparon rostros enrojecidos, cabellejas polvorientas, hálitos jadeantes, espantosas carcajadas. Manos velludas le sujetaron por todas partes.

—¡Ea! ¡Sigue tu discurso!—gritaban voces frenéticas.-- ¡Habla! ¡Habla! Anteayer, un extranjero como tú, nos ha pronunciado otro discurso.

La tierra oscilaba bajo los pies de Nejdánof. Su propia voz le hacía el efecto de un grito que venía de fuera..... ¿Sería aquello la muerte?

De repente un aire frío le acarició el rostro; no más empujones, ni rostros enrojecidos, ni olor de aguardiente, de piel de cabra y de cuero!..... Estaba sentado en el carruaje, al lado de Paul. Su primer impulso fue el de querer bajarse gritando:

—¿A dónde vas? ¡Detente! Aún no he tenido tiempo de explicarles.....

Después, encarándose con su acompañante, le dijo:

—Y tú, demonio de hombre, compadre astuto, ¿cuáles son tus opiniones?

Paul le respondió:

—Todo ello estaría bien si no hubiese señores, y si toda la tierra nos perteneciese; pero actualmente no hay orden que autorice estas cosas.

Y hablando así, le colocó suavemente en el vehículo, é inmediatamente sacudió las riendas sobre el cuello del caballo, y ambos se lanzaron camino de la fábrica.

Nejdanof iba medio dormido, balanceándose á derecha é izquierda; el viento, al pasar sobre su rostro, hacía huir sus malos pensamientos.

Sólo una cosa le traía inquieto: que no se le hubiese dejado explanar sus ideas..... pero de nuevo el aire acariciaba su semblante inflamado.

Cuando se presentó ante Mariana, sintió un movimiento de vergüenza.....; después, sueño de muerte.

Paul se lo contó todo á Solomine. Confesóle que no había tratado de impedir que bebiese Nejdanof, porque era aquel el solo medio de sacarle de la taberna. De otro modo, los campesinos no le hubiesen dejado marchar.

—Cuando Nejdanof se sintió vencido por la bebida, les dije á los aldeanos: «¡Vamos, amigos míos, dejadle marchar!..... ¡Es tan joven!» Y lo han soltado, pero diciéndome: «Danos medio rublo por el rescate.» Y se lo he dado.

—¡Bien hecho!—dijo Solomine.

Nejdanof dormía, y Mariana, sentada delante de la ventana, miraba la tapia del jardín. ¡Cosa extraña! Las ideas y los

sentimientos malos, casi coléricos que la habían agitado antes de la llegada de Nejdánof, habían huído de un golpe. El aspecto de Nejdánof no era tampoco para ella objeto de repulsión ni de disgusto. Sólo le inspiraba piedad.

Sabía perfectamente que no era ni disipado ni borracho, y sólo pensaba en lo que había de decirle cuando despertase para hacerle olvidar su vergüenza y su disgusto.

—Sí,—se decía:—es preciso que yo procure que él mismo me cuente cómo le ha sucedido esta aventura.

No sentía ni la menor agitación; pero estaba triste, profundamente triste. Le parecía que respiraba bocanadas de la atmósfera verdadera que envolvía á aquel mundo en el que pretendía lanzarse, y aquella gritería, aquellas tinieblas la espantaban. ¿A qué Nólóch iba á ofrecerse en sacrificio? Pero no; no era posible; todo aquello era momentáneo, y pronto volvería á entrar en orden.

Mariana se levantó, se acercó al diván en donde estaba echado Nejdánof, enjugó con el pañuelo su frente pálida, dolorosamente contraída aun durante el sueño, y echó hacia atrás los cabellos del joven, contemplándole con mirada triste, como la madre que vela á su hijo enfermo. Pero su vista le hacía daño; así es que, levantándose silenciosamente, volvió á entrar en su alcoba, dejando la puerta abierta.

No trató de ocuparse en ningún trabajo: se sentó, entregándose de nuevo á sus sueños. Sentía cómo el tiempo se deslizaba gota á gota, minuto á minuto. Aquel sentimiento le agradaba, y le latía el corazón como si esperase alguna cosa.

¿Dónde se ocultaba Solomine?

La puerta rechinó suavemente, y entró Tatiana.

—¿Qué quiere usted?—le dijo Mariana, disimulando mal su contrariedad.

—Mariana—respondió la mujer de Paul á media voz—escuche usted. No esté usted disgustada: á cualquiera puede sucederle otro tanto; y después de todo, feliz el que.....

—No estoy disgustada, Tatiana—interrumpió la joven.—

Nejdanof está algo enfermo; en rigor, no es esta una gran desgracia.

—Está bien. Tanto mejor. Yo me decía: Mi Mariana no viene..... ¿Qué le pasará? Mas á pesar de todo, no hubiese venido, porque en estos casos la primera regla es: «No te entrometas ni te mezcles.» Pero ocurre que hay ahí un individuo que acaba de presentarse en la fábrica, y que no sé quién puede ser. Es cojo, pequeñuelo, y á todo trance quiere ver á Nejdanof. ¿Qué quiere decir todo esto? ¡Por la mañana aquella joven, ahora este cojo! Cuando le he dicho que Nejdanof no estaba, ha preguntado por Solomine. «No me voy sin verle, porque se trata de una cosa muy seria.» Hemos tratado de despedirle, como á la mujer de por la mañana, diciéndole que Solomine tampoco está aquí, que ha salido; pero el cojo ha contestado: «No me iré; aquí le esperaré, si es menester, hasta la noche.» Y se empezó á pasear por el corral. Venga usted al corredor, y podrá ver por la ventana si conoce al tal personaje.

Mariana siguió á Tatiana, y al pasar cerca de Nejdanof, notó la contracción dolorosa de su frente, enjugándola de nuevo con su pañuelo.

Al través de los vidrios polvorientos de la ventana del corredor, vió al vigilante de que le había hablado Tatiana. No lo conocía.

En aquel instante, Solomine dobló la esquina de la casa. El cojuelo se aproximó vivamente á él, y le tendió la mano, Solomine la estrechó. Evidentemente se conocían. Ambos desaparecieron.

A poco sonaron pasos en la escalera: era que subían.

Mariana volvió lentamente á su cuarto y se detuvo respirando con fuerza. Tenía miedo. ¿De qué? No lo sabía.

La cabeza de Solomine apareció en el umbral.

—Mariana, ¿nos da usted su permiso? Vengo con un amigo á quien es preciso que vea usted.

Mariana mostró su asentimiento con una inclinación de cabeza, y Solomine entró seguido de Paklin.

XXXIII

—Soy amigo de su esposo de usted—dijo Paklin inclinándose exageradamente ante Mariana, como intentando ocultar la inquietud de su semblante.—Soy también amigo de Solomine. Nejdanof duerme; según parece está malo. Traigo malas nuevas, que en parte he puesto en conocimiento de Solomine, y en virtud de las cuales es preciso tomar ciertas medidas decisivas.

La voz de Paklin era entrecortada, como de un hombre á quien atormenta la sed y tiene seca la boca.

Las noticias que traía eran, en efecto, muy malas. Markelof, sujeto por los campesinos, había sido conducido á la ciudad; el socio de Goluchkin denunció á su principal, quien fue también detenido. Goluchkin, por su parte, denunciaba á todo el mundo, refería cuanto sabía, proponía convertirse á la religión griega, y ofrecía regalar á un gimnasio el retrato del metropolitano Philoreto. Había enviado ya 5.000 rublos para que se distribuyesen entre los guerreros inválidos. No era posible dudar de que había denunciado á Nejdanof. De un momento á otro era posible que la policía viniera á la fábrica.

También Solomine estaba en peligro.

—En cuanto á mí—añadió Paklin,—sólo una cosa me asombra, y es que se me deje andar libre. Ciertamente que nunca me he ocupado en política, y que nunca he entrado en conciliábulos. En una palabra: me he aprovechado del olvido ó de la negligencia de la policía para poner á ustedes al corriente, y para que hagan lo posible... lo posible para evitarse disgustos.

Mariana oyó hasta el fin cuanto dijo Paklin. No sólo no se asombró, sino que hasta se mostró más calmada. Tenía razón Paklin: era menester tomar precauciones. Su primer movimiento fue interrogar á Solomine con la mirada.

No mostraba turbación el fabricante; pero los músculos de los labios le temblaban imperceptiblemente..... Tampoco se sonreía como de costumbre.

Comprendió Solomine la significación de la mirada de Mariana: esperaba sin duda que él hablase para proceder como conviniera.

—El asunto, en efecto, es bastante delicado—dijo.—No estaría demás que Nejdanof desapareciese por algún tiempo. Y á propósito, Mr. Paklin: ¿cómo ha sabido usted que se hallaba aquí?

Paklin movió la mano.

—Alguien le ha visto, sin duda, cuando predicaba por estos alrededores. Ese individuo le siguió sin mala intención, porque es de nuestras ideas. Pero permítame usted que le diga—continuó, dirigiéndose á Mariana:—¡realmente, nuestro amigo Nejdanof ha sido poco prudente!

—De nada servirían ahora las censuras—contestó Solomine.—En este momento sería inútil tratar nada con él; pero de aquí á mañana estará mejor, y la policía no se apresurará tanto como usted supone. También usted, Mariana, convendría que parta con él.

—No hay necesidad de decirlo—respondió Mariana con voz sorda, pero firme.

—Sí—repitió Solomine;—es menester reflexionar y elegir el medio mejor.

—Permítanme ustedes que exponga una idea—dijo Paklin,—una idea que se me ha ocurrido en lo que venía en el carruaje. Me apresuro á decir á ustedes que he despedido al cochero una versta antes de llegar á la fábrica.

—Veamos qué idea es esa—dijo Solomine.

—Hela aquí: ustedes me proporcionan caballos, y yo escapo á casa de Sipiaguin.

—A casa de Sipiaguin—repitió Mariana.—¿Y para qué?

—Van ustedes á ver.

—Pero ¿usted lo conoce?

—No; pero escúchenme y fíjense bien en mi plan. Me parece una verdadera inspiración. Markelof es cuñado de Sipiaguin, hermano de su mujer. ¿No es así? Pues bien: figúrense ustedes que ese señor no hace nada por salvarle. Y en cuanto á Nejdanof, admitamos que Sipiaguin esté encolerizado contra él..... Mas, en rigor, esto no impide que sea su pariente, puesto que se ha casado con usted. El daño que amenaza á nuestro amigo.....

—Yo no estoy casada—dijo Mariana.

Paklin se mostró sorprendido.

—¿Cómo? ¿Después de tanto tiempo..... todavía?..... ¡Bah!—añadió.—Se puede mentir algo. En todo caso, ustedes se casarán. Pero, en rigor, aquí no es posible encontrar mejor partido que el que yo propongo. Observe usted que hasta ahora Sipiaguin no los ha buscado á ustedes. Esto prueba que existe en él cierta generosidad. Quiero que esta frase no os moleste..... ostentación de generosidad. ¿Por qué, en ese caso, no aprovechar esta ocasión que se presenta? Diga usted.

Mariana levantó la cabeza y se pasó la mano por los cabellos.

—Puede usted aprovechar cuanto guste respecto á Markelof, ó para usted mismo, Sr. Paklin; pero ni Alejo ni yo admitimos la intervención, y menos la protección de Sipiaguin. Hemos huído de su casa para no volver jamás á acudir suplicantes á su puerta. No tenemos necesidad, ni de la generosidad ni de la ostentación de ella por parte de Sipiaguin ni de su mujer.

—¡Bueno! Esos sentimientos son dignos de alabanza,—respondió Paklin, mientras que pensaba:—«Me han echado un jarro de agua fría. Sin embargo, si se considera... De todos modos, estoy dispuesto á obedecer. Voy á ocuparme tan sólo de Markelof, de nuestro bravo Markelof. Esto no obstante, me ha de permitir usted que le diga que Markelof es pariente por parte de Sipiaguin, mientras que usted...

—Señor Paklin, suplico á usted...

—Perfectamente, perfectamente... Pero, sin embargo, no puedo menos de extrañar... Porque Sipiaguin es hombre de mucha influencia.

—Y usted, por sí mismo, ¿no teme nada?—le preguntó Solomine.

Paklin dijo con cierto orgullo:

—En momentos como estos, no debe uno pensar en sí mismo.

En el fondo, esta idea era la que más le preocupaba.

Sobre ser débil como era, hacía alarde de valor, como la liebre de la fábula.

A cambio del servicio prestado, Sipiaguin podría, si llegaba el caso, decir una palabra en su favor. Porque, en suma, Paklin se sentía comprometido: había oído y hasta hablado...

—Su idea—dijo al cabo Solomine—no me parece mala, aunque, á decir verdad, no confío en el éxito. En todo caso, nada se pierde.

—Ciertamente: pongámonos en lo peor: supongamos que se me pone de patitas en la calle. ¿Qué se ha perdido?

—Cierto que en eso no hay ningún mal.

—Gracias,—pensó Paklin.

Solomine continuó:

—¿Qué hora es? Han pasado cuatro horas. No hay tiempo que perder. Voy á proporcionar á usted caballos al momento. ¡Paul!

En lugar de Paul, fue Nejdánof quien apareció en el umbral. Las piernas se le doblaban, sosteníase con una mano en el quicio de la puerta, y, débilmente entreabiertos los labios, fijaba delante de él sus turbios ojos. No comprendía nada.

Paklin fue el primero que se dirigió á él.

—Alejo,—gritó:—¿no me conoces?

—Nejdánof le miró entornando los ojos.

—Paklin,—dijo al cabo.

—Sí, sí; soy yo. ¿Estás malo?

—Sí, estoy malo. Mas ¿cómo es que estás aquí?

E. M.—*Noviembre 1899.*

—Porque...

En este momento Mariana tocó con el dedo á Paklin. Se volvió y notó que le hacía señas.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Es verdad!

—Te diré, Alejo; he venido aquí para un asunto importante, y me marchó para continuar mi camino. Ya te explicarán Solomine y Mariana... la señorita Mariana también. Ambos están conformes con mi resolución. Se trata de todos nosotros: es decir, no, no.

Hizo un movimiento y miró á Mariana.

—Se trata de Markelof, de nuestro amigo Markelof, de él solo... Pero, adiós: los minutos son preciosos; adiós, amigo mío. Ya nos veremos. Señor Solomine, tenga usted la bondad de acompañarme para arreglar eso de los caballos.

—Está bien... Mariana, desearía aconsejar á usted que sea firme; pero la recomendación es inútil. Usted es de las que no se doblan. ¡Oh! ¡Sí, sí!—apoyó Paklin.—Usted es una romana de los tiempos de Catón, de Catón de Utica. Pero, vamos, señor Solomine, vamos.

—Tiene usted tiempo,—dijo Solomine sonriendo.

Nejdanof se apartó para dejar paso á los dos; pero bien claro expresaba su mirada que nada comprendía. Luego se dejó caer suavemente en una silla enfrente de Mariana.

—Alejo,—le dijo la joven,—todo está descubierto; Markelof ha sido vendido por los aldeanos cuando trataba de sublevarlos. Se le ha conducido á la cárcel de S... al mismo tiempo que al comerciante en cuya casa comiste el otro día; probablemente la policía vendrá aquí para apoderarse de nosotros. Paklin va ahora á casa de Sipiaguin.

—¿Para qué?—murmuró Nejdanof en voz apenas inteligible.

Sus ojos denotaban entonces mayor claridad, y su semblante volvía á tomar su expresión habitual. Parecía que la embriaguez le había abandonado de repente.

—Para tratar de obtener su protección.

Nejdanof se enderezó.

—¿Para nosotros?

—No; para Markelof. Quería también hablar en nuestro nombre; pero yo se lo he prohibido. ¿He hecho bien, Alejo?

—Bien hecho,—dijo Nejdanof tendiendo las manos sin levantarse de la silla;—bien hecho,—repitió; y atrayéndola hacia él y apretando su rostro en la cintura de la joven, rompió á llorar.

—¿Qué tienes? ¿Qué tienes?—preguntó Mariana.

Como la otra vez, cuando el joven cayó á sus pies presa de un arretrato de pasión, lo mismo que entonces, Mariana apoyó ambas manos sobre la cabeza temblorosa de Nejdanof. Mas lo que sentía en aquel momento era muy distinto de lo que había sentido la vez primera. Entonces se entregaba, se le sometía, imperaba su decisión; ahora sentía por él piedad, deseo únicamente de calmarle.

—¿Qué tienes?—repetía.—¿Por qué lloras? ¿Es acaso por el estado algo anormal en que has vuelto á casa? No, por eso no puede ser. ¿Es por lo que le ha acontecido á Markelof? ¿O acaso temes por mí, por tí? ¿Consideras perdidas nuestras esperanzas?..... ¿Acaso creías que nuestro asunto había de marchar como sobre ruedas?

Nejdanof levantó bruscamente la cabeza.

—No, Mariana, no,—dijo conteniendo sus sollozos:—no tengo temor ni por tí, ni por mí... pero siento, á la verdad...

—¿Qué?

—Que tú, Mariana, tú, has enlazado tu destino al de un hombre que no te merece.

—¿Por qué?

—Porque..... por ejemplo..... ese hombre, en un momento como este..... puede llorar.

—No eres tú el que lloras; son tus nervios.

—Mis nervios ó yo, es igual. Oyeme, Mariana, mírame á los ojos: ¿es cierto que en este momento no te arrepientes?

—¿De qué?

—De haber huído conmigo.

—No.

—¿Y me seguirás siempre á donde quiera que vaya?

—Sí.

—¿De verdad, Mariana?.....

—Sí; te he dado mi mano, y en tanto que seas aquel á quien yo he amado, no la retiraré.

Nejdanof seguía sentado. Mariana continuaba en pie delante de él. El joven rodeaba con sus manos la cintura de su amiga, que apoyaba las suyas en los hombros de Nejdanof.

—Sí..... no.....—pensó Nejdanof:—y, sin embargo, la otra vez, cuando la tenía en mis brazos como en este momento, su cuerpo al menos permanecía inmóvil, mientras que ahora siento que suavemente, quizá á su pesar, huye, se aleja de mí.

Abrió los brazos, y Mariana, en efecto, hizo hacia atrás un movimiento casi inapreciable.

—Escucha,—dijo en alta voz;—si fuese preciso huir, antes que la policía nos descubra..... creo que debemos empezar por casarnos. No sería fácil que encontrásemos un clérigo tan complaciente como ese Zossimo.

—Estoy pronta,—dijo Mariana.

Nejdanof la miró atentamente.

—¡Mariana!—dijo con sonrisa amarga.—El sentimiento del deber.....

Mariana se encogió de hombros.

—Convendrá consultar con Solomine.

—¡Ah, sí, con Solomine!.....—dijo lentamente Nejdanof.—Pero, según es de suponer, también él está amenazado por la policía. Me parece que juega un papel más importante que yo, y que está más enterado.

—Lo ignoro,—respondió Mariana.—Jamás habla de sí mismo.

—No es como yo,—pensó Nejdanof.—Eso es lo que quiere decir.—¡Solomine!..... ¡Solomine!.....—añadió después de una larga pausa.—¿Ves..... Mariana? No te tendría lástima si el

hombre á quien hubieses unido tu suerte fuese un Solomine, ó si fuese el propio Solomine.

Mariana, á su vez, miró atentamente á Nejdanof.

—No tienes derecho para decir eso.

—¡Que no tengo derecho! ¿Qué quieres decir? ¿Que me amas, ó que, en general, no conviene que toquemos esta cuestión?

—No tienes derecho,—repitió Mariana.

Nejdanof bajó la cabeza.

—¡Mariana!—dijo con voz un poco alterada.

—¿Qué?

—Si en este momento te exigiese..... Tú lo sabes..... No, no, nada te pido..... Adiós.

Se levantó y salió. Mariana no le detuvo. Nejdanof se sentó en el diván y ocultó su cara entre las manos. Se espantaba de sus propias palabras, y hacía esfuerzos para no pensar. Experimentaba una sensación particular, como si una mano subterránea y obscura agarrase las raíces mismas de su ser para no soltarlas nunca. Comprendía que aquel ser querido que estaba allí, tan cerca, en la alcoba, no vendría á buscarle, y que él tampoco iría á su encuentro. ¿Para qué?..... ¿Qué había de decirle?

Unas pisadas, firmes y rápidas, le hicieron abrir los ojos. Solomine atravesaba el cuarto; llamó á la puerta de la habitación de Mariana, y entró.

—¡Honor y plaza!—murmuró amargamente Nejdanof.

Involuntariamente había surgido en su memoria el recuerdo de la fórmula con que un funcionario es relevado por otro.

XXXIV

Las seis de la tarde serían cuando en el salón de Arjanoie jugaban á las cartas Sipiaguin, su mujer y Kallomeitsef. Entró un lacayo y anunció que un desconocido, un cierto Paklin,

deseaba ver á Mr. Sipiaguin para un negocio muy urgente y de altísima importancia.

—¡Tan tarde!—dijo Mad. Sipiaguin con asombro.

—¿Cómo?—exclamó Sipiaguin, frunciendo su nariz clásica.

—¿Cómo dices que se llama ese señor?

—Ha dicho que se llama Paklin.

—¡Paklin!—exclamó Kallomeitsef.—¡Paklin! ¡Solomine! Verdaderos nombres rurales—dijo en francés (1).

—¿Y dices—repitió Sipiaguin, volviendo hacia el lacayo su nariz siempre fruncida—que se trata de un negocio importante y urgente?

—Eso dice.

—¡Hum! Algún mendigo ó algún intrigante. (O las dos cosas á la vez, apuntó Kallomeitsef, probablemente.) Hazle pasar á mi despacho.

Se levantó.

—Dispénsame, Valentina. En tanto que vuelvo, jugad una partida de *ecarté*. O espérenme ustedes, porque regresaré en seguida.

—Hablaemos en tanto—respondió Kallomeitsef.

Sipiaguin, al entrar en el gabinete, reparó en la menguada figura de Paklin, humildemente arrimada á la pared entre la puerta y la ventana. El funcionario experimentó cierto sentimiento, verdaderamente ministerial, de alta piedad y de condescendencia algo desdeñosa, que es propia de los altos dignatarios de San Petersburgo.

—Dios mío, ¡qué aire de pájaro desplumado tiene!—pensó.—Y además cojea.

—Siéntese usted—dijo en voz alta, empleando el tono de voz de barítono más afable que le fue posible, moviendo al mismo tiempo la cabeza, un poco echada hacia atrás, y sentándose delante de Paklin.—Debe usted estar fatigado del via-

(1) Paklin, significa estopa, en ruso; Solomine, paja.

je. ¿Qué negocio tan grave es el que le trae á usted á esta hora?

—Excelentísimo señor—empezó Paklín, sentándose tímidamente en una butaca,—me he permitido presentarme en esta casa...

—Espere usted, espere usted. No es esta la primera vez que yo le he visto á usted. Jamás olvido las caras que he visto, aunque no haya sido más que una sola vez; tengo una excelente memoria... Pero, ¿en dónde le he visto?...

—No se equivoca usted, excelentísimo señor. Tuve el honor de ver á V. E. en San Petersburgo, en casa de un hombre que, después de aquella fecha... desgraciadamente, ha provocado la indignación de V. E.

Sipiaguin se levantó bruscamente de su butaca.

—En casa de Mr. Nejdánof... Me acuerdo, sí; pero no será de parte de él de quien viene usted.

—De ninguna manera... por el contrario... yo...

Sipiaguin volvió á sentarse.

—Hace usted bien, porque en ese caso le hubiera suplicado á usted que se retirase inmediatamente. Entre Mr. Nejdánof y yo no puede haber mediadores. Mr. Nejdánof me ha inferido una de esas ofensas que jamás se olvidan. No soy capaz de vengarme, pero no quiero saber nada ni de él ni de esa joven, más depravada de espíritu que de corazón (Sipiaguin repetía esta frase por la trigésima vez desde la fuga de Mariana), que no ha vacilado en abandonar la casa en que se le había dado asilo, para convertirse en la querida de un vagabundo sin familia. Bastante es que los haya olvidado.

Acompañó sus palabras de un movimiento con la mano de alto á abajo, como para alejar alguna cosa que molesta.

—Los he olvidado, sí—repetía.

—Ya he tenido el honor de asegurar á V. E. que no vengo de su parte, aunque sí podría poner en conocimiento de V. E. que están ya unidos por los lazos del matrimonio.

—¡Bah!—pensó.—He dicho que contaría tonterías, y cumplo mi palabra. Llegue quien pueda.

Sipiaguin movió la cabeza, apoyada en el respaldo de la butaca, de derecha á izquierda.

—Nada de eso me interesa, mi estimado señor. Un necio matrimonio más sobre la tierra. Pero á todo esto, ¿cuál es el asunto urgente á que debo el honor de la visita de usted?

—¡Espera, maldito director de departamento!—pensó Paklin.—¡Quiero hacerme á tus mañas, especie de ratón inglés!—El hermano de la esposa de V. E.—dijo en alta voz—ha sido preso por los aldeanos, á quienes trataba de sublevar. A estas horas está encerrado en el palacio del gobernador.

Sipiaguin saltó de nuevo.

—¿Qué? ¿Qué dice usted?—balbuceó, no con su voz de barítono ministerial, sino con una especie de falsete.

—Digo que el cuñado de V. E. ha sido detenido, y está en la cárcel. En cuanto tuve conocimiento de ello, busqué caballos para traer la noticia. Al obrar así, he creído que era de alguna utilidad, proporcionando á V. E. que pueda salvar á un desgraciado.

—Se lo agradezco á usted mucho,—añadió Sipiaguin en el mismo tono de antes, y, dando fuertemente con la palma de la mano sobre el botón de un timbre, llenó la casa entera de vibraciones metálicas.—Se lo agradezco á usted mucho,—repitió con voz más firme;—pero, sépalo usted: un hombre que no teme atropellar todas las leyes divinas y humanas, aunque fuese cien veces pariente mío, no es un desgraciado, sino un criminal.

Un criado entró corriendo en el despacho.

—¿Qué desea el señor?

—Un coche en seguida, de cuatro caballos. Voy á la ciudad. Philipo y Stephano me acompañarán.

El lacayo desapareció.

—Sí, señor,—continuó Sipiaguin;—mi cuñado es un criminal. Si voy á la ciudad, no es para salvarle. ¡Oh, no!

—Pero excelentísimo señor.....

—Tales son mis principios, amigo mío: le suplico que no

insista usted sobre este punto, ni me fatigue con sus objeciones.

Sipiaguin se puso á pasear de uno á otro lado del despacho. Paklin le miraba con ojos extremadamente abiertos.

—¡Caramba!—pensaba.—Se habla de ti como de un liberal, y ahora resulta que eres *león devorador*.

La puerta se abrió de par en par, y entraron en el despacho, primero, Valentina con pasos apresurados, y detrás de ella Kallomeitsef.

—¿Qué pasa? ¿Has mandado enganchar? ¿Vas á la ciudad? ¿Qué ha ocurrido?

Sipiaguin se acercó á su mujer, y, cogiéndola por la muñeca, le dijo en francés:

—Es preciso que te armes de valor. Tu hermano está preso.

—¿Mi hermano? ¿Sergio? ¿Y por qué causa?

—Predicaba á los campesinos teorías socialistas.

Kallomeitsef lanzó un gemido lastimero.

—Sí, ¡les excitaba á la revolución! ¡Hacía propaganda! Los paisanos le han detenido y entregado. Ahora está en la cárcel.

—¡Oh! ¡Desgraciado loco.....! Pero, ¿quién te ha dicho?.....,

—Este señor que está aquí..... el señor..... ¿cómo se llama.....? Mr. Konopatin acaba de darme la noticia (1).

Valentina miró á Paklin, que se inclinó con expresión de desaliento.

—¡Vaya una hembra!—pensó.

Ni en los momentos más críticos dejaba nuestro Paklin de ser sensible á la belleza femenina.

—¿Y vas á ir á la ciudad ahora..... tan tarde?

Encontraré al gobernador levantado.

—¡Ya había yo previsto que esto acabaría así!—exclamó Kallomeitsef.—¡Si no podía ser de otra manera! Pero, ¡qué buena gente son nuestros campesinos! ¡Es maravilloso! Per-

(1) En ruso, Konopatin significa *el que traga esto pa*.

dón, señora,—añadió en francés:—es hermano de usted; pero, ante todo, la verdad.

—Pero, vamos, Boris, ¿de verdad quieres marchar?—preguntó Valentina.

—Apostaría cualquier cosa—continuó Kallomeitsef,—á que también el maestrillo Nejdánof anda mezclado en el ajo. Metería la mano en el fuego. Todos son de la misma ralea. ¿No se le ha detenido? ¿No sabe usted nada?

Sipiaguin hizo con la mano el ademán consabido de apartar algo molesto.

—Nada sé, ni nada quiero saber. A propósito—añadió, dirigiéndose á su mujer:—parece que se han casado.....

—¿Quién te lo ha dicho, el señor?

Miró á Paklin, entornando algo los ojos.

—El mismo.

—En ese caso,—exclamó Kallomeitsef,—debe saber necesariamente dónde están. ¿Sabe usted dónde están? ¿Usted lo sabe? Usted lo sabe.

Al decir esto, se balanceaba delante de Paklin, de derecha á izquierda, como para cerrarle el paso, aunque el cojo no daba señales de querer huir.

—Pero, responda. ¿Lo sabe usted? ¿Lo sabe?

Al cabo, Paklin, ya molestado, contestó:

—Aunque lo supiese no se lo diría á usted, señor.

—¡Oh, oh!.....—dijo Kallomeitsef.—Está bien, está bien. (Este debe ser también de la banda).

—El coche espera—dijo un lacayo, entrando.

Sipiaguin, con un ademán enérgico y elegante, cogió el sombrero; pero tan insistentemente le suplicó Valentina que defiriese la marcha para el siguiente día, adujo tan buenas razones, que la noche estaba muy adelantada, que todo el mundo estaría durmiendo en la ciudad, y que la marcha sólo serviría para excitarle los nervios; que podía, además, constiparse, etc., etc....., que Sipiaguin, dejándose convencer, dijo al fin:

—Me someto.

Y con otro ademán no menos elegante, pero nada enérgico, dejó el sombrero sobre la mesa.

—Que desenganchen,—ordenó al lacayo;—pero que el coche esté listo para mañana á las seis. Que se despida al carruaje en donde ha venido este señor, nuestro huésped. Que se pague al cochero. ¿Desea usted algo, señor Konopotin? Le llevaré mañana en mi coche, señor Konopotin. Decía usted... No lo he entendido. ¿Toma usted aguardiente, verdad? ¡Denle ustedes aguardiente al señor Konopotin! ¿No; no le gusta á usted?... Es igual..... ¡Feodor!..... conduce al señor á la cámara verde. Buenas noches, señor Kono.....

—¡Paklin! —gritó el cojo con voz tonante. — Me llamo Paklin!

—¡Ah! Sí, sí; es lo mismo. ¡Pero qué voz tiene usted, á pesar de su debilidad aparente! Hasta mañana, señor Paklin. Esta vez lo he dicho bien. ¿También usted vendrá con nosotros?—añadió en francés dirigiéndose á Kallomeitsef.

—¡Ya lo creo!

Se condujo á Paklin hasta la cámara verde, y aún se le encerró.

Cuando se acostaba, oyó dar la vuelta á la llave en la cerradura de su cuarto. Se dijo á sí mismo mil injurias por su humorada de venir á casa de Sipiaguin, y pasó muy mala noche.

A las cinco y media entraron á despertarle. Le entraron el café, y mientras lo tomaba, un lacayo, con el hombro lleno de cordones de color, esperaba, con el plato en las manos y moviendo los pies, como diciendo: «¿Pero no acaba usted? Los amos esperan.» Después se le condujo á la planta baja. El coche estaba ya delante de la puerta, lo mismo que el carruaje de Kallomeitsef.

Sipiaguin apareció en la escalinata envuelto en una capa de camelote con cuello redondo. Nadie usaba, desde hacía mucho tiempo, semejante abrigo, á excepción de cierto elevado

personaje á quien Sipiaguin hacía la corte, y á quien se esforzaba en imitar. En las ocasiones oficiales y de importancia, jamás dejaba de usar esta capa.

Saludó á Paklin con amabilidad, y señalándole con un gesto los almohadones del carruaje, le invitó á que se sentase.

—Señor Paklin, usted viene conmigo, señor Paklin. Meted bajo el asiento la maleta del señor Paklin. Yo acompaño al señor Paklin,—decía cargando el acento sobre la *a* del nombre Paklin.—¡Ah! — parecía querer decir. — ¿Te mortifica tu nombre, y no quieres que se te cambie? ¡Toma, traga Paklin! Mr. Paklin, ¡Paklin!

Este desgraciado nombre vibraba sin tregua en el aire fresco de la mañana.

Tan fresco era, que Kallomeitsef salió detrás de Sipiaguin haciendo varias veces *¡burr!*; se envolvió en su capa, se colocó en su carruaje descubierto. (Su buen amigo el Príncipe Miguel Obrenovitch de Servia, al ver aquel carruaje, encargó otro igual á casa de Binder. Ya saben ustedes: el gran constructor de los Campos Elíseos.)

Durante este tiempo, Valentina miraba por entre la entreabierta persiana, con gorra y bata de noche.

Sipiaguin entrando en el coche, la saludó con la mano.

—¿Está usted á gusto, señor Paklin? En marcha.

—Te recomiendo mi hermano;—gritó Valentina.

—¡Esté usted tranquila!—respondió Kallomeitsef dirigiéndola una mirada tranquilizadora por debajo de su casquete de viaje, adornado con una escarapela casi oficial, imaginada por él mismo.—Al otro es á quien hay que pescar.

—En marcha—repitió Sipiaguin.—Señor Paklin, ¿no tiene usted frío? En marcha.

Los coches partieron.

Durante los primeros diez minutos, Sipiaguin y Paklin guardaron silencio. El infortunado Sila, con su gabán raído y su casquete estropeado, resultaba aún más miserable sobre

el fondo azul obscuro de la tela con que estaba forrado el interior del carruaje.

Miraba silenciosamente las cortinillas azuladas que se enrollaban rápidamente cuando se apoyaba el dedo en el resorte: la alfombrilla de piel blanca y peluda en que metía los pies, y el cajón de madera encarnada, incrustado en la pared delantera, de donde salía, cuando se le golpeaba, una plancha para escribir y un pupitre para apoyar un libro. (A Sipiaguin le gustaba hacer creer que le agradaba trabajar en coche, como á Mr. Thiers, durante sus viajes.)

Paklin se sentía intimidado. Sipiaguin, mirándole dos veces de reojo, y sacando, con lentitud majestuosa del bolsillo lateral, una petaca de plata, adornada de una cifra con caracteres eslavos, le ofreció, sí, positivamente le ofreció un cigarro, que tomó negligentemente entre el segundo y tercer dedo de la mano, protegida por un guante amarillento de fábrica inglesa y de piel de perro.

—No fumo—balbuceó Paklin.

—¡Ah!—respondió Sipiaguin.

Y encendió su cigarro, un delicioso regalía.

—Debo decir á usted, querido señor Paklin—dijo con tono cortés, lanzando bocanadas pequeñas de hilos ondulantes de oloroso humo,—que le estoy realmente reconocido. Acaso ayer me haya usted tomado por algo violento..... Le aseguro á usted que no es ese mi carácter (cortaba intencionadamente sus frases). Se lo aseguro á usted. Póngase, señor Paklin, en mi situación. (Sipiaguin colocó su cigarro en el otro ángulo de la boca.) La situación en que me encuentro me..... ¿cómo le diré á usted?..... De repente el hermano de mi mujer..... se compromete..... y me compromete..... también á mí, de la manera más increíble. ¿Qué le parece á usted, señor Paklin? ¿No le parece á usted que todo esto es fuerte cosa?

—No lo creo así.

—¿Y no sabe usted á punto fijo por qué ni en dónde se le ha detenido?

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

—He oído decir que en el distrito de T.....

—¿Quién se lo ha dicho á usted?

—Un señor.

—Naturalmente..... No había de haber sido un pájaro. Mas ¿qué señor es ese?

—El ayudante del gerente de negocios de la Cancillería del gobernador.

—¿Cómo se llama?

—¿El gerente?

—No, el ayudante.

—Se llama Ouliachevitch. Es un empleado muy concienzudo. En cuanto tuve noticia de este asunto, me he apresurado á ponerlo en conocimiento de usted.

—Sí, sí; perfectamente. Repito á usted que se lo agradezco mucho. Pero ¡qué locura! Porque es una locura. ¿Verdad, señor Paklin? ¿No es verdad?

—Verdadera locura—exclamó Paklin, que sentía que un frío sudor le corría como una serpiente tibia y suave por la espina dorsal.—Es sencillamente no entender á nuestros campesinos. Mr. Markelof, por lo que yo he podido conocer, tiene un corazón bueno y noble; pero no ha entendido nunca al aldeano ruso.

Paklin miró disimuladamente á Sipiaguin, que, ligeramente vuelto hacia él, le envolvía en una mirada fría, pero no hostil.

—Los que quieren excitar á la sublevación al pueblo ruso, no podrán conseguir su objeto más que sirviéndose de su acatamiento al poder y á la familia imperial. Es preciso imaginar para ello alguna leyenda como la del falso Demetrio: mostrar en el pecho alguna marca imperial estampada con una moneda enrojecida al fuego.

—Sí, sí, como Pugatchef—interrumpió Sipiaguin con un tono que quería decir: «¡No tanta erudición; también nosotros sabemos de historia!»,—y repitiendo de nuevo: «¡Ha sido una locura, una verdadera locura!», parecía absorto en la contemplación del hilillo de humo que se escapaba de su cigarro.

—Excelentísimo señor—dijo Paklin algo más animado:—he dicho á V. E. hace un momento que no fumaba. No es verdad; fumo, ¡y el cigarro de V. E. expele tan delicioso perfume!.....

—¡Eh! ¿Qué decía usted? ¿Qué es eso?—dijo Sipiaguin, como si despertase de un profundo sueño.—Y sin dar á Paklin tiempo de repetir lo que había dicho (prueba de que le había entendido perfectamente y que repetía por repetir sus palabras), le presentó la petaca abierta.

Paklin, con amable complacencia, encendió discretamente el cigarro.

—Este es el momento favorable,—pensó.

Pero Sipiaguin se le adelantó.

—Me ha hablado usted, según creo,—dijo negligentemente con cortas interrupciones, examinando el cigarro é hinchando los carrillos, y echándose el sombrero unas veces hacia los ojos y otras hacia la frente,—me ha hablado usted de su otro amigo, el que se ha casado con mi..... pariente. ¿Le ha visto usted? ¿Se han instalado lejos de aquí?

—(¡Eh, eh!—pensó Paklin.—¡Atención, amigo Sila!)

—No los he visto más que una vez. En efecto, viven cerca de aquí.

—Naturalmente, usted comprende,—replicó Sipiaguin, continuando su maniobra,—como ya le he dicho, que no puedo interesarme seriamente por esa joven ni por el amigo de usted. ¡Dios mío! Yo no tengo prejuicios, pero convenga usted conmigo en que han obrado de un modo absurdo..... tontamente. Tengo, además, la convicción que la causa principal de todo ello es la política (la política repetía encogiéndose de hombros), y no otro sentimiento.

—También esa es mi creencia.

—Sí, Mr. Nejdánof era de los rojos. Debo hacerle la justicia de que no ocultaba sus opiniones.

—Nejdánof,—exclamó Paklin,—acaso se haya dejado arrastrar; pero su corazón.....

—Su corazón es bueno,—interrumpió Sipiaguin;—sin duda, sin duda; lo mismo le acontece á Markelof. Todos esos señores tienen buen corazón. Probablemente habrá tomado parte también en este asunto, acaso le hayan preso. Será menester que interceda también por él.....

Paklin se apretó el pecho con las manos.

—¡Ah, sí, sí, excelentísimo señor, protegedle! Merece, se lo aseguro á V. E., toda su simpatía.

—¡Hum! ¿Lo cree usted así?

—En fin: y si no es por él, á lo menos hágalo V. E. por su sobrina, por su mujer (Dios mío, Dios mío,—decía para sí Paklin,—qué cosas estoy ensartando!)

Sipiaguin entornó los ojos.

—Muy bien, joven, muy bien. Su conducta de usted es digna de elogios. ¿Dice usted que viven por aquí cerca?

—Sí, excelentísimo señor: en un gran establecimiento.

Paklin se mordió la lengua.

—¡Vamos, vamos en casa de Solomine! Eso. Ya yo lo sabía. Sí, me lo habían dicho.

Sipiaguin lo ignoraba hasta entonces, y nadie le había hablado una palabra; pero al recordar la visita de Solomine, sus entrevistas nocturnas con Nejdanof, había aventurado aquella hipótesis. Paklin había mordido el anzuelo.

—Puesto que usted lo sabía.....—comenzó á decir el cojo, pero se detuvo, y se mordió de nuevo la lengua: era demasiado tarde.

Una mirada que le dirigió Sipiaguin le hizo comprender que durante toda esa conversación el funcionario había jugado con él como el gato con el ratón.

—Sin embargo,—añadió el pobre diablo,—debo decir á usted que, en rigor, yo no sé una palabra.

—Yo no le pregunto á usted nada. ¿Para qué? ¿Qué significa lo que usted dice y por quién me ha tomado?—exclamó con aire altanero Sipiaguin, echándoselas repentinamente de alto funcionario.

Paklin se sintió de nuevo humillado, débil, atrapado, anadado. Hasta entonces había fumado, arrojando suavemente y como á hurtadillas el humo. Desde aquel momento no volvió á fumar.

—¡Dios mío!—exclamó interiormente, en tanto que un tibio sudor corría abundantemente por sus miembros.—¿Qué es lo que acabo de hacer? Los he denunciado á todos. ¡Oh! ¡Me ha engañado! ¡Se me ha comprado con un buen cigarro! ¡Soy un denunciador! ¿Y cómo remediarlo, Dios mío?

No había tiempo de remediar ya el mal. Sipiaguin dormía con aspecto digno y grave, como un verdadero ministro, envuelto en su capa de los grandes días. Un cuarto de hora después, los dos coches se detenían delante de la casa del gobernador.

IVAN TURGUENEFF.

(Se concluirá.)

UN DRAMA DE LA PASIÓN EN PERSIA

Todo el mundo ha oído ó leído noticias del drama de la Pasión representado en Ammergau, y apenas se encuentra una persona que habiéndolo visto no quede hondamente impresionada y conmovida. Los aldeanos de la comarca, las gentes del gran mundo, el viajero vulgar, fueron á Ammergau y todos gozaron y sintieron; pero lo que, según dicen, se ha notado especialmente, ha sido la afluencia de ministros de todas las religiones. Que los paisanos católicos, cuya religión les habitúa á la ostentación y pompa del culto fuesen atraídos por una admirable representación escénica de los sublimes momentos de la historia de su fe, era natural; que los viajeros y los elegantes lo fuesen por lo que era á la vez la moda y una nueva sensación de un género intenso, tampoco sorprende; ni que también fuesen atraídos allí muchos eclesiásticos. Por supuesto que los sacerdotes católicos romanos se congregaban en gran número: el protestantismo de gran parte del clero anglicano se supone que es débil, y era de esperar que los ministros anglicanos mostrasen su simpatía en Ammergau. Pero que igualmente estuviesen allí y diesen muestra de aprobación y simpatía los ministros protestantes de la más in-

tachable calidad, los protestantes disidentes, para quien recuerde su casi universal conmoción en este país, no hace muchos años, contra Roma y su religión, la clara aversión á los *papistas* y todas sus prácticas, es causa de asombro. Concuerdan con esta observación los escritos de los disidentes más jóvenes y de criterio más moderno, que manifiestan disposición á mirar la Iglesia romana más bien desde el punto de vista histórico, que desde el político; un deseo de hacer justicia á la indudable grandeza de ciertas instituciones y hombres producidos por esa Iglesia, enteramente actual y contrario á la sencilla creencia de los primeros tiempos, de que entre los protestantes y Roma había eterno inconmensurable abismo. Algo de esto influye, sin duda, para provocar la simpatía de los modernos protestantes hacia el catolicismo. Pero, en general, esa simpatía nace igualmente en disidentes y eclesiásticos de causa mejor—de la amplitud de concepciones más vastas, de un concepto de la religión, del hombre y de la historia, superior al de antaño.—Hemos visto en los periódicos recientemente, que un clérigo que en una plática popular dió cuenta del drama de la Pasión en Ammergau y se extendió sobre sus impresiones, fue amonestado por ciertos protestantes, quienes le dijeron que, en vez de ocuparse de espectáculos patéticos, su tarea era ir por el camino de la fe, no por el de la vista, y enseñar á sus prójimos á hacer lo mismo. Pero tamaña severidad parece haber excitado más extrañeza que alabanza; que tanto nos impulsan ya las ideas cada vez más amplias acerca de la religión y de lo que en ella realmente nos importa. A este interés me propongo apelar en el presente artículo. El drama de la Pasión en Ammergau con su inmenso auditorio, la seriedad de sus actores, la emoción apasionada de sus espectadores, me trajo á la memoria algo que he leído recientemente, algo acaecido, no en Baviera ni en la cristiandad, sino en ese maravilloso Oriente de donde, mal que le pese á Europa, ha venido toda nuestra religión, y de donde, á estas alturas, viene todavía un influjo poderoso, una

acción decisiva sobre el sentimiento y la voluntad del hombre. Deseo presentar este producto del remoto Oriente mientras está fresco el recuerdo de lo que se ha visto en Ammergau, y veremos si trayendo juntos á extraños y enemigos que parecían estar separados cual lo están los polos, como en Ammergau halla también en Persia un imán peculiarísimo, un foco de fé ardiente.

El conde Gobineau, en otro tiempo Ministro de Francia en Terán y Atenas, publicó hace pocos años cierto libro interesante sobre el estado presente de la Religión y la Filosofía en el Asia Central. También es favorablemente conocido el conde por sus estudios étnicos. Sus talentos é inteligencia merecen todo respeto, y en su libro sobre la Religión y la Filosofía en el Asia Central tiene la gran ventaja de escribir acerca de cosas que ha estudiado, con observaciones é investigaciones propias, cosechadas y bebidas en el mismo manantial. El propósito principal de su libro es dar una historia de la carrera de Mirza-Alí-Mahommed, reformador religioso persa, el original *Báb* y fundador del *Bábismo*, al cual todas las personas cultas conocen siquiera de nombre. *Báb* significa *puerta*, la puerta ó entrada de la vida; y en la agitación que ahora hierve en el Oriente mahometano, Mirza-Alí-Mahommed — que parece haberse enterado por los misioneros protestantes de nuestras Escrituras y por los judíos de Shiraz de las tradiciones judáicas, haber estudiado además la religión de los *ghebers*, la antigua religión nacional de Persia y haber hecho una especie de amalgama de todo ello con el mahometismo, — se presentó hace cerca de veinticinco años como la *puerta*, la *entrada* de la vida; halló discípulos, repartió escritos y, finalmente, llegó á ser causa de desórdenes, que le condujeron á ser ejecutado en la ciudadela de Tabriz. El *Báb* y sus doctrinas son tema sobre el cual mucho podría decirse, pero lo dejo á un lado, á excepción de un incidente de la vida de *Báb*, del cual daré cuenta. Como todos los religiosos mahometanos, hizo la peregrinación á la Meca, y sus meditaciones en ese

centro religioso fueron las que principalmente le sugirieron su misión. Pero poco después de haber vuelto á Bagdad hizo otra peregrinación, y en esta fue donde vió claro su objeto, y cómo su vida estaba destinada á él. «Deseaba —extracto de las palabras del Conde de Gabineau—completar sus impresiones yendo á Kufa para visitar la mezquita arruinada donde Alí fue asesinado y donde el teatro del crimen se enseña todavía. Pasó allí varios días en meditación. El lugar parece haberle hecho impresión grande; entraba en una carrera que podría y debía guiarle á una catástrofe parecida á la que había sucedido en aquellos sitios, y donde su imaginación le mostraba á Imán Alí yaciendo á sus pies, herido y sangriento. Los que le acompañaban dicen que pasó entonces por un género de agonía moral que puso fin á todas las vacilaciones de su naturaleza. Lo cierto es que cuando á su vuelta se detuvo en Shiraz, estaba cambiado. Ninguna duda le turbaba ya; estaba decidido y persuadido; había tomado su resolución.»

También este Alí, á cuya tumba fué el Bâb, y donde sufrió la crisis espiritual recordada aquí, es nombre familiar para muchos de nosotros. Nuestro conocimiento del Oriente no es en general muy profundo; no obstante, casi todos han oído, por lo menos, el nombre de Alí, el león de Dios, el joven primo de Mahoma, la primera persona, después de su esposa, que creyó en él, y á quien Mahoma, agradecido, reconoció por hermano, delegado y vicario. Alí era uno de los capitanes de Mahoma más afortunados y mejores. Casó con Fátima, hija del Profeta; sus hijos, Oassán y Hussein, eran, cuando niños, los favoritos de Mahoma, quien no tenía hijo que le sucediese, y se esperaba que nombrase á Alí sucesor. No le nombró. A su muerte (en el año 632 de nuestra era), Alí fue olvidado, y el primer califa, ó *vicario y teniente* de Mahoma en el gobierno del Estado, fue Abu-Bekr; sólo la herencia espiritual de Mahoma, la dignidad de Iman, ó *Primado*, recayó por derecho en Alí y sus hijos. Alí, león de Dios como era en la guerra, separado de la política y de las

intrigas, amaba el retiro y la oración, y era el más piadoso y desinteresado de los hombres. A la muerte de Abu-Bekr fue desdeñado otra vez en favor de Omar. Othman sucedió á Omar, y Alí todavía permaneció tranquilo. Othman fue asesinado, y entonces Alí, por evitar principalmente disturbios y derramamiento de sangre, aceptó (a. d. 655) el califato. Entre tanto, los ejércitos mahometanos habían conquistado á Persia, Siria y Egipto. El Gobernador de Siria, Moawiyah, hombre experto y ambicioso, se levantó como califa, siendo reconocido su título por Amrou, Gobernador de Egipto, y hubo una batalla indecisa y sangrienta en la Mesopotamia entre el ejército de Alí y el de Moawiyah. Gibbón narrará el resto: «En el templo de la Meca, tres charegitas ó entusiastas discurrieron sobre los desórdenes de la Iglesia y el Estado; convinieron luego en que las muertes de Alí, de Moawiyah y de su amigo Amrou, Virrey de Egipto, restablecerían la paz y la unidad de la religión. Cada uno de los asesinos eligió su víctima, envenenó su daga, consagró á ese fin su vida, y partió secretamente al sitio de acción. Su resolución era igualmente desesperada; pero el primero equivocó la persona de Amrou, y dió de puñaladas al enviado que ocupaba su asiento; el príncipe de Damasco fue herido peligrosamente por el segundo; Alí, el califa legítimo, recibió una herida mortal de la mano del tercero, en la mezquita de Kufa.»

Los sucesos de que damos cuenta rápidamente, deben conservarse en la memoria, pues son los elementos de la historia mahometana: sin ellos, no se puede comprender bien el estado del mundo mahometano, pues ese mundo está dividido en dos grandes sectas: la de los Shiahs y la de los Sunis. Los Shiahs son los que rechazan como usurpadores á los tres primeros califas, y empiezan con Alí, primer sucesor legítimo de Mahoma; los Sunis reconocen, lo mismo que á Alí, á Abu-Bekr, á Omar y Otshmán, y consideran á los Shiahs como impíos herejes. Los persas son Shiahs, y los árabes y turcos son Sunis. Hussein, uno de los hijos de Alí, casó con una prin-

cesa persa, hija de Yezdejerd, último de los reyes Sarranianos, Rey á quien la conquista mahometana desterró de Persia: y por este matrimonio, Persia llegó á estar relacionada especialmente con la casa de Alí. «En el siglo IV de la Hegera—dice Gibbon—se levantaron, cerca de las ruínas de Kufa, una tumba, un templo y una ciudad. Muchos miles de Shiahs reposan en el recinto sagrado, á los piés del vicario de Dios; y el desierto está vivificado por las numerosas visitas anuales de los persas, que estiman su devoción no menos meritoria que la peregrinación á la Meca.»

A fin de comprender lo que voy á narrar después de la cita del Conde Gobineau, debemos seguir investigando la historia mahometana antes del asesinato de Alí. Moawiyah murió en el año 680 de nuestra era, casi cincuenta años después de la muerte de Mahoma. Su hijo Yezid le sucedió en el trono de los califas en Damasco. Durante el reinado de Moawiyah, los dos hijos de Alí, los Imanes Hassán y Husein, vivían con sus familias en religioso retiro en Medina, donde estaba sepultado su abuelo Mahoma. El carácter de abstención y abnegación, que hemos notado en Alí, estaba impreso en ellos con mayor vigor y vehemencia; pero, cuando Moawiyah murió, el pueblo de Kufa, la ciudad de la llanura del Eufrates, donde Alí había sido asesinado, envió proposiciones para hacer califa á Hussein si quería venir junto á ellos, y se ofreció á apoyarle contra las tropas siriacas de Yezid. Hussein se creyó obligado á aceptar la proposición. Dejó á Medina, y con su familia, parientes y deudos, hasta el número de ochenta personas, se encaminó á Kufa. Entonces sucedió la tragedia tan familiar á todo mahometano, como ignorada de nosotros, la tragedia de Kerbela. «¡Oh, muerte!»—exclamaba el trovador de Persia Kurroglon, en su último canto, antes de ser ejecutado.—«¡Oh, muerte, á quién perdonas! ¡Ni siquiera Hassán y Hussein, escabeles del trono de Dios en el séptimo cielo, han sido perdonados por tí! ¡No, tú les hiciste mártires en Kerbela!»

Lo mejor que podemos hacer es recurrir de nuevo á la historia de Gibbon para la relación de esta tragedia famosa. «Hussein atravesó el desierto de Arabia con una tímida comitiva de mujeres y niños; pero cuando se aproximó á los confines de Irak le alarmó el aspecto solitario y hostil del país, y sospechó la defección ó la ruina de su partido. Sus temores eran justos: Obeidallah, gobernador de Kufa, había extinguido las primeras chispas de una insurrección, y Hussein estaba cercado en la llanura de Kerbela por un cuerpo de 5.000 jinetes, que interceptaban la comunicación con la ciudad y el río. En una conferencia con el jefe enemigo, propuso la opción á tres condiciones: que se le permitiese volver á Medina, ó quedar apostado en una guarnición frontera contra los turcos, ó que le condujesen en salvo á la presencia de Yezid. Pero las órdenes del califa ó su teniente eran severas y absolutas, y se informó á Hussein de que tenía que someterse al Comandante de los Fieles como cautivo y criminal, ó esperar las consecuencias de su rebelión.

—¿Creéis—replicó él—aterrorizarme con la muerte?

Y durante la breve tregua de una noche se preparó á arros-
trar su destino con tranquila y solemne resignación. Reprimió
las lamentaciones de su hermana Fátima, que deploraba la in-
minente ruina de su casa.

—Nuestra confianza—decía Hussein—sólo está en Dios. Todas las cosas del cielo y tierra deben perecer y volver á su Creador. Mi hermano, mi padre, mi madre, eran mejores que yo, y cada musulmán tiene un ejemplo en el Profeta.

Instaba á sus amigos á concertar su salvación por una huida oportuna; ellos rehusaron animosamente abandonarle ó sobrevivir á su amado maestro, y su valor se fortificó con una ferviente oración y la esperanza del Paraíso. En la mañana del día fatal montó á caballo, llevando su espada en una mano y el Corán en la otra; los flancos y retaguardia de su partida estaban resguardados por las trincheras y un foso profundo, que habían llenado de haces encendidos, según la práctica de

los árabes. El enemigo avanzaba de mala gana, y uno de sus jefes desertó con treinta soldados para reclamar el compañerismo de una muerte inevitable. En cada combate parcial ó ataque cerrado, la desesperación de los fatimitas fue invencible; pero las multitudes que les rodeaban les hostigaban á cierta distancia con una nube de flechas, y hombres y caballos caían muertos sucesivamente. A la hora de la oración se pactó por ambas partes una tregua, y la batalla concluyó, al fin, con la muerte del último compañero de Hussein.

Los detalles de la muerte de Hussein serán luego más oportunos; basta decir en este momento que 'sucumbió, y las mujeres y niños de su familia fueron llevados con cadenas á Damasco al califa Yezid. Gibbon concluye el relato de este modo: «En lejana edad y clima, la trágica escena de la muerte de Hussein despertará la simpatía del más frío lector. En la fiesta anual de su martirio, en la devota peregrinación á su sepulcro, sus apasionados persas abandonan sus almas al frenesí religioso del pesar y la indignación.»

Hállanse las tumbas de Alí y de su hijo, unas treinta millas separadas una de otra, en la llanura del Eufrates, y tenían, al escribir Gibbon, sus peregrinaciones y su tributo de duelo entusiasta. Pero el Conde Gobineau relata, en el libro de que he hablado, una exposición de estas solemnidades que á Gibbon le era desconocida. Dentro de la centuria presente se ha creado un drama sobre la base de la historia de los mártires de Kerbela, drama nacional persa, que el Conde Gobineau, que lo ha visto y oído, se atreve á colocarlo al nivel del drama griego como asunto sublime y serio, que atrae el corazón y el espíritu del pueblo donde tuvo origen; mientras que el drama latino, inglés, francés y alemán es, dice, en comparación, mero pasatiempo más ó menos intelectual y elegante. A mí me parece que los *tazyas* persas,—así se llaman estas piezas—hallan mejor paralelo en el Drama de la Pasión de Ammergau que en el drama griego. Se basan por completo en un asunto: los sufrimientos de la *Familia de los*

Diez, como se llama á Imán Hussein y las personas que le rodeaban en Kerbela. El asunto va precedido, á veces, de un prólogo que algún día quizá, cuando se sienta más la necesidad de varios, llegará á ser otro drama; pero, al presente, el prólogo guía invariablemente á los mártires. Por ejemplo: el Emperador Tamerlán, en su conquistador progreso por el mundo, llega á Damasco. El Gobernador le entrega las llaves de la ciudad; pero es descendiente de los asesinos del Imán Hussein: Tamerlán lo averigua, le abruma á denuestos, y le despide de su presencia. El Emperador ve luego á la hija del Gobernador espléndidamente ataviada, piensa en los sufrimientos de las santas mujeres de la Familia de los Diez, y la reconviene y despide como á su padre. Retírase preocupado por la gran tragedia que de tal manera vino á su memoria, y no puede dormir ni sosegar. Llama á su visir, y el visir le dice que el único modo de calmar su turbado espíritu es ver una *tazyá*. Y así comienza la *tazyá*.—Otras veces (y esto mostrará cuán extrañamente confundido está en el mundo religioso de que nos ocupamos, lo más familiar con lo desconocido) José y sus hermanos aparecen en escena, y se representa la antigua historia de la Biblia. José es arrojado en el hoyo y vendido á los mercaderes, y sus hermanos llevan á Jacob su sayo manchado de sangre; después Jacob queda solo, llorando y quejándose; entra el ángel Gabriel y le reprende por su falta de fe y constancia, diciéndole que lo que sufre no es una centésima parte de lo que Alí, Hussein y los hijos de Hussein sufrirán algún día. Jacob parece dudarle; Gabriel, para convencerle, ordena á los ángeles que ejecuten una *tazyá* presentando lo que un día sucederá en Kerbela. Y así principia el drama.

Estas piezas se representan en los diez días primeros del mes de Mo-harren, aniversario del martirio de Kerbela. Son tan populares, que ahora también invaden otras estaciones del año; pero lo clásico para ellas es, como dejo dicho, el mes de Mo-harren. El Rey y el pueblo se visten de luto, y por la no-

che, mientras no comienzan las *tazyas*, están pasando procesiones, y el aire resuena con los golpes de pecho y las letanías de «Oh, Hassan! ¡Oh, Hussein!»; mientras los seyids—una clase de frailes humildes que pretenden ser descendientes de Mahoma, y de cuyas incesantes relaciones de la leyenda de Kerbela, muy amplificadas en sus homilías durante las peregrinaciones y en las tumbas de los mártires, sin duda han tenido origen las *tazyas*—conservan el entusiasmo que ha excitado el drama del día por medio de sermones é himnos. Nadie se acuesta, y el que se acostase no dormiría. Las cofradías van en procesión con banderas negras y antorchas; los hombres llevan el túnico desgarrado, y golpean con la mano derecha el hombro izquierdo en una especie de cadencia mesurada para acompañar un cántico en honor de los mártires. Estas procesiones penetran en los teatros donde los seyids están predicando. Todavía más ruidosas son las cuadrillas de bailarines tocando una especie de castañetas de madera, unas veces delante del pecho y otras por detrás de las cabezas, y marcando el compás con música y baile á una endecha improvisada por los espectadores, en la cual los nombres de los imanes hacen el estribillo. Los más estrepitosos son los berbers, hombres de otra raza y de color más obscuro, con la parte superior de su cuerpo desnuda y lo mismo los pies, llevando algunos de ellos tamboriles y címbalos, otros cadenas de hierro y largas agujas. Se dice que uno de su raza se burló en otro tiempo de los imanes en su aficción, y los berbers van en expiación de ese crimen. Al principio, su música y su marcha es lenta; pero después la música se aviva, y los portadores de cadenas y agujas se ponen á dar vueltas y empiezan á golpearse con las cadenas y á pinchar sus brazos y mejillas con las agujas, primero suavemente, luego con más vehemencia, hasta que de repente la música cesa y todos se detienen. De tal suerte retrocedemos en este suelo asiático, donde las creencias y usos se amontonan, capa tras capa y ruina sobre ruina, al lejano pasado de los martirizados imanes, al pasado maho-

metanismo, al pasado de la cristiandad, hasta á los sacerdotes de Baal hiriéndose con los cuchillos, y á la adoración de Adonis.

Los *tekyas* ó teatros para el drama en que se celebran estos panegíricos, sin cesar se multiplican. El Rey, los altos funcionarios, las ciudades, los ricos, como el orífice del Rey, ó cualquiera que tiene medios y deseo, contribuyen á las funciones; cada uno envía lo que quiere; es acto religioso decorar un palco ó regalar adornos para un *tekyá*; y á fuer de ofertas religiosas, todos los dones son aceptados, por pequeños que sean. Hay *tekyas* para trescientos ó cuatrocientos espectadores, y los hay para tres ó cuatro mil. Hay en Ispahan representaciones en que se reúnen más de veinte mil personas. En Terán, capital de Persia, tiene sus *tekyas* cada barrio de la ciudad, cada plaza y paraje libre se aprovecha para establecerlos, y, además, han sido abiertos expresamente algunos espacios para nuevos *tekyas*. El Conde Gobineau describe uno de estos teatros circunstanciadamente: « un *tekyá* en Terán, de la mejor clase, es capaz para un auditorio de unas cuatro mil personas. La disposición, muy sencilla: el *tekyá* es un cuadrilátero amurallado, con una plataforma de ladrillos en el centro, el *sakou*. Este *sakou* está rodeado de pértigas negras, clavadas á alguna distancia una de otra, y juntas por arriba con varas horizontales del mismo color, y de estas varas cuelgan lámparas de colorines, que se encienden para la oración y predicación de la noche cuando se acaba la representación. El *sakou* ó plataforma central, forma la escena; en conexión con ella, á una de las extremidades de la longitud del paralelógramo, hay un palco reservado: el *tâgnumâ*, más alto que el *sakou*. Este palco está decorado con esplendidez, y se usa especialmente para los cuadros interesantes y magníficos — por ejemplo, la corte del Califa — que ocurren en el curso de la pieza. Un pasillo de algunos pies de anchura queda franco entre este palco y la escena; todo el resto del espacio es para los espectadores; las primeras filas se sientan sobre los talones junto á este pasi-

llo, para ayudar á los actores á subir y á bajar las altas gradas del *tâgnumâ*, cuando tienen que pasar entre ése y el *sakou*. A cada lado del *tâgnumâ* están los palcos, y á lo largo de la pared del cercado, hay otros palcos con delanteras de madera primorosamente labrada, que se dejan en pie como parte permanente de la construcción; enfrente de éstos, al otro lado del piso y la escena, se levantan hileras de asientos como en un anfiteatro. Todas las localidades son gratuitas; las gentes de posición tienen generalmente palcos preparados y decorados, y cuidan de ocuparlos; pero si un palco no está ocupado cuando empieza la representación, cualquier mendigo ó chiquillo de la calle desarrapado puede entrar allí y sentarse. En medio del espacio hay una hilera de gigantescos maderos, y uno ó dos de ellos están clavados en la misma *sakou*, y desde estos mástiles se extiende un inmenso toldo que protege á toda la concurrencia. A cierta altura, cuelgan de estos maderos pieles de tigre y de pantera, para indicar el carácter violento de las escenas que van á representarse. También están sujetos á estos mástiles escudos de acero, pieles de hipopótamo, banderas y espadas desnudas. La mirada abarca un mar de colores y de esplendor. Los grabados de la madera y de los ladrillos desaparecen bajo los almohadones, las ricas alfombras, colgaduras de seda, muselina de la India bordada con plata y oro y chales de Kermán y de Cachemira. Hay lámparas, arañas de cristales de colores, espejos y cristales de Bohemia y de Venecia, vasos de porcelana de todos tamaños y magnitudes de la China y de Europa, pinturas y grabados, ostentándose doquiera. El gusto no siempre es sobriamente correcto, pero el conjunto hace el efecto de la prodigalidad y lujo magnífico que acostumbramos á asociar con los esplendores de las noches árabes.

En marcado contraste con esta ostentación, está la pobreza de la maquinaria escénica é ilusión del escenario. El asunto es demasiado interesante y solemne para necesitarla. Los actores se ven por todos lados, y las salidas, entradas y juego

escénico de nuestros teatros, son imposibles; la imaginación del espectador cubre todas las brechas y suple todos los requisitos. En la *mise en scene* de Ammergau, se comprende que los arqueólogos y artistas de Munich han puesto su mano correcta; en Terán no existe ninguna maestría. Un barreño de cobre lleno de agua representa el Eufrates; un montón de paja picada colocado en una esquina, es la arena del desierto de Kerbela, y el actor va y toma un puñado de ella, cuando su parte requiere que arroje el polvo sobre su cabeza, al uso oriental. No se intenta vestir con propiedad; á lo sumo se procura hacer honor á los personajes de mayor interés con vestidos y joyas que pasarían por trajes ricos y hermosos para lucirlos en la vida persa moderna. El dominio de los actores consiste en que les impregna la seriedad de los asuntos que representan allí. Están penetrados de esto, como el público que les rodea, y si el actor pone toda su alma en lo que hace, el público le encuentra á medio camino, y resultan los efectos de esta impresionabilidad extraordinaria. «El actor está arrebatado» dice el Conde Gobineau, «tan profunda y completamente, que casi siempre ve uno al mismo Yezid (el califa usurpador), al miserable Ibn-Saiz (el general de Yezid), al infame Shemer (teniente de Ibn-Said), en el momento en que prodigaban los insultos más crueles á los Imanes á quienes iban á matar, ó á las mujeres de la familia del Imán que, maltratadas por ellos, se deshacen en lágrimas y recitan entre sollozos su papel. Al público ni le sorprende ni le desagrada esto; por el contrario, penetrado de emoción golpea su pecho, levanta los brazos al cielo invocando á Dios, y redobla sus gemidos. Así, sucede con frecuencia que el actor se identifica de tal modo con el personaje que representa, que no puede decir, cuando la situación le arrastra con tan absoluto entusiasmo y olvido de sí mismo, que en efecto no lo es, y alcanza una realidad á la vez sublime y terrible, que produce en su auditorio impresiones superiores á las que pueden producir nuestras representaciones más estudiadas. Allí no hay nada

artificial, ni falso, ni convencional; la naturaleza y los hechos representados hablan por sí mismos.

Los actores son hombres y muchachos: los papeles de ángeles y mujeres los desempeñan los muchachos. Los niños que se suben á las tablas suelen ser de las familias principales de Terán; su cooperación á esta solemnidad religiosa (pues tal se cree) se supone que trae bendición sobre ellos y sus padres. «Nada más conmovedor» dice el Conde Gobineau, «que ver á estas criaturitas, de tres ó cuatro años, vestidas con sayos de gasa negra de anchas mangas, las cabezas cubiertas de pequeños gorros negros bordados de plata y oro, arrodillándose al lado del cuerpo del actor que representa el mártir del día, abrazándole y echando sobre ellos mismos, con sus manecitas, la paja picada por arena, en signo de pena.» «Estos niños, es evidente» continúa, «que no creen que están representando, sienten que hacen una cosa muy formal é importante, y aunque son demasiado tiernos para comprender de lleno la historia, saben, en general, que es asunto triste y solemne. No se distraen con la concurrencia, no aparecen tímidos, desempeñan su papel prescrito con la mayor atención y formalidad, cruzando siempre respetuosamente sus brazos para recibir la bendición del Imán Hussein; y el público les contempla con la más viva satisfacción y simpatía.»

Las piezas dramáticas no llevan el nombre de su autor. Están escritas en estilo popular, al alcance de las personas más vulgares y más ignorantes del pueblo persa, y andan exentas, hablando comparativamente, de la fantasía é hipérbole oriental. Los seyids, ó frailes populares, de que ya hice mérito, probablemente han tenido parte en la composición de muchas de ellas. Los Moollahs, ó autoridades eclesiásticas regulares, las condenan. Es una innovación que desapruaban y creen peligrosa; se dirige á la vista, y su religión les prohíbe presentar ante la mirada de los fieles las cosas religiosas; se aparta de los límites de lo que está revelado é indicado para ser doctrina ortodosa, é introduce novedades y herejías; pero

estos dramas van en aumento bajo el impulso de la imaginación y emoción del actor y del público, y cada día reciben nuevo desarrollo. Los doctos dicen, además, que estas piezas son un montón de mentiras, obra de gentes ignorantes, y no tienen palabras bastante fuertes para expresar su menosprecio hacia ellas. No obstante, es tan irresistible la moda de estos dramas sagrados, que desde el Rey en su trono hasta el mendigo de la calle, todos, excepto quizás los Mollahs, van á verlas y se sienten subyugados. Los Imanes y sus familias se expresan siempre con una especie de melodía lírica, que parece tener efectos rítmicos, á menudo de gran ternura y belleza; sus perseguidores, traidores y personajes antipáticos, siempre hablan en prosa.

La escena está bajo la dirección de un *choræus*, llamado *oostad* ó «maestro», que es personaje sagrado en razón de las funciones que desempeña. A veces dirige al auditorio un comentario de lo que está pasando, y pide compasión y lágrimas para los mártires; en otras ocasiones, á falta de un seyid, reza y predica. Siempre se le escucha con veneración, pues él es el que dispone todo el espectáculo sagrado que tan hondamente conmueve al público. Sin intentar ocultarse, permanece constantemente en la escena con el libreto en la mano, da el apunte á los actores, pone á los niños y á algún actor inexperto en los sitios convenientes, viste al mártir con el sudario cuando va á morir, le sostiene el estribo cuando monta á caballo, y mete un puñado de paja picada en las manos de los que van á necesitarla. Veámosle ahora trabajar.

El teatro está lleno y hace mucho calor; jóvenes de rango, pajes del Rey, oficiales del ejército y doctos funcionarios del Estado, andan por medio del gentío con pellejos llenos de agua sobre las espaldas, distribuyendo agua todo alrededor, en memoria de la sed que sufrieron los Imanes en estos días solemnes en las arenas de Kerbela. Cantos y letanías extrañas, del género que hemos descrito, se elevan de vez en cuando entre el gentío: la entona un dervis, ó un soldado, ó un

obrero. Estos cantos son á menudo repetidos por la concurrencia; á veces se desvanecen y apagan por falta de voces, otras continúan hasta que alcanzan al paroxismo, y luego paran de repente. Se presenta una figura extraña é insignificante con vestidura de algodón verde y el aspecto de un mezuquino mercader de los bazares de Terán, y sube al *sakou*. Saluda con la mano á la concurrencia, que en seguida queda silenciosa, y la apostrofa de esta manera en tono de fraterna y reconvención:

«Hola, musulmanes: ahí estáis tan contentos sentados cómodamente bajo el toldo; y os imagináis que el Paraíso ya se os abre. ¿Sabéis lo que es el Paraíso? Es un jardín, sin duda, pero un jardín como no tenéis idea. Me diréis: «Amigo, sepamos cómo es.» Yo, ciertamente que nunca he estado allá; pero muchos profetas lo han descrito, y los ángeles han traído noticias de él. No obstante, lo que os diré es que allí hay cabida para todas las gentes buenas, pues su longitud es de 330.000 codos. Si no lo creéis, averiguadlo. En cuanto á conseguir ser una de las personas buenas, permitidme deciros que no basta leer el Korán del Profeta (¡la salvación y bendición de Dios sea sobre él!), no basta hacer todo lo que este libro divino manda; no basta venir á las *Tazyas*, y llorar como hacéis cada día, hijos de perros que sois, que no sabéis nada de lo que puede aprovecharos; conviene, además, que vuestras buenas obras (si es que hacéis alguna, lo que mucho dudo) sean hechas en el nombre y por el amor de Hussein. ¡Musulmanes, Hussein es la puerta del Paraíso; musulmanes, Hussein es el que protege al mundo; musulmanes, por Hussein viene la salvación! Gritad: Hassán, Hussein!»

Y toda la multitud grita: «¡Oh, Hassán! ¡Oh, Hussein!»

«Está bien; y ahora gritad otra vez.» Y de nuevo gritan todos: «¡Oh, Hassán! ¡Oh, Hussein!» «Y ahora», continúa el extraño orador «ruego á Dios que os guarde continuamente en el amor de Hussein. Vamos, dirigid vuestra jaculatoria á Dios.» Entonces la multitud, como un solo hombre, levanta

los brazos al aire, y, con un profundo y prolongado grito, exclama: «¡Ya Allah! ¡Oh, Dios!»

Los pífanos, tambores y trompetas rompen á tocar; los *kesnas*, grandes trompas de cobre de cinco ó seis pies de largo, dan aviso de que los actores están dispuestos, y que va á comenzar la *tazya*. El predicador baja del *sakou* y los actores lo ocupan.

Para dar una ida clara del ciclo que estos dramas llenan, debiéramos empezar, como empiezan los actores en el primer día del Moharrem, con alguna pieza relativa á la infancia de los Imanes, por ejemplo, la pieza llamada *Los niños cavando*. Alí y Fátima viven en Medina con sus hijos pequeños Hassán y Hussein. El sencillo hogar y ocupaciones de la piadosa familia están á la vista. Es por la mañana. Fátima hállase sentada con el pequeño Hussein sobre el regazo, vistiéndole. Le peina, hablando mientras cariñosamente con él. El peine le arranca un cabello; el niño se estremece. Fátima se aflige por haber causado al niño esta molestia momentánea, y se detiene á contemplarle con ternura. Cae en ansiosa meditación, pensando en su amor por el niño y en el futuro desconocido que le aguarda. Mientras medita, el ángel Gabriel se aparece. La censura por su debilidad: «Cae un cabello de la cabeza del niño», le dice, «y llorais, ¿qué haríais si supiéseis el destino que le espera, las innumerables heridas de que algún día ese cuerpo será acribillado, la agonía que desgarrará vuestra alma?» Fátima, en su desesperación, es consolada por su marido Alí, y van juntos á la ciudad para oír predicar á Mahoma. Los muchachos y algunos de sus amiguitos comienzan á jugar; todos hacen mucho caso de Hussein, que es á la vez el más animado y el más amable de ellos. La partida se divierte cavando, haciendo hoyos en el terreno y levantando zanjas. Alí vuelve del sermón y pregunta qué es lo que hacen, y Hussein replica con frases ambiguas y proféticas, que expresan que estos hoyos y zanjas en la tierra representan sepulturas y fosas. Alí se marcha otra vez, y un grupo de muchachos

crecidos y violentos se lanzan allí y empiezan á tirar piedras á los pequeños Imanes. Un compañero escuda á Hussein con su propio cuerpo; pero cae de una pedrada, y de otra también Hussein queda tendido en tierra sin sentido. ¿Quiénes son esos tiranos y perseguidores? Son Ibn-Said y Shame y una cáfila, los futuros asesinos de Kerbela. La concurrencia se hace cargo estremeciéndose; los odiosos agresores se alejan triunfantes; Alí vuelve á entrar, levanta á los niños aturdidos y heridos, los deja en pie y lleva á Hussein á su madre Fátima.

Pero vengamos ahora de una vez á Kerbela y á los días del martirio. Una de las piezas más famosas del ciclo se llama el *Matrimonio de Kassem*, y nos mete de lleno en la acción. El Conde Gobineau ha dado una traducción, y de ella tomaremos algunos extractos. Kassem es hijo del hermano mayor de Hussein, el Imán Hassán, que por instigación de Yezid había sido envenenado en Medina. Kassem y su madre están en Kerbela con el Imán Hussein; también están allí las mujeres y niños de la santa familia; Omm-Leyla, esposa de Hussein; la princesa Persa, hija menor de Yezdeجرد, el último de los Sassanidas; Zeyneb, hermana de Hussein, descendiente como él de Alí y Fátima, y nieta de Mahoma; su sobrino Abdallah, todavía niño pequeño, y, finalmente, su hermosa hija Zobeyda. Cuando comienza el drama, ya el campamento del Imán, en el desierto, está interceptado por el Eufrates y sitiado hace días por las tropas de Siria al mando de Ibn-Said y Shamer y los traidores de Kufa. La familia de los Diez sufre los tormentos de la sed. Uno de los niños ha traído una botella vacía y la arroja á los pies de Abbas, tío de Hussein, en silenciosa señal de aflicción; Abbas hace una salida hacia el río, y es muerto. Después Alí-Akber, hijo mayor de Hussein, realiza la misma tentativa, y con igual desgracia. Dos hermanos más jóvenes de Alí-Akber siguen su ejemplo, y sufren la misma suerte. El Imán Hussein se había lanzado sobre el enemigo, recuperando el cuerpo de Alí-Akber y trayéndole á su tienda,

pero el río todavía seguía inaccesible. En tan crítico momento empieza el *Matrimonio de Kassem*. Kassem, joven de diez y seis años, arde en deseos de partir y vengar á su hermano. A un extremo del *sakou* está el Imán Hussein sentado en el trono; en el centro se agrupan todos los miembros de su familia; al otro extremo yace el cadáver de Alí-Akber, con su madre Omm-Leyla, vestida y velada de negro, inclinada sobre él. Suenan las *kernas*, y Kassem, después de una solemne apelación á Dios y á los fundadores de su casa, de Hussein y de su hermana Zeyneb para que atiendan á su gran desgracia, se levanta y habla consigo mismo.

KASSEM.—«Sepárate de las mujeres del harem, Kassem. Considera y reflexiona un poco; aquí estás, y verás pronto el cadáver de Hussein, ese cuerpo segado como una flor, desgarrado por flechas y lanzas como si fuesen espinas.

»¡Tú viste la cabeza de Alí-Akber separada del tronco en el campo de batalla, y, sin embargo, vives!

»Levántate, obedece á lo que está escrito para tí por tu padre; ser muerto, ¡ese es tu destino, Kassem!

»¡Ve, despídete del hijo de Fátima, la más pura y digna entre las mujeres, y sométete á tu destino, Kassem!»

Hussein le ve aproximarse. «¡Ay!», dice, «es el ruiseñor huérfano del jardín de Hassán, mi hermano.» Después, Kassem habla.

KASSEM.—«¡Oh, Dios! ¿Qué haré bajo este peso de aflicción? Mis ojos están mojados de lágrimas, mis labios secos de sed. Vivir es peor que morir. ¿Qué haré, viendo lo que le sucedió á Alí-Akber? Si Hussein no me permite marchar, ¡oh desgracia! ¿Cómo me presentaré ¡oh, Dios!, en el día de la resurrección, cuando vea á mi padre Hassán? Y cuando vea á mi madre en ese día, ¿qué haré, ¡oh, Dios!, afrentado, cubierto de vergüenza delante de ella? Todos mis parientes se han ido á rendir homenaje al Profeta: si ese día faltó yo ¡qué bochorno para mí!

Después se dirige al Imán:

KASSEM.—«¡Salve, umbral del honor y majestad de lo excelso; umbral del cielo y de Dios! En la lista de los mártires, tú eres el jefe; en el libro de la creación, tu historia siempre vivirá. Un huérfano, un hijo sin padre, abatido y llorando, viene á presentarte una súplica.»

Hussein le manda formularla, y él contesta:

KASSEM.—«¡Oh, luz de los ojos de Mahoma el poderoso!; ¡oh, teniente de Alí el león! Abbas ha perecido; Alí-Akber ha sufrido el martirio. ¡Oh, tío mío, no te han quedado guerreros ni porta-estandarte! Las rosas han desaparecido, y también sus capullos; el jazmín y las amapolas se han marchitado. Únicamente yo, espina miserable, quedo todavía en el jardín de la Fe. Si tienes misericordia del huérfano, déjame marchar á combatir.»

HUSSEIN rehusa.—«Hijo mío», dice, «tú eras la luz de los ojos del Imán Hassán; tú eres mi amado recuerdo de él; no me pidas esto; no me supliques, no me instes; basta haber perdido á Alí-Akber.»

KASSEM responde:—«Que Kassem viva y Alí-Akber haya sido martirizado; ¡mas pronto la tierra me cubra! ¡Oh, Rey!, sé generoso al mendigo de tu puerta. ¡Mira cómo corren las lágrimas de mis ojos, y qué secos están mis labios con la sed! ¡Vuelve tus ojos hacia las aguas del Eufrates celestial! Yo muero de sed; concédeme, ¡oh, tú, señalado de Dios!, un cántaro lleno del agua de la vida que mana en el Paraíso que me espera.»

HUSSEIN rehusa todavía; Kassem se deshace en quejas y lamentaciones; su madre viene junto á él, y le pregunta la razón. Después dice:

«No te quejes del Imán, luz de mis ojos; sólo por orden suya puede darse la comisión del martirio. En esa comisión están firmados setenta y dos testimonios, todos justos, y entre ellos está tu nombre. Sabe que tu sentencia de muerte está ordenada en el escrito que llevas en tu brazo.»

Este escrito es el testamento de su padre Hassán. Lo ense-

ña triunfalmente al Imán Hussein, que ve escrito allí el deseo de que en la llanura de Kerbela permita á Kassem hacer su voluntad, pero que primero haya de casarse con su hija Zobeyda. Kassem consiente, aunque con sorpresa. «Considera», dice, «que Alí Akber yace ahí, mutilado por los enemigos. Bajo este cielo de sombría negrura, ¿cómo puede la alegría mostrar su semblante? Sin embargo, si tú lo mandas, ¿qué tengo que hacer sino obedecer? Tus órdenes son las del Profeta, y su voz es la de Dios.» Pero Hussein también tiene que vencer la repugnancia de la novia elegida y de todas las mujeres de su familia.

«Herederero del vicario de Dios» dice la madre de Kassem al Imán, «mándame morir; pero no me hables de boda. Si Zobeyda y Kassem se han de desposar, ¿dónde está el arbusto para teñir sus manos con el jugo de las hojas? ¿Dónde está la cámara nupcial?» «Madre de Kassem», responde el Imán con solemnidad, «dentro de poco, y en este campo de angustia, ¡la tumba será la cama de matrimonio, y la mortaja el vestido de boda!» Todo cede á la voluntad del sagrado. Las mujeres y los niños rodean á Kassem, le rocían con agua de rosas, le ponen brazaletes y collares, esparcen bombones alrededor, y luego se forma la procesión de las bodas. De repente se oyen tambores y trompetas, y aparecen las tropas sirias. A la cabeza vienen Ibn-Said y Shemer. «El Príncipe de la Fe celebra una boda en el desierto», exclaman con mofa; «pronto cambiaremos en duelo su fiesta.» Pasan de largo, y Kassem se despide de su novia. «Dios te guarde, esposa mía», dice abrazándola; «pues tengo que abandonarte!» «Permanece un momento aquí», dice ella, «un momento sólo; tu presencia es como la lámpara que nos alumbra; déjame dar una vuelta á tu alrededor como las da la mariposa, ¡suavemente, suavemente!»

Y girando alrededor de él, ejecuta el antiguo rito oriental del respeto de una recién casada á su marido. El, turbado, se levanta para marchar: «¡Las riendas de mi voluntad se aflo-

jan!» murmura. Ella le agarra por la ropa: «Suéltame», exclama él, «no nos pertenecemos!»

Después pide al Imán que lo envuelva en el sudario. «Oh, ruiseñor del huerto divino del martirio», dice Hussein al cumplir su deseo, «yo te visto con tu mortaja, y beso tu rostro; ¡no hay temor ni esperanza más que en Dios!» Kassem encomienda á su hermanito Abdallah al cuidado del Imán. Omm-Leyla levanta la vista del cadáver de su hijo, y dice á Kassem: «Cuando entres en el jardín del Paraíso besa por mí la cabeza de Alí-Akber!»

Las tropas sirias aparecen otra vez. Kassem se lanza sobre ellas, y todos se alejan combatiendo. La Familia de los Diez, al mandato de Hussein, pone el Korán sobre sus cabezas y ora, cubriéndose de arena: Kassem reaparece victorioso. Ha matado á Agrek, un capitán, jefe de los sirios, pero su sed es intolerable. «Tío», dice al Imán que le pregunta qué recompensa desea por su valor, «mi lengua se pega al paladar; la recompensa que deseo es *agua*.» «Me llenas de vergüenza, Kassem», contesta su tío; ¿qué haré? ¡Tú pides agua y no la hay!

KASSEM.—«Si pudiese tan sólo humedecer la boca, podría concluir en seguida con los hombres de Kufa.»

HUSSEIN.—«Por mi vida, que no tengo una gota de agua.»

KASSEM.—«Si fuese lícito, mojaría la boca con mi propia sangre.»

HUSSEIN.—«Hijo amado, lo que el Profeta prohíbe no puede ser lícito.»

KASSEM.—«Yo te suplico; deja que mis labios se humedezcan una sola vez, ¡y venceré á tus enemigos!»

Hussein oprime con sus labios los de Kassem, quien, refrigerado, se lanza otra vez al combate, y vuelve sangrando y cubierto de dardos, á morir en la tienda á los pies del Imán. Así acaba el casamiento de Kassem.

Pero el gran día es el décimo del Moharrem, cuando acaece la muerte del mismo Imán. La narración de Gibbon resume los sucesos de este gran día. «La batalla concluyó al fin con la

muerte del último de los compañeros de Hussein. Solo, fatigado y herido, estaba éste sentado á la puerta de su tienda. Tenía la boca atravesada por un dardo: levantó las manos al cielo —estaban llenas de sangre— y pronunció una oración funeral por los vivos y los muertos. Su hermana salió de la tienda en un transporte de desesperación, y conjuró al general de los Kufianos á que no permitiese que asesinasen á Hussein ante sus ojos. Una lágrima se deslizó por la venerable barba del soldado, y los hombres más audaces de sus filas retrocedieron, apartándose á cada lado cuando el moribundo Imán se arrojó entre ellos. El feroz Shemer — nombre detestado por los fieles— reprendió su cobardía, y el nieto de Mahoma quedó muerto con treinta y tres heridas de lanzas y espadas. Después que pisaron el cadáver, llevaron su cabeza al castillo de Kufa, y el inhumano Obeidallah (el gobernador) le golpeó la boca con un junco. «¡Ay!» exclamó un anciano musulmán, «sobre esos labios he visto yo los labios del Apóstol de Dios!»

Para esta catástrofe no basta una sola *tazyá*; todas las compañías de actores se unen en un vasto espacio abierto; alrededor del círculo se arman tiendas y barracas para los espectadores; en el centro, está el campamento del Imán, y el día concluye con su conflagración.

No faltan piezas que continúen la historia posterior á la muerte de Hussein. Una que produce efecto extraordinario es la de *La Doncella cristiana*. La carnicería concluyó, el enemigo se ha marchado. Los espectadores están mudos de respeto, la escena representa la silenciosa llanura de Kerbela y las tumbas de los mártires. Están expuestos á la vista sus cadáveres, llenos de heridas y con las armas todavía clavadas en ellas; pero alrededor hay infinidad de coronas, de luces encendidas, círculos de luz que demuestran que han entrado en la gloria. A un extremo del *sakou* una tumba más alta; es la del Imán Hussein, y su cuerpo herido descansa sobre ella. Entra brillante caravana, con camellos, soldados, servidores y una señorita montada á caballo con traje europeo, ó lo que pa-

sa en Persia por traje europeo. Detiéndose cerca de las tumbas, y propone acampar allí. Sus servidores tratan de clavar una tienda; pero donde quiera que hacen un agujero en el terreno, sale un chorro de sangre, y un gemido de horror recorre el auditorio. Entonces, la hermosa viajera, en lugar de acampar, sube al *Cagnumá*, se acuesta allí para descansar, y se queda dormida. Se le aparece Jesucristo, y le hace saber que este sitio es Kerbela, y lo que ha sucedido aquí. Mientras tanto, un árabe del desierto, un beduino que en otro tiempo recibiera favores de Hussein, viene á hurtadillas, con intención de robar. No encuentra nada, y en un paroxismo de brutal furia empieza á maltratar los cadáveres. Fluye la sangre. El sentimiento de respeto de los asiáticos hacia sus muertos es bien conocido, y el horror de la concurrencia se eleva al grado máximo. Luego, el ladrón acomete y hiere el cadáver del mismo Imán, sobre el cual revolotean blancas palomas; la voz de Hussein, honda y lastimera, dice desde su tumba: «¡No hay más Dios que Dios!» El criminal huye aterrorizado; los ángeles, los profetas, Mahoma, Jesucristo, Moisés, los Imanes, las santas mujeres, todos se reúnen en el *sakou*, rodean á Hussein y le llenan de honores. La doncella cristiana se despierta y abraza el Islamismo, el de la secta de los Shiahhs.

Otra pieza corona la historia, trayendo á Damasco, á la presencia del califa Yezid, cautivos á las mujeres y niños de la familia del Imán. En esta pieza es donde se representa el magnífico cuadro, ya mencionado, de la corte del califa. Para él se prestan las joyas de la corona, y los trajes de las señoras de la corte de Yezid, representadas por muchachos que se escogen por su buen parecer, se dice que valen muchos miles de libras; pero el auditorio las contempla sin agrado, porque esta brillante corte de Yezid es cruel para los cautivos de Kerbela. Los presos son enviados á miserable calabozo subterráneo; la esposa del califa, que había sido en otro tiempo esclava de Fátima, la hija de Mahoma, y madre de Hussein y Zeyneb, va á ver á Zeyneb en la prisión; su corazón se conmueve, y,

pasando por la agonía del arrepentimiento, vuelve junto á su marido, le echa en cara sus crímenes, é intercede por las mujeres de la santa familia, y por los niños, que siguen llamando al Imán Hussein. Yezid manda que maten á su esposa, y envía la cabeza de Hussein á los niños. Sekyna, la hija menor del Imán, niña de cuatro años, toma en sus brazos la amada cabeza, la besa y se acuesta al lado de ella. Entonces Hussein se le aparece como en vida. «¡Oh, padre mío!» exclama ella, «¿dónde estabas? Yo tenía frío y hambre, y fui apaleada, ¿dónde estabas?» Pero ahora le ve otra vez, y es dichosa. En la visión de su felicidad pasa de esta penosa vida á la otra, entra en descanso, y el drama termina con el entierro de la criatura.

Estos son los mártires de Kərbela, y estos los sufrimientos que despiertan en la concurrencia asiática tan honda y seria simpatía, tan sinceros transportes de compasión, amor y gratitud, que para encontrarles semejanza completa hay que pensar en los sentimientos que han causado emociones en Ammergau. Ahora bien, ¿dónde hemos de buscar la entidad objetiva del drama persa, como origen de la profundísima emoción?

El Conde Gobineau sugiere que en el sentimiento patriótico; y que nuestros deudos indo-europeos, los persas, conquistados por los árabes semitas, hallan en los sufrimientos de Hussein el retrato de su propio martirio. «Hussein», dice el Conde Gobineau, «no es solamente el hijo de Alí, es el marido de una princesa de la sangre de los reyes persas; él, su padre Alí, y todos los individuos de la familia de los Imanes, representan á la nación, representan á Persia, invadida, maltratada y despoblada por los árabes. El derecho insultado y violado en Hussein, está identificado con el derecho de Persia. Los árabes, los turcos, los afganos —enemigos implacables y hereditarios de Persia,—reconocen á Yezid como legítimo califa; Persia halla excusa en eso para odiarles más, y se identifica doblemente con las víctimas del usurpador. Es, por tanto, el

patriotismo el que aquí toma forma de drama para expresarse.» Sin duda encierra mucha verdad lo que dice el Conde Gobineau; y cierto que la división de los Shiahhs y de los Sunis tiene su verdadera causa más bien en diversidad de razas, que en diferencia de creencias religiosas.

Pero confieso que si me pareciese que el interés de los dramas de pasión persas consistía únicamente en el curioso testimonio que dan del efecto del sentimiento patriótico en un pueblo conquistado, no me hubiese ocupado de ellos detenidamente. Creo que indican algo mucho más interesante. Lo que sea, no puedo hacer más que indicarlo; pero lo haré en conclusión, y después dejaré que el observador de la naturaleza humana lo aclare por sí mismo.

Cuando Jaffer, primo de Mahoma, y otros de sus primeros conversos, perseguidos por los idólatras de la Meca, huyeron á Abisinia en el año de nuestra era 615, siete años antes de la Hégira, y se refugiaron junto al Rey de su país, las gentes de la Meca persiguieron los fugitivos, ordenando que se les entregasen. Abisinia era ya entonces cristiana. El Rey preguntó á Jaffer y á sus compañeros acerca de esta nueva religión por la cual habían dejado á su país. Jaffer contestó: «Nosotros estábamos sumergidos en la obscuridad de la ignorancia, y adorábamos á los ídolos. Entregados á todas nuestras pasiones, no conocíamos otra ley que la del más fuerte, cuando Dios alzó entre nosotros un hombre de nuestra propia raza, de noble estirpe y á quien teníamos en mucha estimación por sus virtudes. Este apóstol nos habló para que creyésemos en un solo Dios y que á un solo Dios adorásemos, que rechazásemos las supersticiones de nuestros padres y despreciásemos las divinidades de madera y piedra. Nos mandó evitar la perversidad, hablar con verdad, ser fieles á nuestros compromisos, bondadosos y serviciales con nuestros parientes y prójimos. Nos mandó respetar la castidad de las mujeres y no robar al huérfano. Nos exhortó á la oración, á la caridad y al ayuno. Nosotros creimos en su misión y aceptamos las doctri-

nas y la norma de vida que nos trajo de Dios. Por esto nuestros paisanos nos persiguieron, y ahora quieren que volvamos, que tornemos á su idolatría.» El Rey de Abisinia rehusó entregar á los fugitivos, y volviéndose otra vez á Jaffer, después de algunas explicaciones más, levantó una paja del suelo, y le dijo: «Entre nuestra religión y la vuestra no hay el grueso de esta paja de diferencia.»

No me hago solidario de tal afirmación, aunque bien podemos afirmar que la cuenta que Jaffer da de la religión de Mahoma es mucho más verdadera que las que corren vulgarmente entre nosotros. Realmente, por honra de la humanidad, siendo más de cien millones de hombres los que profesan la religión mahometana, según se dice, agrada pensar que no se equivocaba. Para la opinión popular de todas partes, la religión está probada por milagros. Todas las religiones, excepto la propia de cada hombre, son enteramente falaces y vanas; los autores de ellas son meramente impostores, y los milagros que las atestiguan, fingidos. Olvidamos que este es juego que dos pueden jugar, aunque el creyente de cada religión imagina siempre que los testimonios de la propia han de ser los únicos y seguros. Será pues, añadido, que este es achaque común de las reliquias todas, pero aparte de discusiones teológicas prueba adicional del valor de una religión, es el que haga más por lo que comunmente está reconocido como saludable y necesario. En la Cristiandad no necesita uno tratar de establecer que la religión de los hebreos es mejor que la de los árabes, ó la Biblia es libro más sublime que el Korán. La Biblia se formó, el Korán fue hecho; en eso consiste la inmensa diferencia entre ellos en profundidad y verdad. Esta misma inferioridad puede hacer del Korán instrumento más poderoso que la Biblia para ciertos prosélitos y para gentes de baja estofa y poca cultura. Por las circunstancias de su origen, el Korán tiene un carácter intensamente dogmático con la insistencia perpetua sobre el motivo de recompensas y castigos futuros, y la exhibición palpable del Paraíso y el in-

fierno, de que la Biblia carece. Entre las razas poco conocidas y adelantadas del vasto continente africano, los misioneros mahometanos logran más éxito que los nuestros, por el dominio que les da este carácter del Korán. Con todo, en Africa se demostrará, de seguro, algún día que siendo así que las gentes de la Biblia se revelan por medio de Isaac, y las del Korán por medio de Ismael, la diferencia entre la religión de la Biblia y la del Korán es casi como la diferencia de Isaac á Ismael. Yo creo que la severidad acerca de la rectitud, que es lo que en realidad significa el odio á la idolatría, y las profundas é inagotables doctrinas de que el Eterno ama la justicia, que no hay paz para los perversos, que la equidad es fundamento sempiterno, están demostradas é inculcadas en el Viejo Testamento con una autoridad, majestad y verdad que se dejan al Korán muy atrás, y que cuanto más progrese la humanidad y se ilustre, más sentirá que no tiene iguales. Mahoma no se informó bien, sin duda, de los judíos y sus documentos, si bien bebió algo de este manantial para su religión. Pero no es mero plagio de la de Judea, como tampoco es mero conjunto de falsedades. No; en la formalidad, elevación y energía moral de él y de la raza semítica, de la que nació y á la que habla Mahoma, hallo principalmente ese desprecio y odio á la idolatría, ese sentimiento del valor y verdad de la rectitud, juicio y justicia que forman la verdadera grandeza del falso Profeta y de su Korán, dando así testimonio independiente de las esenciales doctrinas del Antiguo Testamento, más bien que remedándolas. El mundo necesita rectitud, y la Biblia es gran maestra en ella; pero para ciertos tiempos y ciertos hombres, Mahoma fue también, á su manera, doctor en rectitud.

Bien sabemos cómo la concepción de la rectitud en el Antiguo Testamento, perdiendo con el tiempo la elasticidad y fuerza de la intuición, llegó á quedar algo petrificada, limitada y externa, necesitando renovarse. Sabemos cómo la Cristiandad la renovó llevando á estas mortecinas aguas del Ju-

daismo una especie de chorro cálido de tierna emoción, debido principalmente á cualidades que pueden ser atribuídas á mansedumbre y abnegación internas. El mahometanismo no se renovó de tal suerte. Comenzó con una idea de la rectitud, elevada, en verdad, pero limitada, y que podemos llamar de judío antiguo; y así prosiguió. No es religión de *sentimiento*. Nadie diría que son suyas las virtudes de mansedumbre, dulzura y abnegación; y cuanto más avanzaba, más visibles se hicieron las faltas de su estrecha base original, y se hizo más rígida y militante, y menos amable y simpática. Ahora bien: ¿qué son Alí, Hassán, Hussein y los Imanes sino una insurrección de nobles y piadosas naturalezas contra esta dureza y aridez de la religión que les envuelve? Insurrección que hace parecer á sus autores débiles, indefensos é infelices para el mundo y entre las luchas del mundo, pero que les da á conocer la alegría y la paz que el mundo anhela en vano, inspirando al corazón de la humanidad simpatía irresistible. «Los doce Imanes», dice Gibbon, «Alí, Hassán, Hussein y los descendientes de éste, hasta la novena generación, sin armas, tesoros ni súbditos, gozaron sucesivamente de la veneración del pueblo. Sus nombres fueron con frecuencia pretexto de sedición y guerra civil; pero estos santos efectivos despreciaron la pompa del mundo, sometiéndose á la voluntad de Dios y á la injusticia del hombre, y consagraron sus vidas inocentes al estudio y á la práctica de la religión.»

La abnegación y dulzura, basadas en lo hondo de su vida interna y probadas por inmerecido infortunio, constituyó el poder de los primeros y famosos Imanes, Alí, Hassán y Hussein, sobre la imaginación popular. «¡Oh, hermano!, dice Hassán, cuando estaba muriendo envenenado, á Hussein, que trataba de buscar y castigar á su asesino; ¡oh, hermano!, déjale en paz hasta que él y yo nos encontremos delante de Dios.» Así, su padre Alí se dejó despojar de sus derechos en vez de apegarse á ellos. Así dijo de Hussein su dichoso rival el usurpador califa Yezid: «Dios amaba á Hussein, pero no le permi-

tió llegar á nada.» Ellos nada lograrían; eran demasiado puros y nobles y honestos en su modo de vivir, como lo eran por su nacimiento; pero el pueblo, que también puede lograr muy poco, les amaba más por eso mismo, les amaba por su abnegación y mansedumbre, comprendía que eran caros á Dios, que Dios les amaba, y que ellos y sus vidas llenaban un vacío en la severa religión de Mahoma. Estos resignados pacientes, llenos de santa abnegación, que no peleaban ni gritaban, suplían en el Islamismo una parte tierna y patética. Los conquistados Persas, raza más suave, más móvil é impresionable que sus conquistadores semíticos, concentrados y austeros, sentían mejor esa necesidad y daban más preeminencia á los ideales que la satisfacían; pero también en los árabes y turcos y en toda la gente mahometana, Alí y sus hijos excitan entusiasmo y cariño. Alrededor de Hussein, que es el paciente mártir, ha venido á agruparse lo que hay de más tierno y conmovedor. Su persona trae á la imaginación del musulmán la naturaleza humana del mismo Mahoma, su afición á los niños—pues á Mahoma le gustaba acariciar al pequeño Hussein en su regazo y mostrarle á su pueblo desde el púlpito.—La Familia de los Diez está llena de mujeres y niños, y de su devoción y sufrimientos; santas mujeres irrepreensibles, niños hermosos é inocentes. También hay amantes, también asoma la belleza y el amor en la juventud; pero todos siguen la atracción del puro y resignado Imán; todos mueren por él. El cariñoso lenguaje de los demás refleja en el suyo y lo realza, hasta que, finalmente, de la imaginación popular surge un inmenso ideal de mansedumbre y sacrificio, fundiéndose y rebosando en el alma.

Aun para nosotros, á quienes casi todos los nombres son extraños, cuyo interés por los lugares y personas es pálido ó nulo, que hoy las tenemos un momento ante nosotros para no volverlas á ver probablemente nunca,—aun para nosotros, ó mucho me equivoco, los efectos de este ideal son patentes. ¿Qué no será para aquellos á quienes cada nombre es familiar y recuerda las cosas más solemnes y queridas; que tienen toda

la vida su mirada fija con adoración en este ejemplo de abnegación y dulzura y que no conocen ningún otro? Sería superfluo decir al pueblo inglés que la religión del Korán no iguala en valer á la religión del Antiguo Testamento; todavía más superfluo decir que la religión de los Imanes no tiene la valía del Cristianismo. El carácter y enseñanzas de Jesucristo, ya lo he dicho á menudo en otras partes, poseen dos actividades características: mansedumbre y benigna equidad. La última, que nos muestra claramente los deberes como para darles la fuerza de una intuición, como para hacer del sacrificio total de nuestro ordinario egoismo la cosa más necesaria en el mundo, más sencilla, natural y atrayente, ha sido aplicada hasta aquí en espacio muy limitado, y está llamada á acción mucho más amplia: tiene una fecundidad que todavía transformará al mundo. De esto no carecen los Imanes, excepto en el punto de mansedumbre y sacrificio, que tiene algo de dulce justicia, y son su preliminar indispensable. *Dulzura y sacrificio* es lo que manifiestan, y hemos visto qué atracción ejerce. ¿Podíamos pedir al Cristianismo más fuerte testimonio? ¿Podíamos desear algún signo más convincente, de que Jesucristo fue en verdad, lo que le llaman los cristianos, *el deseo de todas las naciones*? Lo que contiene el Cristianismo es tan saludable y tan necesario, que una religión—grande, poderosa y feliz—se alza sin eso, y la virtud que le falta la obliga á retroceder. El Cristianismo puede decir á estos mahometanos persas, que tienen su apasionada mirada vuelta hacia los mártires Imanes, lo que en nuestra Biblia dice Dios á Ciro por Isaac su excelso antecesor: *Yo te rodeé, aunque tú no me has conocido*. Hay un largo camino de Kerbela al Calvario; pero los mártires de Kerbela presentan á la mirada de millones de seres de nuestra raza la lección predilecta del mártir del Calvario. Pues él dijo: «Aprended de mí, que soy *manso y humilde de corazón*, y hallaréis *descanso para vuestras almas*.»

MATEO ARNOLD.

POETAS AMERICANOS

RETRATOS

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

Á Benavente.

I

Don Gil, Don Juan, Don Lope, Don Carlos, Don Rodrigo.
¿Cuya es esta cabeza soberbia? ¿esa faz fuerte?
¿Esos ojos de jaspe? ¿esa barba de trigo?
Este es un caballero que persiguió á la Muerte.

Cien veces hizo cosas tan sonoras y grandes,
Que de águilas poblaron el campo de su escudo;
Y ante su rudo tercio de América ó de Flandes,
Quedó el asombro ciego, quedó el espanto mudo.

La coraza revela fina labor; la espada
Tiene la cruz que erige sobre su tumba al miedo;
Y bajo el puño firme que da su luz dorada,
Se afianza el rayo sólido del yunque de Toledo.

Tiene labios de Borja, sangrientos labios, dignos
De exquisitas calumnias, de rezar oraciones,
Y de decir blasfemias: rojos labios malignos
Florecidos de anécdotas de cien Decamerones.

Y con todo, este hidalgo, de un tiempo indefinido,
Fue el abad solitario de un ignoto convento,
Y dedicó en la muerte sus hechos: «¡Al olvido!»
Y el grito de su vida luciferina: «¡Al viento!»

E. M.—Noviembre 1899.

II

En la forma cordial de la boca, la fresa
Solemniza su púrpura; y en el sutil dibujo
Del óvalo del rostro de la blanca abadesa
La pura frente es ángel y el ojo negro es brujo.

Al marfil monacal de esa faz misteriosa
Brotaba una dulce luz de un resplandor interno,
Que enciende en las mejillas una celeste rosa
En que su pincelada fatal puso el Infierno.

¡Oh, Sor María! ¡Oh, Sor María! ¡Oh, Sor María!
La mágica mirada y el continente regio,
¿No hicieron en un alma, pecaminosa un día,
Brotar el encendido clavel del sacrilegio?

Y parece que el hondo mirar cosas dijera,
Especiosas y ungidas de miel y de veneno.
(Sor María murió condenada á la hoguera:
Dos abejas volaron de las rosas del seno).

III

LEDA

El cisne en la sombra parece de nieve.
Su pico es de ámbar, del alba al trasluz;
El suave crepúsculo que pasa tan breve
Las cándidas alas sonrosa de luz.

Y luego en las ondas del lago azulado,

Después que la aurora perdió su arrebol,
Las alas tendidas, el cuello enarcado,
El cisne es de plata, bañado del sol.

Tal es cuando esponja las plumas de seda.
Olímpico pájaro, herido de amor.
Y viola en las ninfas sonoras á Leda,
Buscando su pico los labios en flor.

Suspira la bella desnuda y vencida,
Y en tanto que al aire sus quejas se van,
Al fondo verdoso de fronda tupida
Chispean lascivos los ojos de Pan.

RUBEN DARÍO.

CÓMO SE PUEDE REFORMAR LA CONSTITUCIÓN DE 1876

I

Se ha hablado mucho en los periódicos políticos diarios de cierto proyecto acariciado, al parecer, por los jefes de los dos principales partidos monárquicos, y referente á la reforma de algún artículo de la Constitución española vigente. Dícese que el artículo á que la reforma habría de contraerse es el 66, según el cual «el Rey es menor de edad hasta cumplir diez y seis años». Próximo, según este artículo, el momento en que Don Alfonso XIII, hoy menor, habrá de ser declarado mayor de edad, con todas las naturales consecuencias que tal declaración supone, quizá se ha creído que puede no ser prudente aplicar el artículo citado, y sí, en cambio, retrasar la fecha de la mayor edad del Rey, á fin de que la Regencia continúe algunos años más.

No es mi propósito discutir aquí la oportunidad ó inoportunidad del proyecto indicado, que hasta puede ser una mera fantasía periodística. Sería preciso, para discutirlo, hacer consideraciones muy delicadas, acerca de las razones que pueden militar en pro de la prolongación del período de la minoridad

real y de los peligros que la Monarquía ha corrido en las Regencias reales, y no trato yo ahora de eso; como tampoco trato de discutir si es ó no oportuno, en las circunstancias por que el país atraviesa, iniciar un período de reforma de la Constitución, de una Constitución que no se ha reformado como tal nunca, en su letra al menos, y sobre cuya bondad y justicia no hay acuerdo perfecto entre los partidos españoles. Desde el punto de vista de los intereses que quieren garantizar aquellos á quienes se atribuye el proyecto de reforma constitucional, podría la reforma del art. 66 ser una aventura que, hasta el presente, no ha corrido el Código político de 1876, salvo que hubiera una gran habilidad en los gobernantes ó autores de la reforma, y un gran patriotismo en todos para aprovechar la coyuntura que la misma habría de ofrecer, á fin de transformar de cierta manera las bases fundamentales de la Constitución, ampliando indefinidamente el criterio aplicable para la reforma constitucional, de suerte que todos los partidos vieran en la Constitución *reformable*, una legalidad común dentro de la cual podrían trabajar por el triunfo de sus ideales más caros.

Pero repito que no es mi propósito discutir ninguno de estos puntos; no quiero hablar de si se debe ó no se debe, ni de si conviene ó no conviene reformar la Constitución de 1876, sino que, partiendo del supuesto—aventurado quizá—de que se ha pensado ó se piensa en la posibilidad de reformar, aunque no sea más que el art. 66 citado, voy á discurrir breves momentos sobre *cómo se puede reformar* la Constitución vigente de 1876; problema de derecho político positivo de algún interés, y más difícil de lo que á primera vista parece.

II

En efecto, tratándose de reformar la Constitución de 1876, lo primero que cabe preguntar es si se puede reformar. Porque esta Constitución española carece de lo que, en opinión

del insigne tratadista de derecho constitucional, Burgess (1), debe estimarse como «la parte más importante de las Constituciones», lo que comunmente se llama «cláusula de reforma». —«De su existencia y acierto—añade dicho autor— es decir, de su correspondencia con las condiciones reales y naturales, depende que el Estado se desenvuelva continua y tranquilamente, ó que sufra alternativas de estacionamiento, retroceso y revolución.» No diría yo tanto; con ó sin procedimiento expreso y especial para su reforma, pueden las Constituciones servir ó no servir para su fin. Se comprende que en los tiempos en que se iniciaba el constitucionalismo, existiendo como existía una fe ciega en la eficacia de las declaraciones dogmáticas y de los articulados de un Código, tuviese una importancia grande, ó por lo menos se diese una gran importancia á la consignación de un procedimiento de reforma constitucional en las Constituciones. Pero la experiencia nos dice que pueblos como Inglaterra han tenido un desenvolvimiento político, normal, progresivo, sin trastornos graves, y eso que no se han parado á determinar, no ya el procedimiento de reforma de sus instituciones, pero ni la organización expresa de éstas, mientras, por el contrario, otros pueblos, como Francia, con Constituciones escritas y reformables por un procedimiento especial, no han disfrutado de la misma tranquilidad, ni han gozado de un desenvolvimiento normal en igual medida. Y no digamos nada de las Repúblicas hispanoamericanas.

La estabilidad de las instituciones de un pueblo depende de otras causas mucho más complejas. Pero, aun sin dar á la determinación expresa del procedimiento de reforma constitucional tanta trascendencia como pretende Burgess, en los países en que el derecho constitucional y su régimen se han introducido por obra de una ó varias revoluciones y como consecuencia de una elaboración expresa, en una Asamblea

(1) *Ciencia política y Derecho constitucional comparado*, I, pág. 169, trad. esp. de LA ESPAÑA MODERNA.

constituyente, ó en varias, la determinación legal de cómo puede la Constitución reformarse es necesaria, ó puede serlo en determinadas condiciones, sobre todo cuando la desconfianza en los Gobiernos pide garantías contra las contingencias posibles de golpes de Estado ó de modificaciones de la Constitución poco meditadas. La prueba es que gran parte de los pueblos modernos constitucionales han fijado la manera de reformar sus Códigos fundamentales encomendando la tarea á entidades ó instituciones especiales, ó á las ordinarias, que obran para el caso de una manera especial. Unas veces se acude á la reunión de Asambleas constituyentes ó extraordinarias, como verbigracia ocurre en Bélgica, Dinamarca, Servia, Chile, República Argentina. Otras el proyecto de reforma constitucional se somete al voto popular, como en Suiza, y otras la reforma se hace por el poder legislativo ordinario, pero exigiendo trámites especiales distintos de los que se piden para reformar las leyes ordinarias, como ocurre en Alemania, Austria, Francia, Japón, Colombia, Brasil, etc. Por otro lado, el procedimiento para la reforma constitucional es un buen indicio del criterio imperante en cada Estado acerca de la institución que se reputa órgano más inmediato de la soberanía.

De todos modos, no es completamente indispensable, y hasta no debe estimarse como esencial lo de que una Constitución, para ser perfecta, necesite contener un procedimiento de reforma constitucional entre sus disposiciones. La Constitución de Italia nada dice respecto de la manera como debe reformarse. Y en nuestra España misma hemos tenido de todo. Prescindiendo de la Constitución *afrancesada* de 1808, llamada *de Bayona*, cuyo art. 145 alude á las modificaciones y adiciones constitucionales, en España se han dictado las Constituciones de 1812, 1834 (Estatuto Real), 1837, 1845, 1856 (que no llegó á promulgarse), el *Acta adicional* de 1856 restableciendo la Constitución de 1845, la reforma de ésta en 1857, las Constituciones de 1869 y 1876. Ahora bien; las Constituciones

de 1812, 1856 y 1869 contienen disposiciones especiales sobre la manera de reformarlas; en cambio, el Estatuto Real y las Constituciones de 1837 y 1845 nada dicen. Y no creo yo que la superioridad de unas Constituciones respecto de las otras dependa sólo de que tengan ó no tengan procedimientos de reforma constitucional, aun cuando desde el punto de vista democrático y liberal sea preferible lo primero, en cuanto signifique el reconocimiento de la soberanía en el cuerpo social.

III

Lo raro del caso es que nuestra Constitución de 1876 *no tiene ni deja de tener*—implícitamente—procedimiento de reforma constitucional. Y he aquí por qué el problema de cómo debe ser reformada es un problema difícil, y además porque las consideraciones hechas más arriba respecto de la mayor ó menor importancia de las *cláusulas de reforma* no pueden aplicarse á nuestro Código fundamental vigente.

Realmente, si atendemos á los antecedentes histórico-constitucionales de la Constitución de 1876 y á las opiniones de algunos de sus principales autores, verbigracia, el Sr. Cánovas y el Sr. Silvela, trátase de una Constitución doctrinaria, que sigue á la Constitución *reformable* por un procedimiento especial y expreso de 1869, y suscita con la Restauración el criterio de la Constitución de 1845. El señor Silvela, discutiendo con el Sr. Ulloa, si no estoy equivocado, en las Cortes de 1876, el proyecto de la que poco tiempo después había de ser Constitución de la Monarquía española, al comparar ésta con las Constituciones de 1869 y 1845 en el punto concreto de su posible reforma, la separaba de la primera radicalmente, y la consideraba idéntica en su espíritu y sentido á la de 1845 (1).

(1) *Diario de las Sesiones de Cortes*.—Congreso, 1876, n. 42, pág. 825.

Y tenía el Sr. Silvela razón. Ambas Constituciones se parecen muchísimo en el modo como tratan, ó mejor *no tratan* de su reforma. Porque aquí está la dificultad de la Constitución de 1876. Obra ésta en su preparación extraparlamentaria de una gran junta de 600 ex-senadores y ex-diputados celebrada en Madrid el 20 de Mayo de 1875 (1), fue *propuesta* á las Cortes *reunidas* en virtud de *convocatoria real*, por el Rey, *discutida* por las Cortes luego, y por fin *sancionada* por la Corona. La coparticipación del Monarca y de las Cortes en la elaboración de la Constitución, resulta además bien clara del encabezamiento que al frente de la Constitución va. «D. Alfonso XII... (dice) sabed: *que en unión y de acuerdo con las Cortes del Reino actualmente reunidas, hemos venido en decretar y sancionar la siguiente Constitución.*» Como luego la Constitución nada dice de cómo se puede reformar, parece al pronto que esta reforma se debería efectuar mediante el concurso de las Cortes y de la Corona, en la forma ordinaria, según la cual tal colaboración se efectúa, que no puede ser otra *que una ley*. Pero esta interpretación tropieza con el art. 23, referente al Senado, y según el cual, «las condiciones necesarias para ser nombrado ó elegido senador, podrán variarse por una ley;» lo que, lógicamente pensando, viene á indicar que las demás disposiciones de la Constitución no pueden variarse por una ley, pues de poder variarse, no habría por qué decir lo que dice el art. 23, sobre la posibilidad de variar por una ley las condiciones necesarias para ser nombrado ó elegido senador.

Relacionando unas disposiciones con otras, lo que parece más probable es, que el autor de la Constitución de 1876 pensaba en añadir á ésta un procedimiento particular para su reforma, distinto del empleado para hacer y reformar las leyes ordinarias. Es más, creo que tal era el propósito del autor principal de la Constitución vigente, autor en el sentido de

(1) Véase el preámbulo del proyecto de Constitución de 1876. *Diario de las Sesiones de Cortes*, 1876. I, núm. 28, Ap.

director supremo de la política imperante por entonces. ¿Por qué no llega á realizarlo? Sería algo temerario suponer en el hombre de Estado que llevaba el peso de la política de la restauración, olvido ó distracción de tal tamaño, como los que implican la falta de la cláusula de reforma, en una Constitución como la de 1876, que por su carácter doctrinario y por las circunstancias en que iba á ser aplicada, debía tener claro y explícito todo lo referente á la coparticipación en el ejercicio del poder constituyente, de los dos factores estimados como fundamentales de la soberanía: el Rey y el Pueblo. Más bien debería uno pensar, en el deseo vehementísimo revelado en la discusión del proyecto de Constitución, de normalizar cuanto antes la situación del régimen constitucional, puesto entonces en condiciones de gran dificultad, vacilante entre sus tendencias y simpatías por el doctrinarismo de la Constitución de 1845 y el hecho innegable de la vigencia de la Constitución de 1869. Por otra parte, acaso haya influido en el ánimo del autor de la Constitución lo peligroso de los debates acerca de la reforma constitucional, sobre todo en momentos como aquellos.

De todas suertes, sea cual fuere la causa, es lo cierto que la Constitución de 1876 da á entender en su art. 23 que debe ser reformada de una manera especial, y que luego la Constitución nada dice de cómo debe reformarse.

¿Cómo resolver, entonces, la cuestión? Figurémonos que se trata de reformar el art. 66, citado al principio de este artículo, y que, atendiendo al art. 23, se declara que no puede ser reformado por una ley. ¿Qué hacer? De seguir el criterio manifestado repetidas veces por el Sr. Cánovas, autor principalmente responsable del Código político de la Restauración, sería preciso que en la reforma colaborasen la Corona y las Cortes, órganos, en opinión de dicho hombre de Estado, de la soberanía de la Nación; pero, aparte de lo discutible que en principio es esta concepción de la Soberanía Nacional, y de que, según la Constitución misma, como el Sr. Azcárate hizo

observar al propio Sr. Cánovas en una discusión parlamentaria (1), el Rey y las Cortes son el Poder legislativo, pero no la soberanía, no cabe duda que las ideas políticas doctrinarias imperantes en el primer período de la Restauración se han modificado radicalmente en el primer período de la Regencia, según se desprende de discusiones parlamentarias muy célebres, habidas entre los Sres. Cánovas, Sagasta, Azcárate, Salmerón, Maura y muchos otros. Y no sólo esto: aun cuando admitiéramos la célebre doctrina canovista de la Constitución interna, y de la irreformabilidad por las vías legales de los dos factores capitales de esta Constitución, la Monarquía y las Cortes, aun suponiendo que éstas son órganos insustituibles de la Soberanía Nacional—Soberanía Nacional no negada por el Sr. Cánovas—¿por qué *vías legales* se podría reformar la Constitución de 1876, al tenor de su articulado?

Desde luego, dado el criterio con que se procede en el derecho político, y según el cual *una Constitución* es toda la ley constitucional del Estado cuando es una Constitución completa, es decir, codificada á la manera de las de 1812, 37, 45, 69 y 76, no cabe pensar en que, al darse la Constitución de 1876, se haya considerado que quedaba vigente nada de cuanto contenía la anterior Constitución de 1869, ni aun teniendo en cuenta que aquélla nada dice ni en pro ni en contra de la parte que en la de 1869 se refiere á la reforma constitucional.

IV

Verdaderamente el problema de la reforma de la Constitución de 1876 no puede ser resuelto con arreglo á ninguna disposición legal vigente; no hay vías legales que seguir para reformarla. Hay, pues, que discurrir hasta cierto punto fuera

(1) *Diario de las Sesiones de Cortes*.—Congreso, 1886; núm. 44.

del terreno legal ó del derecho escrito; pero es preciso no alarmarse, porque sin necesidad de acudir á medios extraordinarios, yo creo que cabe proponer términos adecuados para reformar la Constitución de 1876.

La Constitución de 1876, obra de unas *Cortes ordinarias*, convertidas de hecho, por una disposición del monarca, en Cortes Constituyentes—si damos, como quería el Sr. Castelar, este nombre á todas las Cortes que discuten y votan una Constitución,—es una Constitución incompleta á todas luces. Sea por lo que fuere, esta Constitución no tiene cláusula de reforma, no obstante lo que va implícito en el art. 23 relativo á la manera de variar las condiciones para ser nombrado ó elegido senador.

Ahora bien; si se quiere reformar la Constitución de 1876 *sin salirse del criterio político á que responde en su origen*, lo primero que debería hacerse sería completar la Constitución, esto es, acordar en Cortes la manera de reformarla, manera que tendría que ser distinta de la empleada para hacer una ley (1). Y esto, que debería hacerse en Cortes convocadas al efecto, á fin de que el cuerpo electoral decidiera, hasta donde en España esto es posible con las costumbres electorales corrompidas que por tal modo nos degradan y envilecen, acaso serviría, como indicaba al principio, para poder llegar á una solución de concordia entre las distintas maneras de concebir y de interpretar las doctrinas de la soberanía política. De otra suerte, si se hiciera una reforma de la Constitución como quien hace una ley cualquiera, se vulneraría la Constitución de 1876, como en tiempos más azarosos de nuestra vida constitucional se vulneró la de 1845 por los políticos de entonces, poco aprensivos en verdad, y precursores, á su pesar, del movimiento revolucionario de 1868. Y si decididos á tomar la vía más racio-

(1) Véase como precedente la proposición de ley sobre procedimiento para la reforma de la Constitución, del Sr. Nieto.—*Diario de las Sesiones de Cortes*, Congreso, 1882, núm. 21. Ap. 28.

nal de dictar ante todo un procedimiento de reforma de la Constitución se obrara *por sorpresa*, sometiéndole á unas Cortes elegidas sin saber que ante ellas habría de plantearse una cuestión de tanta trascendencia constitucional, se atentaría de hecho á una de las más respetables prerrogativas de la soberanía de los Estados constitucionales: la prerrogativa que implica el poder de definir su ley fundamental. Adviértase que aun en aquellos países, como Inglaterra, en los cuales no se hace distinción alguna entre *ley constitucional* y *ley ordinaria*, por lo que toca al procedimiento empleado para su elaboración, pues se conceptúa al Rey y al Parlamento como los órganos de toda la función legislativa del Estado; sin embargo, jamás se somete *por sorpresa*, es decir, sin que el cuerpo electoral, apercebido, decida una cuestión política fundamental á las deliberaciones del Parlamento.

ADOLFO POSADA.

EL DISCURSO DE APERTURA DE LOS TRIBUNALES Y LA MEMORIA DEL FISCAL DEL SUPREMO

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATRIBNO BARCELONA

Había motivos sobrados para esperar que semejantes publicaciones contuviesen este año algo que contribuyera á servir de *sursum corda* al con razón decaído ánimo de muchísimos españoles, algo así como señales evidentes de esa enmienda de que tan necesitados estamos y que es lo que puede constituir nuestra única salvación, ó, cuando menos, que contuvieran propósitos serios de emprender nuevos rumbos é indicación de los planes que los directores de nuestra vida social se hayan trazado para hacer la prometida «revolución desde arriba». En la situación de atraso, descomposición y agotamiento de toda clase en que nos hallamos, como parece que han tenido que reconocer, «ante la brutal evidencia de los hechos», aun los más optimistas y rehacios á tales confesiones, cualquier cosa podía aguardarse del acto de apertura de los Tribunales, menos un discurso y una Memoria más que añadir á la pila no pequeña de los discursos y Memorias de años anteriores.

Porque si bien es cierto que en años anteriores se nos venía diciendo, con una uniformidad espantosa (espantosa para gentes de distinto temple que el nuestro, menos «bravas» y «despreocupadas» que nosotros), que la «marea de la criminali-

dad» iba en aumento incesante, y esto hubiera debido estimularnos á considerar la morada en que vivimos cuarteada y amenazando ruina, también lo es que, por una parte, nosotros no nos habíamos cuidado de examinarla despacio, quizá para no ver sus grandes grietas y poder seguir gozosos habiéndola y entregándonos en ella á la alegría y el bullicio, y que, por otra parte, los arquitectos encargados de inspeccionar la solidez de la misma, de custodiarla, de mantenerla en pie y acudir á la reposición de desperfectos, ora se consideraban impotentes para corregir los males que observaban, y por lo mismo cerraban los ojos ante ellos como si no existieran y pasaban de largo, haciéndose de este modo la ilusión del avestruz, ora nos aseguraban año tras año que las cosas marchaban bien, á pedir de boca, y que no había fundamento alguno para sentir alarma, pues las goteras que á veces caían en algunas habitaciones del edificio no significaban sino *peccata minuta*, fácilmente redimibles y reparables, y, en último caso, «imperfecciones de detalle, inseparables de toda obra humana». Repásense las Memorias de los años últimos, sobre todo las debidas á la pluma de D. Luciano Puga, muerto recientemente, y se encontrarán pruebas abundantes de lo que decimos, pruebas que, por lo demás, procuré yo mismo poner de bulto al tratar, á su debido tiempo y en esta misma Revista, de las mentadas publicaciones.

Pero, al presente, las cosas se hallan de otra manera. A estas alturas, no es ya lícito seguir meciéndose en tales ilusiones y escondiendo la cabeza bajo el ala. Cuando la casa está ya en el suelo, no cabe poner en duda que se hallaba ruinoso. Los más interesados en continuar engañando á sus «buenos súbditos» para que éstos se dejen embobar y tomen por construcciones sólidas los castillos de naipes, pintados por fuera de piedra, que presentan ante su vista, saben bien que el golpe sufrido ha sido demasiado brusco para abrir los ojos aun á los más lerdos y ensimismados en la contemplación de la tramoya, y que cada vez ha de ser más pequeño el número de los que

traguen el anzuelo. ¿Acaso no es por eso por lo que, desde que comenzaron á soplar los huracanes (huracanes y no más, ruidosos, impetuosos, de cortísima duración, y por lo mismo estériles y aun nocivos, en vez de vientos constantes, suaves y delgados, que son los verdaderamente fecundos) de *regeneración*, se ha querido echar abajo la administración de justicia actual, para reorganizarla de nueva planta, como todo, y sobre bases más firmes que las actuales? ¿No es por eso por lo que el mismo actual Presidente del Consejo de Ministros, poco antes de serlo y en uno de sus alegatos para la conquista de ese puesto, se atrevió á decir, en un periódico de gran circulación, que «la justicia no está instituída en España para otra cosa que para servir á los amigos y perseguir á los adversarios»; con lo que echaba á tierra de un solo golpe la farándula convencional con que mutuamente pretendíamos á veces engañarnos, aun cuando la farsa no nos pasase adentro, es decir, aquella farándula, según la cual la administración de justicia es una de las pocas cosas puras y limpias, una de las escasas instituciones robustas que existen en España?

Tampoco debe olvidarse que el actual Gobierno, á cuyo frente se halla el propio Sr. Silvela, autor de las frases anteriores, se hizo dueño del Poder á título de «regenerador», como órgano, por lo tanto, de toda aquella grandísima parte de opinión que reclamaba un cambio absoluto en los procedimientos políticos y administrativos, cambio consistente en dejar á un lado los antiguos, gastados, de la falsía y la trampa, los de entrar con todas y con todos, siempre que el hacerlo así sirva para mantenerse uno en el mando y para satisfacer los propios intereses y los de los amigos que nos sostienen y ayudan á manejar en provecho suyo y nuestro la máquina, y en sustituirlos por aquellos otros procedimientos que consisten en «desposarse con la verdad», en hacer una «selección» de personas acabando con el nepotismo y con la beneficencia de nómina, en infiltrar en toda nuestra vida social el pregonado «sentido jurídico» que no se conoce en ella sino de oídas.

El primer Ministerio, nombrado después de la llamada «catástrofe nacional» precisamente para curar los efectos de ésta y evitar su repetición, cegando las fuentes que ahora la habían originado; el primer Ministerio, puesto para calmar aquella fiebre «regeneradora» que entró á los españoles de pronto y tan fuerte después de los «desastres de las guerras», estaba obligado, para cumplir sus promesas, á poner inmediatamente manos á la obra de «reconstituir el país», mucho más si ese Ministerio estaba presidido por un hombre que se pasa la vida presentando como programa de su conducta en cuanto gobernante frases como las anteriormente citadas: á menos que las lance á guisa de señuelo para pescar incautos y como pabellón de colores brillantes que encubre mercancías averiadas. Cualquier malicioso se daría á sospechar esto último, teniendo en cuenta que ni la «verdad», ni la «selección», ni el «sentido jurídico» resplandecen á la hora de ahora más de lo que resplandecían antes de ocupar el Poder el Ministerio del señor Silvela, que pretendía monopolizar tales excelencias y virtudes. Si en algo habían de traducirse inmediatamente los trabajos de mejoramiento y saneamiento social á que ese Ministerio ofrecía entregarse, era precisamente en la administración de justicia y en los resultados obtenidos con el mejor funcionamiento de la misma. Ahora, en los documentos leídos en la apertura de Tribunales del presente año judicial debían encontrarse ya los signos que acusaran haberse comenzado la mejora; pero no se encuentra, en verdad, ninguno: son un discurso y una Memoria cortados por el mismo patrón que los de otros años, y con un contenido totalmente análogo al de otros años. Por otra parte, si el Gobierno que nos rige tuviese propósitos de hacer que las palabras que tan á menudo se complace en repetir se tradujeran en hechos tangibles, saliendo así al paso á los que desconfían de ellas, la revisión del proceso de Montjuich, no sólo estaría acordada y decretada á estas horas, sino efectuada; en cambio, se ha visto claro el empeño que ha puesto en entorpecerla y dificultarla, como si

la misma fuese cosa que le pone miedo, y es seguro que mientras el Sr. Silvela, el voceador del «sentido jurídico» sea jefe del Gobierno, la justicia no aparecerá por este lado.

Seguimos, por consiguiente, tan degenerados ó *desregenerados* como hace un año y hace dos, en el mismo estado que entonces y con los mismísimos hábitos viciosos de entonces; entre otros, con el de buscar la «selección» del personal para el desempeño de los puestos públicos y el cobro de la nómina, echando mano de los amigos y proscribiendo á los que no lo sean. Sin duda, el Sr. Silvela se quejaba de que la justicia estuviera instituída en España «para servir á los amigos y perseguir á los adversarios,» cuando sentía la nostalgia del Poder y ocupaba el lugar del yunque; pero en cuanto cogió «las riendas» y empuñó el martillo, cambió de criterio y le pareció muy bien hacer aquello mismo que antes censuraba. ¿Puede darse otra explicación que esta á lo que hacen él y su compañero en el Ministerio «regenerador», Sr. Durán y Bas, ese Ministro de Gracia y Justicia de quien se decía cuando juró que iba á dar una vuelta completa á todo cuanto se relaciona con nuestra administración de justicia (que encontraba, al ponerse al frente de ella, detestable, como la encontrara su jefe), empezando por ser inflexible en lo tocante á la provisión de cargos, no dándolos sino al mérito indiscutible y á la antigüedad rigurosa? Porque la única selección que hacen consiste, al parecer, en barrer hacia adentro (1).

* * *

El Ministro de Gracia y Justicia, Sr. Durán y Bas, es una de las reputaciones científicas «hechas», de las «de clavo pasado», de las pertenecientes ya á la categoría de las «indiscu-

(1) Dicen que «visto Frades, se han visto los demás lugares.» «Frades», en el caso que voy á referir, está en Salamanca, y es de presumir que «los demás lugares» serán todo el territorio que constituye «los dominios»

tibles» (por supuesto, dentro de casa únicamente, no en el extranjero). Y como ha alcanzado ya un puesto entre los dioses de nuestro Olimpo, no he de meterme yo ahora á discutir lo «indiscutible», revisando los méritos que le han elevado «de la inmortalidad al alto asiento»: cosa, por lo demás, impertinente en este artículo. Lo que sí puedo decir, en la seguridad de que hay mucha gente que piensa como yo, es que, de no hallarse ya en posesión del renombre que goza, su discurso de apertura de Tribunales de 15 de Septiembre del presente año no se lo hubiera dado. Porque, ¡cuidado que es anodino! Si viviera un amigo y coopositor mío á cátedras, que se ma-

del Sr. Durán y Bas y de su colega en «selección» y exquisito «sentido jurídico» Sr. Silvela.

Quedó vacante hace muy poco tiempo la vicesecretaría de la Audiencia provincial de Salamanca, y aspiraba «á su mano,» con el santo fin de «desposarse» con ella (con la vicesecretaría), como el Sr. Silvela con «la verdad,» un nieto del ex-ministro conservador y «figura» muy saliente del partido así apellidado, Sr. Concha Castañeda; hijo de un Concha Alcalde, ex-diputado, silvelista, y según he leído, secretario particular del señor Durán y Bas; sobrino de otro Concha Alcalde, también silvelista, arquitecto, ex-diputado, ex-concejal de Madrid de los ex-procesados, y acaso también pariente de otros varios personajes de la actual situación «regeneradora.» El Ministro de Gracia y Justicia, en vista de tantos méritos... de parentesco, accedió inmediatamente á las pretensiones del mancebo y ordenó le fuera entregada por esposa la tal vicesecretaría, aun cuando no por el rito solemne de la *confarreatio*, sino por el menos solemne del simple *usus*. La Junta de Gobierno de la Audiencia, que hacía de Consejo de familia de la huérfana, se negó á autorizar la unión, porque careciendo el pretendiente de la edad legal necesaria para verificarla, la unión, de realizarse, iría afectada de un vicio de nulidad; entonces, el Ministro de Gracia y Justicia telegrafió á la dicha Junta de Gobierno, mandándole imperativamente dar sobre la marcha posesión de la plaza vacante al muchacho, aun cuando no tuviera edad, porque... con los Ministros, ex-ministros, políticos influyentes y sus respectivos hijos, nietos, sobrinos, demás parientes, amigos, deudos y paniaguados no rezan las leyes, las cuales se han hecho sólo para estorbo y en perjuicio de la *carne de cañón*.

logró antes de tomar posesión de la suya, bien ganada, y que era de los pocos que calan á lo hondo y no se contentan con aposentarse en la superficie, clasificaría ese discurso entre los trabajos llamados por él «clara de huevo y fécula de patata». «Ni sal, ni agua, ni pescado», diría el sentido popular que es la reciente obra del Sr. Durán y Bas. Creo que será por eso por lo que alguien, habiéndolo leído, no sacando de él nada en limpio, y necesitando, por otra parte, pagar tributo á la rutina y á la inercia mental, que exigen formar esta ecuación: producto de la mente de Durán y Bas = cosa notable, no ha encontrado mejor modo de traducir la ecuación dicha que formando estas otras: el discurso de que se trata no lo entiendo; me parece que no dice nada de particular; como lo firma su autor, podría firmarlo cualquier otro sin escrúpulo, porque no compromete á nada; si fuera anónimo, nadie haría caso de él; pero como es cosa de Durán y Bas, Ministro de Gracia y Justicia por añadidura, debe de ser = cosa notable; cosa notable en un trabajo científico que no dice nada á mis ojos, que yo no entiendo, debe de ser una maravilla de profundidad, á lo cual suelen llamar metafísico; luego, discurso Durán y Bas = metafísico; trabajo notable de un gobernante que no suelta prendas, ni hace manifestación alguna con claridad y resolución, ni formula programa alguno que le comprometa á nada; y esto, cuando se esperaban de él declaraciones terminantes, sobre todo en un asunto de Gobierno en que la opinión y la prensa le juzga muy comprometido, á saber: en lo concerniente al regionalismo, una de las espinas del actual Gabinete conservador, debe de ser = muy gubernamental. Resultado: que para salir del paso y no perder la costumbre de adular á los jefes y mandones (sistema habitual en la publicación donde está el juicio á que voy refiriéndome), con lo que se puede ganar mucho y no perder nada, una *Revista* profesional va y dice: «El discurso leído por el Ministro, Sr. Durán y Bas, en la solemne apertura de Tribunales, es una obra *verdaderamente metafísica y gubernamental.*» Y el autor de esto,

que en su propósito es un bombo, pero que en muchos oídos podría sonar á delicada censura, se habrá quedado tan satisfecho. Sin embargo, es en el fondo el mismo juicio que he leído, tocante al discurso de referencia, en alguna otra Revista y en diferentes periódicos..... lo que induce á sospechar que, ó no se han atrevido quienes los han escrito á decir la verdad, fenómeno que está aconteciendo á cada instante, ó no sabiendo qué decir, han dicho cualquier cosa, pero cualquier cosa que respondiera al *cliché* forzado de que, siendo el discurso hijo de Durán y Bas, tenía que ser «profundo», «lleno de doctrina», «obra maestra», etc., etc.

Yo comencé á leer el discurso con ansiedad verdadera y con el deseo de encontrar en él cosa distinta de la que han solido ofrecernos en ocasión análoga otros Ministros de Gracia y Justicia ó Presidentes del Tribunal Supremo. Esperaba que el tema escogido (y que ya se había cuidado el Ministro de anunciarnos por medio de los diarios), con ser muy antiguo y muy resobado — el individualismo: límites de la actividad del individuo frente á la del poder público — sería tratado y presentado con novedad, mayor ó menor, y, sobre todo, con abundancia de doctrina y esbozando cuando menos los aspectos que en nuestros días presenta, esto es, los problemas que en relación con el mismo vienen estudiando los representantes contemporáneos de las diferentes direcciones sociológicas y filosófico-jurídicas. Y no puedo menos de decir que he experimentado una completa decepción: el discurso de Durán y Bas es digno de Romero Robledo y está á la altura del que éste leyó en ocasión semejante el año 1895, y estoy por decir que me parece inferior á los que ha leído en los años subsiguientes, hasta el pasado, el Sr. D. Santos de Isasa. Unos cuantos lugares comunes, que por lo mismo están al alcance de cualquiera, de cualquiera por lo menos de cuantos constituyen el vulgo de los juristas (la consabida contraposición entre los «absolutos» é invariables principios de justicia y las «variables» necesidades sociales, hijas de las circunstancias,

la oposición entre la justicia y la «utilidad», entre el «deber moral» y el «interés utilitario», la separación entre la «verdad moral, que da al derecho su origen», la «verdad social, que le da su contenido» y la «verdad histórica, que le da su asimilación á los pueblos», con otras variaciones análogas sobre el mismo tema); unas cuantas afirmaciones vagas, tan vagas é incoloras, que sin inconveniente alguno podría suscribirlas lo mismo un radical que un conservador: así cuando se promete «poner todas las leyes en armonía con el «espíritu» de nuestras instituciones políticas y con las condiciones y necesidades de la sociedad española y vigorizar la vida social de nuestro pueblo en todos los órdenes de ella, restaurando nuestras decaídas fuerzas sociales y reanimando la actividad de todos los elementos de prosperidad y de progreso, particularmente aquellos cuyo estado de atonía es más evidente», como cuando recomienda huir «en la reforma de las instituciones del doble peligro que se ofrece de que, si son radicalmente profundas las innovaciones, se conviertan en temerarios ensayos, y si, por el contrario, se aplica á ellos el *festina lente*, degenerando la prudencia en pusilanimidad, sean tardíos los remedios para dolencias sociales que los piden con apremio», como cuando preconiza el mantenerse en un justo medio en punto á la extensión mayor ó menor que ha de darse á la libertad individual, en punto al problema de la centralización y la descentralización, en punto á la manera como ha de intentarse resolver la cuestión social, etc., etc.; una especie de artículo de fondo de periódico, escrito en lenguaje poco asequible, poco claro, con una manera de decir muy singular, que no es la corriente, que no se pega, y por eso seguramente la ha calificado alguno, en son de alabanza, de muy metafísica..... esto es lo que viene á ser el trabajo del Sr. Durán y Bas. Si á mí me preguntan por las soluciones concretas que sostiene y por la doctrina y la argumentación en que las apoya, me verá apurado para contestar, porque yo apenas encuentro en las treinta y tantas páginas que comprende el discurso más que un

montón de palabras, á veces escritas hasta con incorrección (v. gr.: «El criterio *que aplicar á las diversas leyes*»; «*Es por tal motivo que.....*» Corresponden dos observaciones que hacer.....), en el cual se diluyen, como ocurre cabalmente en los editoriales de los periódicos, dos ó tres «claras de huevo» que diría aquel amigo mío de que antes hablé.

El aspecto más interesante del problema de la libertad individual, problema que es el que se ha propuesto como tema del discurso el Ministro, según queda dicho, ni siquiera lo ha planteado; sólo una vez (pág. 32) ha pasado rápidamente por delante de él, cuando dice que «tratándose de intereses *meramente privados*, la capacidad jurídica de las personas *no debe limitarse sino* cuando el ser no posea las condiciones que la razón considere necesarias para ejercerla sin perjuicio propio ó ajeno». Ahora, convenía que hubiese ahondado en el asunto y hubiese examinado estas cuestiones: ¿será, por tanto, posible, en el campo del derecho privado, confiarse alguna vez enteramente á la buena voluntad de las personas, suprimir, con respecto á ellas, toda tutela legal, toda reglamentación autoritaria, y dejar á los que entablen relaciones jurídicas *completa libertad exterior* para entablarlas? Si es posible esto en el terreno del derecho privado, ¿no lo será igualmente en el del llamado derecho público? Si no lo es, ¿cuál será la razón de la diferencia? Y si se proscribe la libertad absoluta, lo mismo en una que en otra esfera, y se afirma, por consiguiente, la necesidad de un cierto grado de tutela legal (que lleva consigo incluso las formas más violentas de coacción, como las ejecuciones y embargos, los arrestos y detenciones, las penas de toda clase), ¿será posible determinar la extensión de este grado, esto es, establecer, de otro modo que por el arbitrio caprichoso, el límite hasta donde ha de dejarse obrar sin trabas á la persona, y más allá del cual no puede concederse á ésta libertad de acción? En suma: el problema que no ha tocado el Ministro, y que parece que debió tratar, es el de la posible abolición de las leyes y de las autoridades, y su sustitución por el contrac-

tualismo libre; ó lo que es igual, el problema del anarquismo libertario. Problema del cual apenas puede concebirse que se prescindiera á la hora presente en un discurso doctrinal tocante á la esfera en que la libertad de los individuos puede y debe moverse legítimamente; con la particularidad de que las circunstancias le eran totalmente propicias al Ministro para estudiarlo, ya que habiéndolo examinado el año anterior el señor Isasa, en igual solemnidad, bajo el aspecto del derecho meramente legislado ó «constituído», según suele decirse, omitiendo de propósito el hacerlo bajo el aspecto teórico y de derecho «constituyente», pudo perfectamente el Sr. Durán hacerse cargo de este vacío y llenarlo en su discurso del presente año, donde tan bien encajaba. Pero el Sr. Durán, que no creo yo se halle, á pesar de su edad, tocado de involución senil, é inutilizado por lo mismo mentalmente para entrar en laberinto semejante, ha hecho como si lo estuviera, y por descuido, ó por arte (probablemente por esto último, dada toda la contextura del trabajo) ha guardado silencio completo acerca de la teoría libertaria. Después de todo, sin embargo, es posible que haya hecho bien, porque si había de limitarse á añadir cuatro frases y cuatro generalidades más á las muchas que ya contiene el discurso, es mejor que se haya callado.

* *

La Memoria del Sr. Viada Vilaseca, quien hace ya muchos años que viene actuando en el Tribunal Supremo, bien como teniente fiscal, bien como magistrado, no ofrece cosa alguna de singularmente notable; dentro del patrón á que suele ajustarse la formación de semejantes trabajos, es una cosa de esas que se suelen llamar «acceptables» y «pasaderas». Pero su lectura deja una impresión muy distinta de la que dejaba la Memoria del año pasado, y aun de la que dejaban también algunas Memorias de años anteriores, v. gr.; la escrita en 1894 por D. Juan de Aldana, teniente fiscal á la sazón del Tribunal Su-

premo. La diferencia principal estriba en que, mientras el señor Viada se reconoce esclavo de las leyes vigentes, y como «funcionario» y «hombre de ley» no se atreve á decir nada de ellas, aun cuando le parezcan malas y dignas de censura, otros fiscales, y singularmente el Sr. Sánchez Román, en su Memoria del año anterior, han expresado bien claramente la idea de que es lícito y obligatorio para los funcionarios judiciales juzgar, no solamente *secundum leges*, sino también *de legibus*; han puesto de relieve grandes injusticias que se cometen aplicando leyes que no deben ser obedecidas, y han protestado, con razón, contra los que «viven esclavos de la letra y sacrifican la justicia y lo sacrifican todo al rito y á la fórmula legal», aunque para ello tengan que acudir á «artificios, amaños, argucias y sofismas». Y no vale acudir, como frecuentemente ocurre, al socorrido argumento de la disparidad entre los dictados de la teoría y las exigencias de la vida y la administración de justicia práctica, diciendo, v. gr., que el Sr. Sánchez Román es un profesor de Derecho, acostumbrado á discurrir para la cátedra (también es hombre de bufete y de mucha práctica en el foro), y el Sr. Viada ha consagrado toda su existencia profesional al desempeño de las funciones judiciales; porque, aparte de que si el tal argumento pudiera aquí someterse á discusión, el resultado creo que no había de ser muy favorable para los que defendieran el punto de vista del señor Viada, aparte de eso, repito, ahí está, contra lo que éste ha hecho, la citada Memoria de D. Juan de Aldana, y el Sr. Aldana tiene la misma carrera que el Sr. Viada y desempeña ocupaciones idénticas á las de este último. La diferencia, por tanto, no se halla meramente en la índole de la profesión de cada uno, sino también, y principalmente, en la índole de la persona, en su temperamento, en su temple. Donde quiera que uno va, allí lleva todo su espíritu, y ve las cosas por su prisma, y las hace como puede y sabe hacerlas. Sea profesor, magistrado, industrial ú obrero mecánico, cada individuo se comporta en todas partes como lo que es, y es como lo ha hecho

toda una serie de influjos, no solamente la profesión. ¡Cuánta distancia entre el modo como entienden y practican A, B, C, D..... Z el desempeño de la misma función á que sirven de órganos! Tan «funcionario judicial» y tan «hombre de ley» como el Sr. Viada es, según he dicho, el Sr. Aldana, y, sin embargo, el Sr. Aldana protesta en su Memoria, en límites prudentes, contra monstruosidades tales como la que resulta, verbigracia, de aplicar según su letra, no según su espíritu, el famoso art. 90 del Código penal vigente, y el Sr. Viada resuelve consultas de sus subordinados en el sentido contrario, ó sea ordenándoles que apliquen dicho artículo conforme á su tenor literal (V. la pág. 121 de la Memoria: resolución á consultas de los fiscales de las Audiencias de Cádiz y Murcia). Algo análogo ocurre en la materia de la reincidencia (pág. 40 y sigs. de la misma Memoria): aunque la manera de estar tratada la misma por nuestro Código es absurda (dentro del corriente criterio de la administración de justicia penal, se entiende, quizá no en otro distinto), el Sr. Viada quiere que se respete la letra de éste; y si bien pide una reforma del mismo, lo hace con una frialdad tal (en la Memoria de 1894, por el contrario, se ve que el Fiscal se duele cordialmente de todas las injusticias legales que va denunciando y como que aconseja implícitamente á sus subordinados que salten por cima de la absurda ley para no cometerlas), que parece más bien que no la desea. Después de todo, esta solución es la que aplica al Código penal entero, pues luego de dedicar muy pocas líneas á pedir, como por compromiso, su reforma, resumiendo, al efecto, lo que en Memorias anteriores se ha expuesto para presentarla como *urgente*, acaba por decir que tal reforma no corre prisa, porque el Código que tenemos «garantiza suficientemente las libertades públicas y privadas, sin llegar *todavía* á constituir una nota discordante y retrógrada». ¡Qué más habrá querido el señor Durán y Bas que leer esto, para considerarse autorizado á modificar el Código penal de 1870 en el sentido reaccionario que por ahí se le atribuye! Como el señor Fiscal del Supremo

le asegura que no es retrógrado, él se dirá: «pues hagámoslo», y así lo pondremos «en armonía con el espíritu de nuestras instituciones políticas y con las condiciones y necesidades de la sociedad española» (según promete hacerlo en su discurso, página 7), «vistas á través de mis antiparras», añadirán el señor Ministro y el Presidente del Consejo para sus respectivos coletos.

Lo peor que yo he encontrado en la Memoria del señor Fiscal es el exagerado legalismo de que está impregnada, ese legalismo que le lleva, por una parte, á recomendar una interpretación judaica de las leyes (v. gr., en las págs. 40 y siguientes y 121, ya citadas al tratar de la reincidencia y del art. 90 del Cód. pen.), análoga á la de aquel tribunal inglés que se negó á aplicar la ley que castiga la bigamia á uno que estaba casado con *tres* mujeres al mismo tiempo, ó á la de aquel otro que porque la ley penaba el robo de *caballos* rehusó declarar ladrón á quien había robado sólo *un* caballo, ó á la dada recientemente por el Tribunal Supremo de Leipzig, negándose á calificar de robo la derivación clandestina y furtiva de una corriente eléctrica anudando hilos conductores á un cable ajeno, porque—ha dicho el Tribunal—semejante sustracción no lo es de objetos materiales, que es á los que el Código se refiere al hablar del delito de robo, y que, por otra parte, le hace sentar repetidamente afirmaciones como éstas: «cuando el precepto legal es claro, no hay para qué hablar de su espíritu» (pág. 40); «las instituciones legales cuentan con mi respeto y con mi decidido apoyo como funcionario mientras subsistan» (pág. 69), aun cuando «de la aplicación estricta de los preceptos de la ley se originen anomalías y verdaderos contrasentidos» y aun cuando esa aplicación «sea contraria á los principios de la ciencia penal, á la razón y á la equidad» (pág. 41); «lo que puede ser lícito para el moralista, no lo es para el hombre de ley, porque la esfera en que aquellos se mueven es muy otra de la en que están encerrados éstos» (págs. 13-14), y otras semejantes.

El Sr. Viada será seguramente de los que, á continuación de estampar las frases anteriores, pensará estas otras para sus adentros, y acaso las escribirá también en sitio diferente que las primeras y cuando la impresión inmediata de éstas se halle ya un tanto borrosa ó lejana: «la letra mata y el espíritu vivifica»; «*oportet obedire Deo magis quam hominibus*»; «entre el derecho natural y el legislado, el primero debe prevalecer»; «las leyes no deben separarse de la moral, sino traducir los preceptos de ésta, y cuando así no lo hagan, no deben ser obedecidas, porque son injustas, y las leyes injustas no merecen nombre de tales ni se debe prestarles obediencia»; «las leyes jamás deben ser aplicadas, cuando su aplicación hubiera de conducir á la contradicción, á la iniquidad ó al absurdo», etc. ¿No es el Sr. Viada de los que prestan acatamiento á estas máximas? Casi me atrevo á asegurar que sí, y, en tal caso, no me explico las otras afirmaciones tuyas que dejo acotadas. Quizá juzgue que su cargo de Fiscal exige que se comporte como él lo hace, y así lo indica en efecto. Mas á mi juicio se equivoca, porque si el Fiscal es el custodio y guardián de la ley, no lo es ni se ha creado seguramente para que lo sea de la ley injusta, irracional, absurda, inadecuada, inoportuna, contradictoria consigo misma, enemiga de la equidad, de los preceptos morales, de los dictados del derecho natural, sino de la ley verdadera, cuyas raíces están en la naturaleza misma de las cosas, en el orden divino del mundo, y cuyo contenido es la justicia y la racionalidad misma, ó sea las mismas exigencias reales de cada caso y momento; y cuando ocurra que el texto legal ande por un lado y el derecho vivo esté en otro distinto, y aun opuesto á veces, la elección no parece dudosa: el fiscal de la ley, ó del Gobierno, ó de S. M., semejante á los golillas de los siglos medios y del Renacimiento (épocas en las que tuvieron su misión que cumplir, sin duda, misión que ya hoy no les corresponde), se pondrá de parte de la fórmula muerta de la ley, de la cáscara, y tirará la nuez, mientras, por el contrario, el Fiscal del derecho, el que conozca y

sienta de verdad el imperio de éste, romperá la envoltura para penetrar en la substancia y aprovecharla.

Un ejemplo evidente de semejante diferencia nos lo ofrece el contraste que existe, de un lado, entre la manera, grata al Sr. Viada, como proceden los Tribunales españoles en la administración de justicia penal en ciertos casos en que andan de por medio infelices acosados por el hambre, y la manera como se ha comenzado á proceder en estos casos en los Tribunales extranjeros; y de otro lado, entre los veredictos dados por los jurados y los fallos de los Tribunales de derecho. Por las Revistas científicas, y tras de ellas por los periódicos políticos en la sección de «Curiosidades» (aun por los nuestros, verbigracia, *El Liberal*, el *Heraldo*, *La Correspondencia*), han andado rodando desde no hace mucho tiempo noticias relativas á una serie de fallos de Tribunales extranjeros (ingleses, franceses, portugueses), en los que no sólo se ha absuelto á ciertos individuos que se habían apoderado de un pan ajeno en circunstancias muy especiales é interviniendo abandono por parte del panadero (caso inglés y francés), ó en que una muchacha, apenas entrada en la adolescencia, hallándose abandonada, se embriagó «para engañar el hambre y la tristeza», según ella misma dijo al juez, y, embriagada, había causado lesiones leves á una mujer (caso portugués), sino que los correspondientes magistrados abrieron colectas alguna vez entre los asistentes al juicio para reunir algún fondo con que socorrer á los pobres procesados absueltos. Una vez iniciada la trocha por uno ó dos Tribunales, no han tenido dificultad otros muchos en entrar por ella y en consagrar poco menos que el «derecho al hurto» en estado de necesidad, de que hablan (denominándolo impropriamente, pues en la intención de los autores aludidos aquí no hay hurto verdadero) ciertos moralistas y escritores antiguos. En Francia ha habido, en efecto, últimamente una repetición tal de hechos semejantes, que pudiera creerse constituyen una verdadera epidemia, una de esas epidemias morales que han comenzado á estudiar ciertos

pensadores contemporáneos. La Audiencia de Aix (en 6 de Julio de 1898), el Tribunal de Ruan (en 24 de Noviembre de 1898), el Tribunal de Château-Thierry (en Enero de 1899), el mismo Tribunal de Ruan (en 15 de Marzo de 1899), el Tribunal de Montbéliard (en 16 de Marzo de 1899), el Tribunal de Perpignan (en 28 de Marzo de 1899); como se ve, un buen número de Tribunales y acaso otros de que no tenemos noticias, han absuelto á otros tantos mendigos llevados ante ellos, apoyándose principalmente en que, mientras la Beneficencia no esté organizada como debe estarlo y todo el mundo tenga alimentación, albergue y vestido seguro, no hay derecho para condenar á nadie como mendigo, y menos á aquellos que han buscado inútilmente trabajo (con lo que se reconoce judicialmente el «derecho al trabajo», tan combatido por muchos míopes gobernantes y «hombres de ciencia»). Y de tal manera ha conmovido á la opinión este nuevo proceder de los administradores de la justicia, que hasta ha sido objeto de un debate en las Cámaras (interpelación de M. Marcelo Sembat, discutida el 17 de Marzo último), y los estudiosos de cosas penales y sociales vienen consagrándole mucha atención, porque presumen que la ruta seguida por los citados Tribunales ha de ser cada vez más frecuentada por ellos mismos y por otros, y que de día en día irá ensanchándose el concepto del «estado de necesidad» en la mente de los mismos juzgadores y reconociéndose por éstos la llamada «complicidad social» en los delitos, á despecho de cuanto digan los textos legales, formados en tiempos en los cuales dominaba otro orden de ideas. Es de sospechar, sin embargo, que el fenómeno mencionado no obedezca exclusivamente á esta última causa, sino también á otra, ligada con intimidad á ella, es decir, á la convicción que entre los penalistas adquiere de vez en vez mayor fuerza, de que es preciso economizar cuanto se pueda la cárcel, sobre todo para los reos de delitos de poca entidad, para los jóvenes y para los delincuentes primarios, reservándola únicamente para aquellos casos en que sea de todo punto im-

prescindible echar mano de ella. Por este camino marcha con toda resolución Inglaterra, guiada por su inteligente y activa *Howard Association*.

Ahora bien; el proceder referido no puede menos de representar una «herejía jurídica» (legal quieren y deberían decir, que no es lo mismo que jurídico) para los legistas que, como el Sr. Viada, están encariñados con el Código de tal manera, que fuera de él, estando él vigente, no encuentran justicia, y cuya preocupación principalísima, si no exclusiva, es que el texto de la ley quede á salvo, aun atropellando su espíritu. (Lo cual, dicho entre paréntesis, proviene justamente de la carencia de cultura y sentido «jurídico», que es tanto como decir de cultura y sentido filosófico, sociológico, científico, realista; aunque esté uno muy atiborrado de textos legales y de resoluciones del Tribunal Supremo.) Por eso, aunque en la estadística de la administración de justicia se tropieza el señor fiscal con que la mayoría de los delitos son delitos contra la propiedad, y con que de estos «la mayor parte son en cuantía insignificante, muchos sólo por valor de algunos céntimos», y aunque reconoce que «acaso las sustracciones de leñas sean las que más preponderan y más contribuyen á aumentar la cifra total» y que «la carencia de trabajo, la miseria, la necesidad de proporcionar sustento á una desdichada familia (1) impulsan con frecuencia á ir á coger una carga de

(1) Quizá el Sr. Viada no sabe bien, por no haber tocado las cosas de cerca, la gran verdad de hecho que envuelve esta observación suya, que él parece presentar de un modo hipotético. Induce á creerlo así lo que en la misma página dice, pocas líneas más arriba, cuando propone un remedio «sencillo», esto es, que á nadie se le ha ocurrido, para evitar las frecuentes quemaduras que en el hogar de la familia suelen ocurrir, de niñas abandonadas en casa durante el invierno, mientras el padre se halla en las labores del campo y la madre lavando ó ganándose un pobre jornal. El remedio tan «sencillo» consiste en obligar (por medio de una medida del Gobierno, que ejecutarán bajo su responsabilidad los Alcaldes) á todos los vecinos á que construyan el hogar, para encender el fuego, por

leña al monte para mitigar con su mísero importe el hambre de seres queridos», no aconseja á los fiscales y á los tribunales que hagan lo que hemos visto van haciendo en el extranjero; para él, lo primero y lo último es que se respete y se aplique el texto legal, y una vez hecha justicia de este modo, que perezca el mundo, que es tanto como decir: «ustedes, moralistas, que hablan de un estado de extrema necesidad, que puede justificar ciertos hechos, y ustedes, jurisconsultos, teólogos y filósofos, que aconsejan la desobediencia á las leyes injustas y la posposición de la letra al espíritu, del error, capricho ó equivocación de un legislador falible y débil á las reclamaciones

lo menos á medio metro de altura.» «*Veni, vidi, vici et salvavi puellas*»,— se habrá dicho D. Salvador.—Pues no, señor; precisamente no ha vencido usted por no «venir» y «ver», pues si así lo hubiera hecho, y, en lugar de mirar y comentar el articulado del Código penal y de las demás leyes penales, hubiese visto, estudiado y comentado las cosas, la verdadera fuente de la justicia, que en este caso era la vida real de los campesinos pobres, hubiera llegado á saber que si los hogares no están en las casas de éstos á medio metro de altura, como el fogón en las de los señoritos y los ricos, «no es por falta de misterio», como los propios campesinos dicen, no es porque se les haya escapado, hasta que V. E. ha venido á dársela, una solución tan sencilla, sino porque *no puede ser*, y no puede ser, entre otras muchas razones (derivadas de las mismas exigencias de la vida y los quehaceres del hogar del campesino pobre: que no pueden quemar carbón y tienen que contentarse con quemar mala leña, la cual no hay más remedio que colocarla en el suelo; que hay que poner llares para colgar el caldero; que hay que hacer humo para curar las morcillas y las castañas; que la lumbre se hace de un gran montón de paja ó de leña hornija, alrededor de la cual hay que poner á veces una larga fila de pucheros, etc., etc.), porque los hijos y la familia toda del campesino pobre no tienen otro sitio donde calentarse, cuando tienen frío, más que la lumbre, lo que no es posible hacer cuando ésta se coloca en lo alto, pues no es cosa de estarse de pie junto á ella todo el tiempo necesario (y menos durante la velada, cuando se reúne toda la familia), ni colocada la lumbre en alto se calientan los pies. Bien hará, por lo tanto, el Sr. Viada en no solicitar privilegio por su invención: á menos que con la medida de gobierno que propone se reparta también carbón para calentarse y guisar á los que no lo tienen ni pueden compraarlo.

de la realidad, á los llamados preceptos del derecho natural, de la ley humana á la ley divina, apelen ustedes á Poncio Pilato: *dura lex, sed lex.*»

No suele ser esta la resolución que al conflicto da el Jurado, y por eso no es tal institución (1) de la devoción de los legistas, llámense liberales ó conservadores. El señor Fiscal nos da en su Memoria datos bastantes para asegurar que el derecho viviente, no el precepto legal muerto, es lo que ha servido de norte al funcionamiento del Jurado en España durante el año judicial último, pues nos dice, y por cierto sin censurarlo, cosa que parece extraña, y hasta puede decirse que aprobándolo y encontrando en ello motivos de felicitación (2), que «los jurados no juzgan por los méritos del juicio, sino por noticias y antecedentes á él extraños», ó sea por los antecedentes que pueden adquirir de la vida anterior del procesado, de quién sea éste, de lo que es capaz de hacer, y, por consecuencia, de si es ó no hombre de fiar para el porvenir. Lo que significa tanto como lo siguiente: Los jurados juz-

(1) La cual me parece indefendible é innecesaria desde el momento en que los miembros que componen los tribunales que se llaman de derecho sean menos leguleyos y más jurisconsultos; mientras tanto, el Jurado creo que debe continuar existiendo, pues aunque yerra muchas veces, acierta también (de un modo tosco, sin duda, efecto de la misma imperfección del conjunto de las instituciones sociales vigentes) otras muchas (á ellas pertenecen casi todas las en que el Jurado emite veredictos que los «hombres de ley» califican de «absurdos» y «notoriamente injustos»), en tanto que los llamados jueces de derecho no aciertan, á mi juicio, casi nunca, y no aciertan, precisamente por apegarse demasiado, como leguleyos, al texto legal.

(2) «A la sociedad—concluye—le importa poco que fallen (los jurados) por las pruebas oficiales ó por otras confidenciales y privadas; *lo que interesa es que el fallo sea honrado y justo*». En efecto, eso es lo que interesa; pero interesa, no sólo ahora, sino siempre, no sólo con relación á los jurados, sino con relación á toda clase de tribunales. ¿Por qué, sin embargo, no dice lo mismo de todos ellos el Fiscal? Este sería uno de los caminos para ir en busca de la justicia real, dejando á un lado, en caso necesario, la legal, y para hacer que sobre la letra de ley reinara su espíritu,

gan, más bien que del delito, del delincuente; es decir, que sin saberlo, realizan una de las aspiraciones más fuertemente sentidas por los más avisados penalistas contemporáneos de todas procedencias; lo que no acontece con los tribunales de derecho, ni en general con los leguleyos, pegados al Código como la yedra al árbol. Así se explican las observaciones que el Sr. Viada hace acerca del criterio de benignidad ó dureza, según los casos, del Jurado, criterio que seguramente hallarán desacertado los «hombres de ley», y que á los que no lo son—y á ellos mismos cuando se quitan los cristales ahumados de leguleyos con que suelen ver las cuestiones y las miran á ojo desnudo, sin antiparras, como un mortal cualquiera—les parecerá de perlas. Ese criterio consiste en absolver, más que á quienes no hayan cometido delitos, á quienes los han cometido en circunstancias tales que hacen presumir que sus autores no ofrecen para lo futuro *más peligro* del que ofrece uno cualquiera de los hombres que se llaman honrados

ese espíritu que no parece hace mucha gracia al Sr. Viada. ¿Qué diferencia encuentra él—ni legal siquiera, pues el art. 84 de la ley del Jurado tiene su correspondiente en el 741 de la ley de Enjuiciamiento criminal—para los efectos de la apreciación de las pruebas entre el Jurado y el Tribunal de derecho? Si á los jurados les es lícito «fallar por pruebas confidenciales y privadas, y no por las oficiales», «dar preferencia á lo que consideren más exacto y verídico», «formar su conciencia» para el fallo tomando en consideración todo «lo que sepan, lo que en su localidad hayan oído á personas veraces, tal vez á los mismos que luego declaran en el juicio adulterando los hechos, y lo que, *por cualquier concepto*, hayan averiguado y comprobado», ¿por qué razón no ha de ser lícito esto mismo á los jueces de derecho? ¿Son, ó deben ser, éstos últimos máquinas de juzgar, y aquéllos, hombres que juzgan con libertad plena, y que, cuando llega el caso, dejan á un lado la ley para irse tras de la justicia efectiva que en ésta no encuentran?—Pero si tal libertad de juicio se atribuye á todos los juzgadores, ¿cuál será entonces la materia del juicio: el hecho realizado, ó la conducta entera del sujeto de quien se trate, para condenar ó absolver al cual no será el delito cometido sino *uno de tantos* indicios ó pruebas, uno de tantos datos—no siempre el más importante siquiera—sobre que ha de apoyarse la resolución que se tome?

(v. gr., los mismos miembros del Jurado); y, por el contrario, en condenar á aquellos otros individuos que, aunque quizá no hayan cometido el delito por que estén procesados, ó cuando menos de las pruebas practicadas no resulta claro que lo hayan cometido, sin embargo, tienen malos antecedentes y se les considera capaces de cometerlo, y por eso mismo se les tiene por peligrosos. Por esto, «es justo consignar, dice el Sr. Viada, que la benignidad [de los jurados] en los delitos contra las personas está limitada á los homicidios en riña *cuando el culpable tiene buenos antecedentes*, pues los mismos fiscales reconocen que en otros casos, *cuando no concurren fuertes estímulos pasionales que hagan simpática la figura del procesado*, los jurados, casi siempre, resuelven *de conformidad con la acusación pública*»; por eso, «en los delitos de robo suele bastar la simple *mala conducta* del que se sienta en el banquillo *para que se le condene*»; por eso «acostumbran también á ser severos los jueces de hecho cuando se trata de atentados contra la honestidad realizados en niñas menores de doce años» (verdaderas aberraciones sexuales, cuyos sujetos, por lo mismo que no son normales, ofrecen para los normales peligro); por eso «obtienen siempre la particular indulgencia del Jurado las imprudencias, bien temerarias, bien simples con infracción de reglamentos», pues «la distinción entre el dolo y la culpa es tan radical en el Jurado, que los hechos culposos los reputan siempre inocentes» (más bien quizá debería decirse «no reveladores de peligro»); por eso, en fin, «el Jurado no considera justificables, al menos en la casi totalidad de los casos, los delitos cometidos por medio de la imprenta, á los cuales los jueces de hecho conceden siempre la más amplia amnistía». De todo lo cual parece que resulta que en la Memoria fiscal del presente año, donde, como en todas las anteriores, no podían faltar largas páginas consagradas al Jurado y á sus defectos, porque esto es de *n* (cuando nada suele decirse de los defectos de los demás tribunales, ¡que tantos y tan graves tienen!), queriéndolo ó sin quererlo, más bien sin quererlo, se hace la apología

de esta institución, presentándola implícitamente como el portavoz y representante del buen sentido jurídico popular, y en parte también del sentido científico (que no debe andar separado del primero, y que más bien ha de venir á confundirse con él).

Aquí doy por terminadas mis observaciones sobre la Memoria del Sr. Viada, y el presente artículo. La necesidad de no alargarlo más me obliga á pasar en silencio algunas otras cosas respecto á los puntos tratados, así como también me impide decir siquiera cuatro palabras tocante á varias otras afirmaciones y problemas que se hallan y acometen en la publicación de referencia, tales, v. gr., como lo referente á la manera como aprecia y juzga el Fiscal del Supremo la labor de sus subordinados durante el año judicial próximo pasado, y la contradicción que parece existir entre esto (pág. 9) y la misión que, según el mismo Sr. Viada, incumbe al ministerio público (pág. 56); lo referente á los atentados contra la autoridad, que creo yo debieran compararse—cosa que no le ha ocurrido hacer, naturalmente, al señor Fiscal—con los atentados cometidos *por* la autoridad (que son muchos, y á veces graves, y suelen tener grandísima eficacia criminógena); lo referente á la distinción entre las faltas administrativas y las judiciales; lo referente á la reincidencia, etc.

P. DORADO.

DISCURSOS A LA NACIÓN ALEMANA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARRIOBLANCO

¿ QUÉ REALIDAD PRESENTE DEBERÁ ENLAZARSE LA NUEVA
EDUCACIÓN DE LOS ALEMANES

Nuestro último discurso ha completado y terminado muchas de las demostraciones indicadas en el primero. Decíamos al comenzar éste, que la cuestión primordial para nosotros consiste en salvar la existencia y perpetuidad de la raza alemana. Todas las divergencias deben desaparecer ante ese fin supremo, que en nada perjudicará á las obligaciones particulares de cada cual. Si recordamos ahora la diferencia establecida entre Estado y Nación, veremos con toda claridad que entre los intereses de uno y otra no puede haber conflicto alguno. Antiguamente el patriotismo debía y podía llevar la alta dirección de cada Estado alemán; ninguno de ellos podía perder de vista esa elevada noción sin abandonar su nobleza y su dignidad y precipitar su ruina; y, por consecuencia, el amor á esos intereses superiores convertía, á todos los que recibían su acción vivificadora, en mejores ciudadanos del Estado particular en que su actividad se ejercitaba directamente. Podía suceder que un Estado alemán disputase con otro sobre algunos privilegios particulares. Pero todo ciudadano que quería como cumple á un hombre razonable, en virtud de

las consecuencias derivadas de sobrevivir el estado primitivo de las cosas, debía desear que triunfase la buena causa, cualquiera que fuese el vencedor. Cuando más, hubiera podido tratar un Estado de reunir bajo su dominación á todos los alemanes, sustituyendo el mando de uno solo á la confederación primitiva de los pueblos. Suponiendo, por ejemplo, que el Gobierno en cuestión hubiese adoptado en vez de la forma republicana, que ha sido hasta hoy la mejor fuente de cultura y la garantía más sólida de nuestra individualidad, esa forma monárquica, concediendo á un jefe único, mientras viviese, el poder de ahogar en toda Alemania hasta el último retoño de la primitiva civilización nacional, el éxito de esta medida hubiese sido, si mis premisas son verdaderas, una desgracia inmensa para el patriotismo, y á ello hubieran debido oponerse todos los caracteres nobles en toda la extensión del territorio común. Todavía, en esta misma hipótesis tan desastrosa, hubieran sido compatriotas nuestros los que nos dominasen, conduciendo nuestros intereses de manera conforme á su origen; y aun en el caso que nuestro verdadero carácter hubiese sido aniquilado por cierto tiempo, hubiera persistido la ilusión de verlo pujante nuevamente, y los hombres de energía habrían podido esperar que llegaría un momento en que tendrían oyentes y se harían comprender de ellos. Nuestra nación hubiese existido, de todos modos, gobernada por sí propia, y no hubiera caído en el último grado de la escala social, puesto que la dirección del Estado continuaba en manos de los patriotas, ó cuando menos podía pertenecerles. Pero si conforme á nuestro primer supuesto—el cual poco importa, en rigor, que sea único ó se ramifique en muchos pueblos—aquella dirección pasase á manos extranjeras, es seguro que nuestros intereses cederían el puesto á los del extranjero, pues lo contrario sería antinatural. Donde quiera que su unión les hubiese conservado un lugar propio y estuviesen representados en la dirección del Estado, veríanse perseguidos. Sería preciso prepararles un último refugio en el corazón de los ciu-

dadanos, su asilo supremo. Si la mayoría de los ciudadanos se negasen á esto, se presentaría el caso que hemos examinado. Preciso es, por tanto, despertar en ellos ese ardor desvanecido, ó, en otros términos, es necesario elevar á la mayoría de los ciudadanos en la dirección de esos sentimientos patrióticos, y para estar seguro de lograr una mayoría, hay que proponerles á todos esa educación, dándose con ello la prueba irrefutable de que sólo por esta educación, y no por ningún otro medio, se podrá salvar nuestra unidad nacional. No será ahora falta nuestra si no se comprende todavía el objeto, la intención y el verdadero sentido de estos discursos.

Resumiendo: conforme á nuestra hipótesis, existen ciertos menores que han perdido á sus tutores naturales, reemplazados por amos extranjeros; si esos menores no quieren convertirse en esclavos, habrán de desembarazarse de sus nuevos directores y para ello necesitan llegar á la mayoría de edad. El patriotismo alemán ha perdido su puesto y debe reconquistarlo más alto, más amplio, para desarrollarse en él en apacible y secreto reposo, del que saldrá, cuando llegue la hora, en plena expansión de juventud, devolviendo á su nación la independencia perdida. He aquí por qué puede todavía subsistir entre nosotros el extranjero con sus chismes mezquinos é infantiles; mas cabe asegurar que su duración no será eterna, y que llegará un día en que ya no se pensará así.

Por muy rigurosamente enlazadas que estén las diferentes partes de esta demostración, todavía es necesario, para hacerla comprensible á otros y realizable, examinar si existen nuestra individualidad y nuestro patriotismo, como hemos dicho, y si todo ello merece ó no que nos esforcemos en conservarlo. A esta pregunta contestará el extranjero—lo mismo entre nosotros que en el exterior—negativamente; pero no tenemos por qué pedirle su opinión. Debe, por otra parte, notarse, que la solución de este problema no depende en manera alguna de una demostración basada en ideas claras, que nada nos suministrarían en punto á la existencia real ó verdadera de lo

que se discute, siendo el único medio por el cual podemos conocerlo, el sentimiento inmediato de nuestra personalidad, que todos poseemos. Por lo tanto, millones de personas pueden contestar que no; de lo cual se deducirá que para ellas no es así, pero no que en realidad no sea de ese modo, porque quien se levanta en medio de esos millones para opinar de modo contrario, aunque se halle solo en afirmar la cosa, puede tener razón contra todos.

Nada impide que yo, que os hablo en este momento, sea ese hombre aislado que afirma, conforme á su experiencia inmediata en su yo, que existe un patriotismo realmente alemán, conocedor de la valía infinita de su objeto, y que sólo ese amor es quien le ha impulsado á decir lo que dice y dirá siempre, á pesar de todos los peligros, pues lo único que nos resta ya es la palabra, y aun ésta hállase vigilada y molestada de mil maneras. Todo el que posea estos sentimientos, quedará convencido, y quien no participe de ellos no podrá serlo, porque la demostración no se apoya en otra cosa; en este caso, serán perdidas todas mis palabras; pero ¿quién no se expondrá á perder cosa de tan poco valor como son las palabras?

En los discursos segundo y tercero hemos descrito, en términos generales, la educación de que ha de provenir, á nuestro juicio, la salvación del pueblo alemán. La hemos señalado como una transformación completa del carácter humano, y conviene ahora añadir un bosquejo de conjunto del proyecto.

Hasta hoy, se ha solido mirar el mundo sensible como el mundo real y verdadero, y en la educación al uso era lo que en primer término se proponía al discípulo. Después de él, se pasaba al pensamiento, ligado casi siempre al mundo sensible, que lo esclavizaba. La educación nueva transforma todo este orden. Considera el mundo del pensamiento como el único verdadero, y trata de conducir hacia él al alumno desde los primeros pasos. A ese mundo, y no á otro, quiere ligar todo el amor y satisfacción del discípulo, de manera que la vida de éste se eleva y desarrolla completa y necesariamente en ese

solo mundo del espíritu. Hasta ahora, la mayoría de los hombres vivía en la carne, en la materia, en la naturaleza; en la nueva educación, sólo el espíritu debe regir los actos de la mayor parte, y pronto los de todos los hombres. Hay que dar á la mayoría ese espíritu firme y seguro que hemos indicado¹³, como la única base posible de un orden social perfecto.

No cabe duda que esa educación realizará el fin que nos propusimos al comenzar estos discursos. El espíritu, cuya formación hemos anunciado, lleva en sí, á título de elemento esencial, el patriotismo, en el sentido elevado de la palabra, mirando necesariamente su vida como una vida eterna, y su patria como el soporte de esa eternidad; con lo que uno de los elementos esenciales de ese espíritu será el amor de nuestra patria alemana, que producirá la defensa valerosa de nuestro suelo y creará buenos ciudadanos, pacíficos y justos. Aún irá más lejos esa educación; como siempre ocurre cuando se emplean grandes medios para alcanzar un fin elevado, el hombre se hallará, por añadidura, plenamente desarrollado en sí mismo, preparado en el exterior para todos sus fines en el tiempo y en la eternidad. De aquí procederán también la salud de la nación y de la patria y la perfecta curación de todos los males que nos oprimen.

No debemos ya tener en cuenta el asombro que provoca la afirmación de ese mundo del pensamiento, único posible que rechaza lejos de sí al mundo sensible; no debemos detenernos ante la negación de ese mundo ni ante la pretendida imposibilidad de que el verdadero pueblo entre en él, porque hace mucho que todas esas objeciones han sido destruídas. Los que ignoran que existe el mundo del pensamiento, pueden buscar en otra parte los medios de averiguarlo, que nosotros carecemos ahora de tiempo para ello; queremos únicamente mostrar la manera de introducir á la mayoría del pueblo en ese mundo.

A nuestro juicio, la idea de esa nueva educación es algo más que una imagen vacía destinada á ejercitar la perspicacia del espíritu ó el sentido de la discusión, puesto que se ha lle-

vado á la práctica y ha entrado en la vida real, siendo preciso mostrar con qué realidad actual hemos de relacionar la ejecución de este sistema educativo.

Digamos algo más sobre esta cuestión: hemos de relacionar ese sistema al nuevo plan de educación inventado, propuesto y llevado á la práctica de un modo feliz, bajo su misma dirección, por Juan Enrique Pestalozzi. Procedamos ahora á establecer y determinar más exactamente esas relaciones.

Digamos, en primer término, que hemos leído los escritos de ese hombre y reflexionado largamente sobre ellos, deduciendo nuestras ideas de las reflexiones que nos ha inspirado el estudio directo de su plan, sin fijarnos en las exposiciones de segunda mano y en las apreciaciones de los hombres del día; y todo el que desee formar opinión propia en este asunto, hará bien en seguir el mismo procedimiento y evitar el contrario. Hasta ahora hemos hablado todo lo menos posible de las aplicaciones de ese método, no por desprecio, sino porque queríamos dar, ante todo, una idea firme y segura de los verdaderos propósitos del autor, que la práctica no siempre consigue realizar. De ellos ha de deducirse rigurosamente, sin más demostraciones, la manera de emplear el método y su aplicación, y sólo entonces podrá comprenderse y juzgar bien la práctica. Si, como creen algunos, este método hubiera de degenerar aquí y allá en algo ciego y empírico, no sería más que un juego y un puro aparato de charlatanismo; pero mi opinión es que, aun en este caso, no se debería en rigor hacer responsable de ello al propósito fundamental del autor.

Este propósito ó intención está garantizado en primer término, para mí, por el carácter de Pestalozzi, tal como lo muestran sus escritos, con toda franqueza y lealtad. Con él, como con Lutero y otros de igual sentido, hubiera podido yo demostrar cuál es el fondo del carácter alemán y probar que este carácter conserva hoy mismo su admirable poder en todos los países de lengua alemana. También él ha pasado su vida

en lucha con toda suerte de obstáculos, que interiormente consistían en su falta de claridad y de aptitud—faltándole, como le faltan en gran medida, los auxilios ordinarios de la educación esmerada,—y exteriormente en el desconocimiento en que siempre se le tuvo; luchaba por un fin que sólo entreveía confusamente, empujado por una inclinación invencible, poderosa y muy alemana: el amor al pobre pueblo desamparado. Ese amor que todo lo puede, hizo de él, como de Lutero, salvo la diferencia de tiempos y de las necesidades de la época, un instrumento sumiso, convirtiéndose en la vida de su vida, en el guía inconscientemente sentido, pero firme y resuelto, de su existencia, guía que le dirigirá al través de las tinieblas que le rodean; y como era imposible que un amor semejante nos abandonara sin recompensa alguna, él mismo es quien le corona, en el atardecer de su vida, con las ramas que brotaron merced á su descubrimiento, tan profundamente intelectual y real, ramas que han crecido mucho más espesas que él pudo figurarse aun en sus ensueños más ambiciosos. Quería él, simplemente, ayudar al pueblo; pero al desarrollar plenamente su invención, eleva al pueblo hasta el punto de suprimir toda barrera entre él y las clases superiores, y nos da, en vez de una educación popular, á que se reducía su propósito, una educación verdaderamente nacional, capaz de arrancar á los pueblos y á todo el género humano de las profundidades del actual abismo.

Las ideas fundamentales del autor hállanse expuestas en sus escritos con una claridad perfecta y una precisión indudable. En primer lugar, y por lo que toca á la forma, rechaza lo arbitrario y la charla mecánica de los sistemas antiguos, buscando, en cambio, una pedagogía firme, segura y decidida, tal como nosotros la deseamos también y como la exige el fondo serio del carácter alemán; y con toda sencillez declara que se propone, según una expresión francesa, «mecanizar la educación»; siendo este fin el que ha dado cuerpo á sus sueños. En punto á la materia ó contenido, el nuevo método cuya

descripción hago trata, en primer término, de despertar y formar la libre actividad personal del discípulo, su pensamiento, en cuyo fondo evolucionará más tarde el mundo de su amor; y de este primer punto tratan admirablemente los escritos de Pestalozzi, cuya idea fundamental aceptamos sin reservas. Sus observaciones están completamente de acuerdo con las nuestras cuando acusa á la educación antigua de haber sumergido siempre al discípulo en las tinieblas y en la obscuridad, sin dejarle nunca llegar á la verdad y á la realidad pura, pues el método antiguo jamás ha penetrado en las condiciones ordinarias de la vida ni ha trabajado en las fuentes de ella; y cuando Pestalozzi propone, para remediar este defecto, que se conduzca á los alumnos á la visión directa de las cosas, continúa el acuerdo absoluto con nuestras ideas, por las que deseamos que, despierta la actividad espiritual del discípulo, forme por sí misma sus imágenes, de modo que aprenda, mediante esta formación original, todo lo que ha de aprender; ya que la visión clara de las cosas no es posible sino para lo que se forma libremente. La aplicación del método ha demostrado también que el autor no entendía por visión clara la percepción material, siempre más ó menos ciega. Por último, ha expresado maravillosamente la ley general en cuya virtud desarrollará la nueva educación esa visión clara en el discípulo, á saber: que se siga siempre paso á paso, desde el comienzo, el progreso natural de las fuerzas que han de desarrollarse en el niño.

Los defectos del plan educativo de Pestalozzi, tanto en punto á las expresiones como á los proyectos, tienen un solo y mismo origen, que consiste en la incompatibilidad existente entre el fin demasiado estrecho que se proponía en un principio (suministrar á los niños del pueblo, totalmente abandonados, los socorros indispensables, dejando á un lado al resto de la nación), y los medios empleados que conducían á un resultado muy superior; pudiéndose salvar este desacuerdo con abandonar el fin primitivo y todo lo que de él deriva, para

dedicarse únicamente al segundo, y proseguirlo hasta sus últimas consecuencias.

Sin duda, el deseo de separar de la escuela lo más pronto posible á esos niños pobres para que se ganen el sustento, y el de darles medios para continuar la educación interrumpida, fue lo que hizo brotar en el corazón bondadoso de Pestalozzi ese culto exagerado de la lectura y la escritura, que convirtió casi en el fin y el *summum* de la instrucción popular, con su sencilla fe en la leyenda de los siglos pasados que consideraba esos medios como los mejores auxiliares de la educación; no obstante lo cual, advirtió que la lectura y la escritura han sido, hasta nuestros días, el mejor medio de sumergir á la humanidad en las tinieblas y en la obscuridad, y hacerla en extremo presuntuosa: lo cual, indudablemente, le llevó á sentar otras reglas en contradicción con su principio de la intuición directa, y sobre todo á la idea, absolutamente falsa, que convierte al lenguaje en el medio de elevar á nuestra raza desde la intuición obscura á la intuición clara y entera. Por nuestra parte, jamás hemos contrapuesto la educación popular á la de las clases elevadas, ni podríamos hacerlo, porque no queremos que continúe usándose por más tiempo la palabra «pueblo» en el sentido de populacho inferior y vulgar, sentido que el interés nacional alemán no puede tolerar que se perpetúe; y en cuanto á la palabra educación, siempre la hemos entendido como educación nacional. Si el pueblo ha de alcanzarla algún día, preciso es que se destierre el miserable propósito de que la educación haya de terminarse rápidamente para enviar al niño al trabajo material, siendo indispensable abandonar tal idea al entrar en los Consejos en que se discuta esta cuestión.

A mi juicio, esa educación se realizará con muy poco coste, bastándose, á sí propias, con ligera diferencia, las Instituciones (1), sin perjudicar lo más mínimo á los trabajos mate-

(1) Especie de colonias escolares en que los alumnos producen, mediante su trabajo, lo que consumen.‡

riales, sobre lo cual expondré, en debida ocasión, mi pensamiento: y aunque fuese de otro modo, sería preciso no obstante sostener al alumno en esa situación de alumno hasta su pleno desarrollo, porque la educación á medias no vale más que la ausencia total de educación, como se ve en las personas de edad madura: y los que piensan de diferente modo, podrían ahorrarse esa educación á medias y declarar desde luego que no quieren ayudar en nada al progreso de la humanidad. En estas condiciones, la lectura y la escritura de nada pueden servir á nuestra educación nacional mientras ésta dure, y más bien le han de ser muy perjudiciales, porque fácilmente conducen á reemplazar la intuición directa por el signo. A la atención, que sabe que no comprenderá nada si no ve cada cosa en su sitio, puede sustituir ese espíritu distraído que se contenta con una simple copia escrita y quiere aprender en el papel lo que probablemente no sabría ver nunca por sí, espíritu soñador tan frecuente en el mundo de los alfabetos. Sólo, pues, al final de esa educación, como término y último beneficio, aprenderá el discípulo la lectura y la escritura, siendo conducido á encontrar y emplear las letras del alfabeto mediante el análisis del lenguaje que posee de muy atrás de un modo perfecto; y este ejercicio, hecho tras su cultura anterior, no será para él más que un juego.

Hasta aquí por lo que se refiere á la educación nacional de la masa; otra cosa sería si se tratara del sabio futuro. Éste, no deberá expresarse en punto á las cosas comunes según lo que ocurra vagamente en él, sino que habrá de elevar, hasta la claridad de la expresión literaria, mediante una reflexión personal, las nociones que se le presentan confusas en sí mismo, para lo cual deberá aprender antes que los otros la escritura, instrumento de su pensar, con el fin de saber servirse de ella; aunque, de todos modos, será preciso no mostrar por ello tanto apresuramiento como hasta aquí se ha solido mostrar. Veremos esto mejor cuando distingamos la simple educación nacional de la de los sabios.

Conforme á estos puntos de vista, todo lo que Pestalozzi ha escrito acerca del sonido y la palabra como medios de desarrollar la fuerza del espíritu, debe revisarse y reducirse. Pero el plan de estos discursos no me permite entrar en tales pormenores. Me limitaré á sentar la siguiente observación, que penetra muy adentro en todo este asunto. El principio mismo del desarrollo que da Pestalozzi á todo conocimiento, se halla contenido en su *Libro para las madres*. En él fía mucho, entre otras cosas, en la educación doméstica. No queremos combatir las esperanzas que tiene en punto á las madres, pero estamos firmemente convencidos de que la educación nacional no puede, sobre todo en las clases obreras, ni comenzar, ni continuarse, ni terminar en la casa paterna, sino alejando á los niños del medio familiar. Los cuidados diarios, los movimientos de vanidad, el espíritu interesado que juega en él necesariamente, pesarán sobre el niño, lo deprimirán y le impedirán tomar vuelo libre en el mundo del pensamiento. El indicado alejamiento de la casa paterna es, pues, una condición absoluta para la realización de nuestro plan, y bajo ningún pretexto puede prescindirse de ella. Hemos mostrado suficientemente lo que ocurriría si el hombre volviese á desarrollarse como lo ha hecho hasta aquí; si se quiere transformarlo completa y totalmente, hay que arrancarlo á su propio medio y hacer absoluta la escisión con su vida anterior. Sólo cuando por primera vez haya sido verdaderamente formada por la nueva manera de educar toda una generación, procederá discutir qué parte de la educación nacional podrá confiarse al hogar doméstico. Dejando á un lado estas objeciones, si se ve en el *Libro de las madres* de Pestalozzi la teoría fundamental de la nueva enseñanza, habrá que confesar que yerra absolutamente al tomar como asunto el cuerpo del niño. Para ello, arranca de un principio muy exacto, á saber: que lo primero que debe conocer el niño es su propia persona; pero si se busca un cuerpo humano, ¿no le será, por ventura, más visible el de la madre? ¿Ni cómo podrá formar un conocimien-

to de su cuerpo antes de aprender á servirse de él? Esta noción no será, pues, un conocimiento elevado, sino una cosa aprendida de memoria, compuesta de signos arbitrarios, introducidos merced á un culto exagerado de la palabra. El verdadero fundamento de la instrucción y del conocimiento claro sería, para emplear la frase de Pestalozzi, un *a b c* de sensaciones. El niño comienza por sonidos de palabras, para reproducirlos por sí mismo, necesariamente solo; se le debería, pues, conducir igualmente á expresar con exactitud si tiene hambre, sueño, etc.; si percibe la sensación actual que se le presenta, con tal ó cual signo; si la entiende, etc., ó bien si se limita á pensar en ella; también debería expresar cuáles son las diferencias y grados de las impresiones distintas en un mismo sentido, por ejemplo, colores, ruidos, etc., todo ello mediante palabras especiales, y esta educación se realizará siguiendo una gradación razonada, desarrollando regular y progresivamente su sensibilidad. Así obtiene el niño, por de pronto, un yo que individualiza en el conocimiento libre y reflexivo, y con el cual prosigue sus investigaciones, en cuya virtud su vida real recibe una claridad espiritual que ya nunca ha de abandonarle. De este modo, también las formas, vacías en sí, y el ejercicio procedente del conocimiento de la medida y el número, logran, por su valor intrínseco claramente reconocido, lo que en el método de Pestalozzi no puede serles dado más que por una tendencia. En los escritos de Pestalozzi hállase la notable confesión de uno de sus discípulos que, iniciado en este método, había comenzado á considerar tan sólo los cuerpos geométricos. Esto es lo que habrá de suceder á todos los discípulos del método nuevo, si la naturaleza espiritual no los orientase de otro modo, sin saberlo ellos. En ese momento, dada esa noción clara de las sensaciones propiamente dichas, no son los signos de la palabra, sino directamente la palabra y la necesidad de hacerse comprender de lo demás, lo que forma al niño; y así pasa de las ideas oscuras y confusas á las ideas claras y bien definidas. Todas las

impresiones de la naturaleza circundante actúan á la vez sobre el niño que nace á la vida consciente, y se mezclan en un caos obscuro, del que nada claro y distinto puede salir. ¿Cómo se evitará ese caos? Hace falta para ello el ajeno socorro; pero esta ayuda, para que responda al llamamiento del niño, deberá expresarle claramente sus necesidades, ya notadas en el lenguaje. Hállase, pues, obligado á reconcentrarse en sí mismo, y para hacer tales distinciones, comparar lo que siente con otras sensaciones que ya conoce, pero que no experimenta de momento. Así se determina en sí mismo un yo libre y reflexivo. Pero esta dirección que la necesidad y la naturaleza inician con nosotros, la habrá de proseguir la educación, merced al auxilio de un arte libre y razonado.

En este conocimiento objetivo que se dirige á los objetos anteriores, los signos que determinan y dan claridad al conocimiento íntimo nada enseñan á quien ya conoce, pero permiten, cosa bien diferente, comunicarlo directamente á otros. La claridad de este conocimiento reposa, en efecto, por completo, en la visión clara, y ya hemos dicho que lo que podemos crear á voluntad y por entero en la imaginación conforme á la realidad, es conocido perfectamente, aun cuando no se tenga palabra para designarlo. La perfección de la visión clara debe, pues, preceder al conocimiento de la palabra; el camino contrario nos conduciría precisamente á ese mundo de tinieblas y obscuridad, á esa verbosidad prematura que Pestalozzi detestaba igualmente con mucha razón; y así, quien acuda á conocer la palabra lo más pronto posible y crea haber aumentado con esto sus conocimientos, vivirá precisamente en ese mundo de tinieblas y no hará sino aumentarlo. Creo que fue precisamente ese A B C de la sensación el que Pestalozzi escogió como primer principio del desarrollo intelectual y como contenido de su *Libro de las madres*; y este mismo flotaba obscuramente en sus ideas sobre el lenguaje, siendo la falta de ideas filosóficas completas lo que le impidió ver con toda claridad en este punto.

E. M.—*Noviembre 1899.*

Este desarrollo del sujeto cognoscente, que se supone anterior á la sensación y que se toma como piedra angular de nuestra educación nacional, lo perfecciona el A B C de la intuición de Pestalozzi, es decir, su teoría de los números y las medidas. A esa intuición puede enlazarse una parte cualquiera del mundo sensible, introduciéndola en la esfera de las matemáticas hasta tanto que el alumno se haya ejercitado suficientemente en estos trabajos para abordar la concepción de un orden social humano y llegar al amor de ese orden, en lo cual hállase el segundo grado y el punto esencial de su cultura.

En esta primera parte de la educación, no debe olvidarse otro punto ya notado por Pestalozzi, á saber: el desarrollo de las aptitudes corporales del discípulo, que debe ir parejo con el desarrollo de su espíritu. Pestalozzi pide un A B C del arte, es decir, de las fuerzas corporales. Quiere ante todo que se adiestre en «golpear, acarrear, lanzar, empujar, luchar, tirar, dar vueltas, impulsar, etc. He ahí los ejercicios más elementales de la fuerza corporal. Es preciso adoptar una marcha natural y progresiva, desde el comienzo de esos ejercicios hasta llegar al arte absolutamente perfecto, es decir, hasta que el golpe y el choque, el salto y el tiro conduzcan con toda seguridad al más alto grado del sentido nervioso y den seguridad á los pies y á las manos». Deberá hacerse todo de una manera regular y natural, sin que nada quede entregado á la arbitrariedad, á fin de que no se diga que buscamos una educación puramente física. En este sentido, aún está todo por hacer, porque Pestalozzi no llegó á dar su A B C del arte. Sería preciso, ante todo, darlo; mas para ello se necesitaría un hombre que uniese, á una ciencia perfecta de la anatomía humana y de la mecánica, un alto grado de espíritu filosófico, y ese hombre sería así capaz de descubrir la perfecta armonía de ese mecanismo conforme al cual deberá formarse el cuerpo humano, y de indicar cómo debe desarrollarse la máquina en un hombre sano para que cada progreso llegue en su punto y hora, preparando y facilitando los que le siguen. De este

modo la salud y la belleza del cuerpo humano, la fuerza del espíritu, se verían, no sólo conservadas, sino también aumentadas y fortificadas. Es este un elemento cuya necesidad para la educación que se propone formar al hombre entero, nótase claramente, sobre todo cuando se dirige á una nación que quiere restablecer y conservar en adelante su independencia.

En el próximo discurso desarrollaremos nuestras restantes ideas sobre la educación nacional alemana.

JUAN T. FICHTE.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEO MADRILEÑO

CRÓNICA LITERARIA

Una nueva edición de LA LOZANA ANDALUZA.—Dos novelas: REDENTA, por T. Orbe; CAMILA SÁNCHEZ, por Abraham Z. López Penha.

La aparición de una edición nueva de *La Lozana andaluza*, no carece de interés para los bibliófilos. De las contadas ediciones de esta obra, que permaneció por mucho tiempo ignorada—como lo estarán sin duda varias otras de su género y época—la más conocida en España, ó sea la que se publicó como primer volumen de la *Colección de libros raros y curiosos*, habíase agotado, alcanzando en el mercado de libros, los ejemplares de ella que algunas veces se hallaban á la venta, un sobreprecio de consideración. De la primera impresión de este libro, tengo entendido que no se conoce otro ejemplar que el descubierto por el señor Gayangos en la Biblioteca imperial de Viena. La edición moderna franco-española era en España muy poco conocida. De ahí que muchas personas que habían oído hablar sin duda del retrato de *La Lozana*, no hubieran tenido oportunidad de leer la obra de Delicado.

La nueva edición, impresa en Madrid esmeradamente y que lleva un facsímil bien hecho de la portada de la impresa en Venecia en 1528 (cuyo es el ejemplar que se conserva en

Viena), llega, pues, á tiempo de suplir esta falta de ejemplares de las ediciones anteriores. En nuestras colecciones bibliográficas (fuera de la de libros raros) no se había incluido esta curiosa obrita, quizás por su carácter licencioso, y se necesitaba que una nueva impresión viniera á hacerla asequible á la generalidad del público literario.

La celebridad de esta obra se ha debido, acaso más que á su mérito intrínseco, á su índole especial y á su rareza, que la hizo permanecer por largo tiempo desconocida, como queda dicho. Son numerosas en la literatura castellana de su época las obras que aventajan considerablemente á la de Delicado, así en punto á la elegancia del lenguaje cuanto al interés y belleza de la fábula, sin que de esto se infiera que sea tan sólo *La Lozana* interesante, como obra libertina, para los aficionados á esta clase de producciones literarias, que han sido siempre muchos y hoy no son, de seguro, menos abundantes que en cualquier otro tiempo.

No puede negarse, con todo, que esta extremada licencia de *La Lozana* ha sido parte y parte considerable para su celebridad, al igual de lo ocurrido con algunas obras del Aretino. A ser obra más recatada, el retrato famoso que trazó Delicado probablemente habría despertado mucho menos la atención de los curiosos.

Sin ser propiamente una de tantas *Celestinas*, *La Lozana* pertenece á la literatura celestiniana. Las aventuras y costumbres en ella narradas la clasifican en este grupo por razón de su asunto, y en él la incluye también la desenvoltura, con que *descubre lo humano*. Hay, empero, notable diferencia entre la tragicomedia famosa, molde y patrón de las producciones de este género y el retrato de *La Lozana andaluza*. Esa diferencia no es solo la tocante al mérito, que establece ya enorme distancia entre una joya literaria como la *Celestina* y el *Retrato*, que no es obra maestra, aunque sí curiosa é interesante. Diferencia considerable hay también en la estructura y composición de una y otra. Hay en la *Celestina* una acción

completa, dramática ó novelesca, según se quiera (y en dicha obra se ve precisamente el estrecho parentesco de ambos géneros). En *La Lozana* no hallamos ese pleno desarrollo de un asunto. Sus diálogos se limitan á presentarnos parte de la vida de la heroína, cuadrándoles á maravilla el título de retrato, pero nada más. No hay allí una verdadera acción dramática; no hay nudo ni desenlace: el autor se limita á pintarnos por medio de *La Lozana* y sus interlocutores, ó ya interviniendo él mismo á veces en la plática, la vida y milagros de aquélla. En la obra de Delicado falta también (aunque él diga otra cosa) la intención moral que indudablemente tiene la *Celestina*, no obstante encubrir tan poco lo humano. Allí (en *La Lozana*) no se trata de consecuencias, de relaciones entre causas y efectos de la conducta, sino de la pintura de los actos mismos. En la *Celestina*, los amores de Calixto y Melibea y la catástrofe final á que conducen, fueron probablemente lo principal de la obra en la mente del autor, aunque luego la figura de la vieja Celestina se sobrepusiese por su magistral ejecución y llegase á dar nombre á la obra; en *La Lozana* no hay una intriga amorosa semejante: las artes celestianas y los lances con ellas relacionados forman la materia de los varios capítulos de este libro (que el autor llama mamotretos). En realidad el *Retrato* es una serie de diálogos unidos entre sí por referirse á la vida de un mismo personaje, pero con escasa relación de antecedentes y consecuentes. Podría alterarse el orden de algunos de ellos, sin introducir variación apreciable en la obra y sin que el desarrollo de ésta se resintiera.

*
* *

La Lozana andaluza fue escrita en Roma probablemente, (aunque se imprimiese en Venecia) ó al menos allí se inspiró Delicado para escribir la obra. Algunas cortesanas famosas á

que alude son personajes reales, y podría decirse que el escritor español pintó costumbres romanas, si se entiende no eran las que describe exclusivas de Roma, aunque el autor eligiera la ciudad eterna como teatro de sus personajes. Roma era entonces, desde uno de sus múltiples aspectos, lo que es hoy París: la ciudad cosmopolita del placer. Siendo por razones políticas y religiosas la metrópoli europea más visitada por los extranjeros, el número de éstos era allí considerable sobre todo para una época en que los viajes no eran fáciles, rápidos y frecuentes, como suelen serlo en la actualidad. Esta concurrencia de extranjeros creaba allí, como ahora en la capital de Francia, una población flotante ávida de diversiones y de placeres, y dispuesta á gastar y triunfar en todo lo que representase un deleite. No es extraño, pues, que hubiese allí tan grande número de cortesanas y de parásitos del vicio.

No es esto decir que los romanos fuesen mejores. Delicado pone en labios de su protagonista un juicio harto expresivo, cuando hace decir á la Lozana que ganaría más ejerciendo de tercera con las romanas de estado honesto que con sus habituales parroquianas, pertenecientes á lo que llaman los franceses, usando de un eufemismo (muy distante de la ruda claridad con que denomina Delicado las cosas y personas), el batallón de Citerea. Mas para formarse una idea aproximada de lo que era la Roma de entonces, y no exagerar la parte de su corrupción que á ella misma en realidad correspondía, hay que tener en cuenta su aspecto de ciudad internacional y de ciudad de placer, que en algún modo la hacía asemejarse al París moderno.

Por otra parte, obras como *La Lozana* son testimonios de valor relativo respecto de la moralidad en general. Son libros no de costumbres, sino de malas costumbres, y como su asunto es el vicio, claro es que la pintura de la corrupción social tiene que aparecer muy acentuada en sus páginas. Los *Diálogos de las cortesanas*, de Luciano, por ejemplo, pintan lo que

indica su título, costumbres de cortesanas. Lo propio ocurre con el libro de Delicado, en el cual, propiamente hablando, no se describen las costumbres de Roma en el siglo XVI, sino las del mundo del placer y de la galantería romana, lo que es enteramente lo mismo. Sin embargo de esto, bien sabido es que la época en que escribió Delicado era extremadamente inmoral. El Renacimiento no había resucitado sólo el gusto por el arte y la literatura paganos, sino también la licencia de costumbres de la antigüedad. Inmoralidad material, descaro y ostentación del vicio, había más que ahora, aunque quizás la inmoralidad interna, la perversión de los espíritus, fuese, si no menor, más rara, menos generalizada. Había menos personas que pensaran y discudiesen por su cuenta, y por cada monstruo refinado, por cada tiranuelo de Italia, cruel, sensual, egoísta, desligado de los sentimientos y respetos humanos, había millares de inconscientes que gozaban alegremente de la vida, rindiendo culto, sin segunda intención ni complicaciones psicológicas, á la lujuria y á la gula.

En *La Lozana* se observa una gran libertad de lenguaje; se llama á las cosas por sus nombres sin eufemismo alguno, y aun se las llama con aquellos nombres, más llanos y bajos, que sólo en la conversación familiar pueden hallar acogida y disculpa. Esta franqueza en la locución, digámoslo así, es bastante general en la literatura novelesca de aquella época. La división entre la lengua escrita y la lengua hablada, que, como todas las diferenciaciones, es resultado de un progreso, se hallaba menos adelantada; se escribía aún como se hablaba, aunque iba operándose ya la separación de la lengua literaria, urbana, despojada de las crudezas y de las formas familiares de la conversación. Y escribiéndose como se hablaba, no hay que decir lo que se escribiría al retratar escenas y costumbres de personas acostumbradas á *hablar mal* y á proceder y á expresarse con todo atrevimiento y completa desenvoltura. Por eso *La Lozana* pertenece al número de los libros que no pueden recomendarse como de lectura común. Si no fuese como

es, bastante conocido, habría que ponerle por advertencia: *sólo para hombres*.

El autor pretende disculpar el carácter licencioso de su obra, diciendo que se quedó corto al pintar y que sucedía más de lo que él describe.... «en todo este retrato—dice—no hay cosa ninguna que hable de religiosos, ni de santidad, ni con iglesias ni eclesiásticos, *ni otras cosas que se hacen que no son de decir.....*» «no es mucho escribir una vez, lo que ví hacer y decir tantas veces». En otro lugar añade: «este retrato de las cosas que en Roma pasaban.....» Hablando del saco de la Ciudad Eterna por las tropas del condestable de Borbón, escribe: «*¡O vosotros que vernés tras los castigados mirá este Retrato de Roma, y nadie ó ninguno sea causa de que se haga otro.*» En lo que no pueden admitirse las aserciones del autor es, en lo relativo á que su propósito fuese enmendar las costumbres. La mera lectura de la obra demuestra que no hubo tal intención ética, á no admitir que la inteligencia del autor estuviese perturbada hasta el punto de poner medios diametralmente contrarios á ese fin hipotético. Hay que admitir, pues, que era aquella una protesta convencional, hecha acaso para cubrir las apariencias.

Literariamente no es *La Lozana* obra de excepcional valer. La locución es fácil, y en algunos pasajes no está desprovista de viveza y de gracia, pero carece de elegancia y de lima y la afea el uso y abuso de formas populares. El mismo autor lo confiesa en estos términos: «Si quisieren reprender que por qué no van muchas palabras en perfeta lengua castellana, digo que siendo andaluz y no letrado y *escribiendo para darme solacio* y pasar mi fortuna que en este tiempo el Señor me había dado, *conformaba mi hablar al sonido de mis orejas que es la lengua materna y el comun hablar entre mujeres*; y si dicen por qué puse algunas palabras en italiano, púdelo hacer escribiendo en Italia, pues Tulio escribió en latín y dixo muchos vocablos griegos y con letras griegas; si me dicen que por qué no fuí más elegante, digo que soy iñorante y no bachiller.....»

Pinta bien este párrafo cómo se escribió el *Retrato*; lo que dice el autor concuerda por completo con la impresión que deja la lectura. Escrito para solaz, *para darse solacio*, como dice Delicado, no fue sometido á corrección y lima, sino que salió al correr de la pluma, como pintura de cosas vistas, sin plan propuesto de antemano, llevando, así en el lenguaje como en la composición interna, un sello de espontaneidad y naturalidad, que es el mayor mérito de la obra. Hay en este libro perfecta correspondencia entre la locución y lo expresado: los defectos de aquella se encuentran igualmente en el desarrollo de la acción: el mismo desaliño, la misma falta de preparación y de arte. Pero hay allí observación de la realidad, donaire, sinceridad, franqueza..... sobre todo franqueza.

Ya ha llovido desde los tiempos en que escribió y que describe Delicado hasta los que ahora corren. Mucho hemos mudado desde entonces, muy abatida se ve nuestra pasada grandeza y muy reducidos nos hallamos en punto á poderío y dominio. Mas en algo somos consecuentes. En el mundo de la galantería romana las españolas ocupaban los primeros lugares. También ahora nuestras Oteros, Reginas y Carmencitas, son estrellas de primera magnitud en los cafés cantantes de París. De suerte que seguimos exportando este género, pese á todas las competencias, y ya que no podemos asombrar con grandes hazañas ó maravillosos inventos á los extranjeros, les deleitamos al menos enviándoles mozas garridas y jacarandosas, capaces de dejar bien puesto en cualquier parte el pabellón de sus flotantes faldas.

La nueva edición de *La Lozana andaluza* parece inaugurar una colección de libros picarescos. Y en verdad que hay materia sobrada en la literatura castellana de este género para formar una biblioteca interesante.

* * *

Entre las novelas publicadas recientemente que han llegado á mis manos, de las deseaba decir algunas palabras en estas crónicas; mas, hasta ahora, no he podido llevar á ejecución ese propósito por estorbarlo otros asuntos que reclamaban preferencia.

Una de ellas es *Redenta*, de D. T. Orbe, el cual es ya un buen escritor y será con el tiempo un buen novelista, si es constante en cultivar este género. En su libro *Redenta*—una novela de marcado matiz socialista—hay algunas hermosas páginas llenas de elocuencia; mas se notan también no pocos defectos, nacidos probablemente de la inexperiencia del autor en el arte de novelar. Falta allí difumino, claro obscuro, naturalidad en la manera de desarrollar la acción. Presenta el señor Orbe en su libro sentimientos y situaciones reales, pero á veces no acierta á presentarlas en su forma natural. Parece que los personajes de esta novela andan con las almas al desnudo, confesándose unos á otros lo más recóndito de su sentir, al revés de lo que en el mundo real sucede, donde hasta los más vehementes y espontáneos sentimientos, y aun los mismos gritos de la pasión, al revestirse de palabras ó de cualquier forma sensible, se tapan siempre con caretas, aunque sean estas caretas lo bastante transparentes y convencionales para que detrás de ellas se descubra el gesto.

Aparece, además, el Sr. Orbe influído por ciertos prejuicios ya bastante anticuados. Uno de sus personajes recuerda lejanamente al célebre Rodín, de Eugenio Sué. Tales tipos pertenecen ya al archivo de la novela. No tienen ambiente en la realidad actual, ni corresponden con lo que sucede en ella.

Con todo esto, *Redenta* es un libro interesante, en particular por su agradable y elegante estilo. Al revés de lo que sucede, por lo común, en las novelas, en ésta, cuando habla el autor, interesa más que cuando hablan los personajes. Y es que el autor es pensador y literato, mas no está todavía suficientemente iniciado en el arte de novelar para poder mover con facilidad y desembarazo á los personajes de su obra, y

darles el soplo de vida y las apariencias de verdad que requieren las creaciones del novelista.

El otro libro á que aludía es *Camila Sánchez*, novela del escritor americano Don Abraham Z. López Penha. Aquí, el ambiente es muy distinto del de *Redenta*; no palpita en esta obra pensamiento alguno social, ni en sus páginas encuentran eco las reivindicaciones de las clases menesterosas. La acción se desenvuelve en un medio tranquilo de limitados horizontes, en que los días se deslizan sosegadamente bajo la faz del sol. La sociedad que nos pinta el Sr. López Penha es una sociedad completamente provinciana, en que cada día es igual al anterior y al futuro que ha de seguirle, y en que todo el interés de la vida se compendia en los noviazgos de las muchachas casaderas y en la tertulia del boticario. ¡Felices los pueblos que no tienen historia!, se ha dicho, y esa impresión de dicha y serenidad obscura y sin ruido, deja, en efecto, el cuadro de costumbres que traza el autor de *Camila Sánchez*. Parece como que ha descubierto un rincón del mundo en que rige de verdad el *nihil novum sub sole*, y en que las horas se suceden unas á otras semejantes, sin traer problemas ni conflictos, ni más variación que la consiguiente á haber entablado Fulanita relaciones amorosas con Zutano ó á haber reñido Zutanita con Mengano.

Con tan nimio asunto, despierta, sin embargo, interés la obra del Sr. López Penha. La locución, algo incorrecta, como la de la mayoría de los escritores americanos, conserva, sin embargo, un fondo castizo, atenuado, empaldecido, á la manera de las telas antiguas cuyos primitivos tintes aparecen descoloridos por la patina del tiempo. Hay en esta obra cierta mezcla de candidez y de ironía, y el autor abusa de algunas licencias, como la de citar autores imaginarios por vía de donaire. Poco acertado paréceme también el uso de los nombres latinos de las plantas al describir un paisaje. Es demasiada botánica para lo que se gasta en la novela. A menos que la nomenclatura sea también de imaginación.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

REVISTA HISPANOAMERICANA

Sumario:—Los atentados de Chile y Venezuela.—¿Anarquistas?—*Cui pro-*
dut?—La figura de Errázuriz en Chile.—Las tentativas de dominación
en los canales del Magallanes.—El Archipiélago de Wellington en los
canales del Sur.—Conflictos de la Argentina.—El proyecto de conver-
sión del papel-moneda.—La revolución de Catamarca.—La política del
General Roca en declive.—Transmisión del Poder presidencial en el
Perú.—Romaña y los nuevos Ministros.—La herencia de Piérola.—
¿Cuba cubana ó Cuba yankee?—Votos de la anexión.—Los españoles
residentes y sus trabajos de unión.

Habíamos dado ya á la prensa nuestra anterior revista, cuando el correo de la América meridional nos impuso del infame atentado cometido en Santiago de Chile contra el Presidente de la República D. Federico Errázuriz. El telégrafo internacional, si lo transmitió á Europa, no trasladó la noticia á España. El suceso ocurrió el 30 de Agosto y sólo á una casualidad providencial se debió evitar la comisión de un nuevo delito contra la vida de un jefe de Estado más en aquel continente, donde, desde la emancipación de España, han sido tan numerosas las víctimas presidenciales de los odios que engendra la rivalidad política. Ahora se ha atribuído la mano criminal á las inspiraciones insidiosas de la anarquía. De cualquier modo, la preparación para el crimen se había hecho, burlando la vigilancia de la residencia presidencial, por medio de una bomba de explosivos colocada bajo las habitaciones en que

duerme el Sr. Errázuriz. La carga de la bomba consistía en 800 gramos de dinamita, teniendo el proyectil varias mechas arrolladas, que debían encenderse á dos cuadras de distancia. En el palacio de la Moneda ninguno se ha dado una explicación conveniente de la introducción de un extraño en el lugar donde la bomba se depositó, sin que nadie le hubiera visto; y en realidad el delincuente no ha sido hallado. El descubrimiento del delito que se proyectaba se debió á un empleado del Ministerio del Interior, que al pasar próximo al edificio presidencial, vió á un hombre descolgarse rápidamente de una de las ventanas, dándose á la huída. Sospechando de la comisión de algún robo, y hallándose á tal distancia del fugitivo que hubiera sido imposible darle alcance; sin poder dar gritos de alarma por la soledad en que se hallaba el sitio por donde el criminal huía, prefirió acercarse á la residencia del Presidente á dar cuenta de lo que había visto. Hízose entonces un minucioso registro en todo el edificio, y el resultado fue el hallazgo de aquel tubo metálico, en forma de U, cuya explosión hubiera destruído el palacio entero y aun algunos de los edificios contiguos.

Dada la respetabilidad y las simpatías generales que el Sr. Errázuriz goza en el pueblo sensato que gobierna, algunos periódicos quisieron quitar importancia al suceso, diciendo que el tubo no era un proyectil adecuado al objeto á que se destinaba, sino un trozo de cañería, y aunque no se niega la existencia de la carga, se discute la eficacia de los reóforos que debían hacerla estallar. Pero contra estos conatos de incredulidad, protesta la tentativa de análogo carácter que casi simultáneamente se ponía en ejecución en Caracas, la capital de Venezuela, donde el autor del proyectado crimen no eligió por víctima al Presidente Andrade, sino á su Ministro de Relaciones Exteriores. También abortó este conato criminal en medio de la revolución alzada en contra de los poderes constitucionales. No obstante, una y otra tentativa son hechos de indubitable gravedad, pues demuestran que en el seno de las

libres instituciones por que se rigen todas las sociedades políticas americanas, medran también los que con tenaz perseverancia y desde invisibles trincheras se proponen regenerar al mundo por medio de los periódicos horrores de sus sangrientos crímenes.

Si las tentativas de Santiago de Chile y de Caracas han sido movidas efectivamente por agentes del anarquismo, hay que confesar ó que estos hechos son una contradicción de la última tendencia que proclama la nueva escuela que se da el título de redentora de la humanidad, ó existe un engaño manifiesto en los que han dado al mundo el programa de su actual evolución. Los últimos crímenes de Ravachol, de Caserio, de Angiolillo y de Luccheni, no han sido aprobados por los directores del ideal anarquista, los cuales en sus escuelas y bibliotecas libertarias de París han proclamado que el anarquismo abandona el torcido camino de la propaganda por el hecho. Los atentados individuales han sido calificados de contraproducentes. Se ha declarado que sus autores, en lugar de haber contribuído á la propaganda de la idea reformadora, han sido una rémora para todos brutal, y se ha establecido que la revolución ha de hacerla la idea, produciendo corrientes colectivas, sucesivas y espontáneas, para las que hay que borrar del camino la huella terrorífera de la sangre.

Pero si los atentados de Santiago de Chile y de Caracas no son anarquistas, entonces, ¿qué son? ¿á qué se dirigen?

En Venezuela ha podido alentarle el estado revolucionario en que el país se hallaba, hasta que se ha obligado al Presidente, General Ignacio Andrade, á entregar el Poder y abandonar el territorio de la República, después de proclamada la presidencia de su rival al General Cipriano Crespo. Aun así, la tentativa criminal del 28 de Septiembre de hacer volar, por medio de una máquina explosiva, el Ministerio de Negocios Extranjeros, sería siempre un hecho altamente reprobable. Mas sobre el Presidente de Chile, ni se formulan los cargos que se aguzan contra el Presidente de Venezuela, ni en-

medio de las frecuentes crisis políticas que crean los partidos militantes, ó son resultado de las dificultades financieras, de orden político interior y de orden político internacional, que perturban aquella sociedad, el Presidente Errázuriz lucha con ningún otro aspirante á la alta magistratura constitucional, que ejerce con gran prestigio y popular aplauso. Errázuriz no es un jefe de Estado brillante que se da los humos de dictador y asume en sí todas las iniciativas. Errázuriz es un político perfecto dentro del régimen representativo del Estado que gobierna, y ni impulsa ni contraría por sí los procedimientos por los cuales se ejerce el ministerio de los altos Poderes en los Gobiernos de opinión. No se le conocen, por lo tanto, ni enemigos políticos ni enemigos personales, y aun sosteniendo con tanta sabiduría el justo equilibrio de su papel, todo el mundo le reconoce el alto patriotismo y el sumo acierto con que ha contribuído hasta aquí á la solución de los problemas más abstrusos que la dirección de los sucesos ha señalado á la época de su gobierno. Mientras la cuestión de los límites andinos conservó aquella acritud tradicional que hizo temer por momentos la guerra con la Argentina, no economizó medio alguno de dotar á su país de los poderosos medios militares de ataque y de defensa, que habrían podido ser, en lo humanamente calculable, garantía del éxito. Para llegar á soluciones pacíficas hubo que hacer algún sacrificio de personas que disfrutaban en Chile prestigios merecidísimos y de primer orden, y no titubeó en hacer esos sacrificios. A las entrevistas de Punta-Arenas fue imbuído de un gran espíritu de cordialidad y de un gran deseo de consolidar prósperas alianzas, y mantuvo con noble decoro su papel sin tener que hacer la menor concesión en la alta independencia de su suprema representación. Esta conducta seria no le ha obligado á ningún género de retractaciones, y Chile, que sabe apreciar bien la conducta de su primer magistrado, le respeta y le venera, y puede decirse que en todo el territorio de la República austral no habría una mano que se armase del puñal ó del pro-

yectil del homicida para atentar contra la vida de tal Presidente.

Los atentados anarquistas, aunque hayan aparecido dirigidos contra personas tan inermes como la Emperatriz Isabel de Austria, han llevado en el fondo siempre un pensamiento oculto de profunda perturbación. Francia pudo neutralizar este pensamiento en el asesinato de Sidi Carnot, reintegrando inmediatamente al Poder que quedó herido con una leal sustitución. En Austria, la figura del Emperador Francisco José goza demasiado ascendiente sobre los pueblos que gobierna, para que aquella desgracia se hubiera traducido en una revolución no preparada y prematura. Sólo en España el crimen de Angiolillo privó al país de aquella inteligencia que todo lo abarcaba, que había logrado condensar en sí todas las facultades directivas de los problemas pendientes y que asumía también en sí todos los respetos y todos los prestigios dentro y fuera de la nación. Así fue que, muriendo el Rey Alfonso XII en medio del conflicto de las Carolinas, las Carolinas se salvaron, y muriendo Cánovas del Castillo en medio del conflicto de las colonias de América y de Asia, las colonias cayeron en el fondo de su sepulcro. ¿Y qué problemas de esta entidad dependen en Chile de la vida del Presidente Errázuriz, Presidente que, dentro de su país, no lucha con ninguna rivalidad?

Líbrenos Dios de asociar á la idea del atentado del Palacio de la Moneda la cuestión de las islas de Wellington, de cuyo arrendamiento ó venta á una Sociedad de ciudadanos *yankees* se habló hace algún tiempo, produciendo la natural alarma en toda la América Meridional. Los antecedentes de esta cuestión, tocada ya antes de ahora en estas Revistas, son los que siguen. Cuando en el Senado americano se planteó la cuestión de los canales, y todo el mundo temió ver ocupados y anexionados á la gran República del Norte los territorios por donde hubiera de atravesar el que al cabo se practicase, ya perteneciese á la débil República de Nicaragua, ya á la exhausta Re-

pública de Colombia, inmediatamente aparecieron los compromisos contraídos con Inglaterra en virtud del Tratado Bulwer Leyton. Bajo la base de las inteligencias establecidas entre los Estados Unidos y el Gobierno de la Gran Bretaña para despojar á la Monarquía española de sus colonias, se hizo decir en los periódicos americanos que Inglaterra transigiría en la anulación de dicho tratado. Pero luego se habló de las medidas tomadas por el Gobierno inglés para poner en buen estado de defensa, y establecer estaciones marítimas de guerra en sus diversos dominios insulares de América, y entre estas posesiones se citaron las de las islas Malvinas, que, una vez bien fortificadas, constituyen la llave estratégica del Estrecho de Magallanes.

Apenas circularon estos rumores, los Estados Unidos se apresuraron á enviar al Estrecho el crucero *New-York* para hacer estudios de exploración en los canales del Sur y en los archipiélagos que bañan sus aguas, á fin de determinar la posición que sería más ventajosa á los Estados Unidos para negociar el establecimiento de un puerto de depósito para carbones, que se constituyera en el principio de dominación territorial que el Gobierno de Washington apetece sobre los términos australes del continente americano. Contribuía á apoyar estas pretensiones la disposición del Gobierno de Chile, que había anunciado la subasta de aquellos territorios solitarios é inhabitados, á fin de crear nuevos centros de población y de refugio que, como la ciudad de Punta Arenas, pudieran en poco tiempo convertirse en nuevos núcleos de tráfico y de explotación. El Gobierno chileno, en la base para los contratos que había formulado para los arrendamientos que proponía, había introducido la cláusula de que los arrendatarios podrían subarrendar, con autorización del Gobierno soberano, cualquiera porción de terrenos comprendida en aquellos, y luego dividió en dos lotes las vastas extensiones del archipiélago de Wellington. El lote del Sur fue rematado por una compañía capitalista de Valparaíso en una cantidad casi

insignificante, á pesar de lo cual, tuvo que abandonar el negocio en vista de lo improductiva que sería toda explotación que se intentase en terrenos espantosamente yermos y desnudos de las dádivas de la naturaleza, en tal manera, que cuando los visitó Darwin en su viaje á la Patagonia, declaró que sólo servían para dar una idea completa de lo que debía ser el infierno. Pero á la postura del segundo lote, situado más al Norte, se presentaron proposiciones por una suma casi fabulosa, con la fianza de la casa norteamericana de Grace y compañía, cuyas relaciones como banquero de esta clase de negocios con el Gobierno de Washington, no son un misterio en ningún Gabinete de América, y que era la misma que por el mismo tiempo trataba de adquirir el total de las acciones del canal de Nicaragua y enviar por su cuenta ingenieros que hicieran un nuevo estudio de su trazado, negociando directamente con el Gobierno de la capital de aquel Estado. No sólo llamó la atención aquella postura por las dos circunstancias referidas, sino por hacerse á nombre del Sr. Lumney, persona que desempeña en Santiago de Chile la Legación del Gobierno americano. Por último, el extremo de la desconfianza lo produjo el viaje solapado de exploración del crucero *New York* á los canales, con lo que ya no cupo duda acerca de las intenciones que podrían esconderse en la proposición de arriendo de aquellos territorios.

La alarma de estas desconfianzas las generalizó la prensa, siendo el *Magallanes*, periódico de Punta Arenas, el primero en dar la voz de aviso, publicando un artículo denominado *Estación carbonera norteamericana en tierras magallánicas*, y no fue preciso poner en el fogón mucha leña para que inmediatamente respondiera á aquel grito el incendio de la opinión en todo Chile y en toda la América meridional. Los periódicos analizaron todos los términos y todas las posibles contingencias de la cuestión, y haciendo una apelación vigorosa á las Cámaras chilenas, alcanzó al cabo que el honorable senador Sr. Mier Cox provocara una declaración explícita del Ministro

de Relaciones Exteriores, el cual, ante la actitud de los capitalistas ingleses de Valparaíso, que habían desistido del contrato celebrado sobre el lote de los territorios del Sur del archipiélago referido, declaró anuladas todas las demás proposiciones. Un voto general de aprobación se pronunció entonces en toda la prensa chilena, que escribió sendos artículos de triunfo sobre estas dos cuestiones, simultáneamente discutidas, y, aunque de tan distinto carácter, profundamente relacionadas entre sí: «La isla de Wellington—dijeron acerca de la primera—ni se vende, ni se arrienda.» Respecto á la segunda, que envolvía la venta de los buques de guerra que constituyen la poderosa fuerza naval con que hoy cuentan Chile y la Argentina, la opinión pronunció idénticos fallos, y *El Chileno* escribía: «El pueblo chileno sabe, y saben todos los pueblos sudamericanos, que la presente no es hora propicia para un desarme en este continente, y que todo aconseja á las naciones que, como Chile y la Argentina, han adquirido con graves sacrificios algunos elementos de defensa, no pueden ni deben desprenderse de ellos por ahora. Tiempo ha que, en unión de los espíritus más previsores de este continente, venimos poniendo el oído atento á ese zumbido de amenaza con que la gran potencia del Norte, hoy convertida, después de sus triunfos de las Antillas y las Filipinas, en una de las más fuertes del globo, se acerca á las Repúblicas sudamericanas. Ya no son un misterio ni son un sueño de visionarios alarmistas las gestiones que los Estados Unidos hacen para establecer su predominio sobre la América latina, después de haber acordado con los ingleses ese reparto del mundo en que dejan á éstos el Africa y Asia y se reservan entero el continente de Colón para mercado de su comercio, base de operaciones de su vasta política y alimento de su colosal ambición. Este peligro puede ser lejano, pero es real, efectivo y de tal condición, que un acontecimiento cualquiera, como la adquisición de un pedazo de tierra sudamericana por los Estados Unidos, podría precipitar y convertir en el más agudo y desesperante

conflicto que han visto las jóvenes Repúblicas desde que existen. Chile y la República Argentina necesitan mantener, mientras esa política subsista, fuerzas que indiquen, por lo menos, que no se abandonan indolentemente á la fatalidad. Las naciones más fuertes y mejor organizadas del continente tienen el deber de vigilar sobre el escudo previsoramente el desarrollo de los sucesos en esta materia, tendiendo á la vez á una aproximación entre sí, única esperanza seria que en un caso doloroso les quedaría. La hora, por lo tanto, es importuna, ni para hacer comprometidas concesiones territoriales que puedan ingerir en el país una base de reclamaciones futuras que dieran argumento especioso para otra clase de dominación, ni para que cualquiera de las Repúblicas sudamericanas se desprenda de sus elementos de guerra, no porque ninguna de ellas desee correr bélicas aventuras, sino porque hay un sentimiento de previsión que así se lo aconseja, *cuan- do el instinto con que un pueblo debe constantemente husmear el horizonte, recoge desde hace tiempo olorillos de peligros, har- to más graves que las estériles cuestiones en que hemos perdido medio siglo.*»

A estas resoluciones del Gobierno de Chile, y estas medi- tadas reflexiones de su más sana opinión nacional, ha respon- dido la tentativa criminal proyectada contra el jefe de aquel Estado, y providencialmente frustrada por la casualidad. Y todo el mundo se ha preguntado: ¿qué interés habrían tenido los anarquistas en la perpetración de este crimen, si fatal- mente se hubiera consumado?

*
*
*

Tampoco á la Argentina faltan, por desgracia, frecuentes quebraderos de cabeza, como si hubiera un interés clandestino en hacer abortar la policía del General Roca, sin que sea pre- ciso, para abrigar semejante sospecha, pensar siempre en el fantasma del influjo de los tortuosos caminos de la política in-

ternacional americana. Unos días son los galenses de la colonia del Chubut los que tratan de promover conflictos internacionales, que el Gobierno de Buenos Aires va resolviendo prudentemente con las resoluciones tomadas, así sobre la gobernación política de aquellos territorios, como con el establecimiento de las estaciones y escuelas agrícolas que promueve, y para cuya ejecución se ha asesorado de comisiones de vecinos de las mismas colonias en cuyo nombre se elevaron, hace pocos meses, las apelaciones insidiosas al Gobierno británico de que se hicieron eco las informaciones del *Morning Post*. Otras veces se le rebelan en forma desoladora y sangrienta las indiadas del Chaco, que le compelen á ejercitar en su sumisión fuerzas militares, que no pueden evitar los encuentros violentos ni los combates repetidos que se han librado en el mes de Septiembre último cerca de Napalpi. La proyectada solución de los problemas financieros, que son el eterno *Palladium* de todos los pueblos sudamericanos, ricos y pobres, fuertes y flacos, ha hecho resonar en los círculos de la opinión hasta la alarmante amenaza de la apelación á una intervención extranjera; y antes de hacer efectiva la intervención decretada por las Cámaras en la administración corrompida de la provincia ó Estado de Buenos Aires, ya la revolución de Catamarca ha creado un nuevo conflicto de poder y de autoridad, penoso de resolver, como lo son todos los que afectan á la unidad de soberanía y á la homogeneidad de la administración.

En el conflicto económico producido por la aprobación de los proyectos de la conversión del papel moneda, y la valorización del billete en el Senado, así como en la oposición sistemática que se ha hecho á todos los proyectos financieros que el Gobierno argentino ha presentado á sus Cámaras, se ve más la mano de Inglaterra que las deficiencias de leyes que son el resultado extremo de la necesidad. La valorización oficial del papel-moneda, será siempre un sofisma vivo de los Gobiernos si la cotización del comercio lo deprecia y atribuye otro signo inferior representativo del valor nominal. Solamente entre

este y el valor real, hay una justa correspondencia cuando las reservas en oro son proporcionadas al papel en circulación, y por desgracia en la Argentina el cambio del oro ha alcanzado proporciones alarmantes, que agravarán, sin duda, las nuevas disposiciones legales. Pero, no por esto, como se ha supuesto en las teorías sustentadas por el Dr. Pellegrini en el debate del Senado, acerca de la potestad soberana del Estado para fijar el tipo del valor fiduciario corriente, hay ninguna herejía jurídica, económica ni legal, ni se prestan, por lo tanto, á las graves declamaciones á que ha dado pábulo. Esta teoría la han hecho práctica los Gobiernos de todos los Estados que han atravesado crisis económicas tan graves ó más graves que la en que se encuentra en la actualidad la República Argentina. Los Estados Unidos la impusieron durante su revolución; Francia, en la suya, hizo lo mismo, y en la Italia moderna ha sido el instrumento por donde se ha ido llegando á su actual relativa regularidad. No había, por lo tanto, motivo para hablar de despojos legales y de intervenciones extranjeras, derecho que si fuera reconocido daría ocasión á los mayores atropellos de la soberanía de las naciones.

Es indudable que la Argentina, con intenciones rectas, camina á la regularización de su Hacienda pública por medio de la regularización de su administración tradicionalmente deplorable; pero estas reformas inevitables no pueden hacerse sin lesiones sensibles de los intereses creados á la sombra de las corruptelas que se quieren corregir, y que naturalmente han de oponer el máximum de su resistencia á las medidas de salvación. Que estos intereses que se sienten lastimados protesten y se escandalicen, nada tiene de particular. Sí lo tiene, que se arroguen una autoridad de que carecen, para levantarse á las amenazas que en el mismo Buenos Aires han formulado *L' Italia al Plata*, *La France* y otros periódicos extranjeros que allí se publican y que han repercutido por medio de sus corresponsales de la Argentina en *El Times*, *La Pall Mall Gazette* y otros periódicos de Londres. Esta actitud de

los periódicos ingleses es interesada, sin estar del todo exenta de razón. Inglaterra ha visto *oculis obliquis* las debilidades que el General Roca ha cometido con los Estados Unidos, principalmente en la negociación del tratado comercial reciente y de las tarifas concedidas al comercio norteamericano, que perjudica considerablemente al comercio inglés. Estas concesiones, también está en los derechos de la soberanía otorgarlas ó no libremente á los países con quienes no hay celebrados pactos privilegiados. Pero el argumento que contra esta conducta hace *The Mercantile Guardian* no tiene vuelta de hoja. Mientras la Argentina conceda á los Estados Unidos todas sus condiciones comerciales más favorables, para hacer sus empréstitos acude á los bancos de Londres y no á los de Nueva York. Si Inglaterra es buena para prestar su dinero á los argentinos, buena debe ser para obtener las mejores ventajas que con el tráfico internacional se otorgan á otras naciones. Así es que, á la completa indiferencia con que en la City se recibió el plan económico del Gobierno argentino, ha sucedido la agitación producida por las cartas de Buenos Aires dirigidas al *Times*, con el que han hecho causa común el *Standard* y el *Financial Times*.

Estos hechos prestan ocasión para juzgar de lo que en realidad puede ser y será siempre la base de las alianzas pretendidas entre Inglaterra y los Estados Unidos, cuyos intereses respectivos han de hallarse en perpetua oposición donde quiera que converjan. Pero al mismo tiempo dan idea cabal de la caída de prestigio en que ha incurrido el General Roca, por sus inconsecuencias, por sus vacilaciones y por la completa rectificación de su conducta ante el influjo en los Estados Unidos, que ó lo han hipnotizado con el famoso arbitraje de la Puna de Atacama, ó lo han aterrado con el veto impuesto á la alianza latina de las naciones americanas. En el terreno internacional esta era la alta representación que se atribuía al General Roca al venir segunda vez á la autoridad presidencial: en la esfera de la política interior, su misión se con-

traía á regenerar la administración, persiguiendo en esta regeneración la base de los progresos todos de la sociedad argentina. En el terreno internacional, ¡cuán diversos han sido los efectos de su viaje á Punta Arenas, de los de su visita á Río Janeiro! En Río Janeiro parece haberse destruído todo el edificio levantado con general aplauso en las entrevistas con Errázuriz. En el aspecto de la política interior, el doctor Pellegrini se ha interpuesto entre los votos del porvenir y las promesas no cumplidas del General Roca en el banquete que le ofrecieron en las antevísperas de su gobierno todas las altas fuerzas productivas é inteligentes de la sociedad que dirige.

Para complemento de esta caída ha surgido inopinadamente la revolución de Catamarca, que es otro síntoma de la debilidad de procedimiento y de la carencia de pensamiento directivo en que ha venido á substanciarse esta administración, que tantas rosadas esperanzas hizo concebir en las auras de su Poder. El estallido de la revolución catamarqueña se realizó en las primeras horas de la noche del 22 de Septiembre. Al frente del movimiento se pusieron el abogado D. Emilio Molina y el administrador de impuestos Sr. D. Antonio Rivera, secundados por gran parte de los jóvenes más distinguidos de aquella sociedad. Toda la noche duró el fuego, hasta que á la madrugada los sediciosos abandonaron sus posiciones, retirándose hacia el Este y dando por fracasada la revolución en la ciudad. El Gobierno local organizó la fuerza que había de perseguirlos, y que les dió alcance á 18 kilómetros de la capital, en La Isla. Los perseguidos manifestaron que se rendían; á pesar de esto, las fuerzas destacadas hicieron fuego sobre ellos, matando al jefe de la revolución y al distinguido joven profesor del Colegio Nacional D. Ramón Barros, tomando presos al otro jefe, el Dr. Emilio Molina, y al joven Alberto Furque, hijo del diputado provincial de este apellido: los demás revolucionarios pudieron escapar, dándose dispersos á la fuga. Ya en el combate en las calles de Catamarca habían sufrido los sediciosos la muerte de otros cinco de sus

compañeros, habiendo quedado heridos, además, varios de ellos, y entre éstos, y como simple curioso, el español Francisco Martínez, y durante el día 23 fueron presos en sus domicilios otra porción de personas, de las cuales en el mismo día quedaron algunas en libertad. Entre tanto, las noticias de los departamentos vecinos eran poco tranquilizadoras. Adalgalá se hallaba en armas. En Santa Rosa hubo combate y muertos. En Tinogasta y Belén, en Ambato, Santa María y Pallin la revolución había rechazado las fuerzas destacadas para pacificar dichos pueblos, y los telegramas particulares llenaban de alarma á Buenos Aires, porque no sólo denunciaban que había sido alevosa la muerte de Rivera y Barros, sino ponderaba los excesos cometidos por las fuerzas encargadas de la represión, á la par que la extensión que tomaba el movimiento. Este había sido producido contra las arbitrariedades del Gobernador D. Florio Castellanos, en quien, al parecer, las leyes no existían sino para que él las conculque. De cualquier modo, el efecto en la capital de la República fue tan alarmante, que la Cámara de los Diputados dedicó íntegra su sesión del día 23 á la discusión de este incidente, accediendo dicho cuerpo político á la solicitud de varios ciudadanos que pedían la intervención del Gobierno central. La intervención fue votada. El Ministro del Interior, D. Felipe Jofre, pidió oficialmente explicaciones al Gobernador Castellanos, así de la muerte de los que fueron arcabuceados en la posesión de La Isla, como de la prohibición dictada sobre la circulación de la correspondencia del correo nacional y la detención de los empleados encargados de distribuirla, y aunque en los despachos oficiales se negaron todos estos hechos, en Buenos Aires siguiéronse recibiendo noticias de los rigores y atropellos que se seguían cometiendo por parte de los delegados de la mencionada autoridad. Toda la colonia catamarqueña residente en Buenos Aires visitó al Presidente y al del Senado, General Mitre, y se suscribió por la juventud de Catamarca, residente en la capital, una instancia, en que se pedía la solución del

conflicto, «confiando al pueblo de Catamarca, por medio de una intervención amplia, la libre elección de sus mandatarios.»

Indudablemente, los sucesos de Catamarca son consecuencia ineludible de la condición natural de los Gobiernos regionales. Cada acto de oposición engendra una revuelta, ante las que los poderes centrales pueden ser tan impotentes, que nada puedan hacer antes de que se encienda con todos sus rigores una guerra civil. Pero en la Argentina, en el estado actual de las cosas, todos estos conflictos se suman en un solo concepto de descrédito para la administración del General Roca, á quien se acusa de carecer, más que de consistencia, de pensamiento, y que á fuerza de querer resolverlo todo por medio de aquellas habilidades con que un día se rinde al poder supremo de la Iglesia y restablece las relaciones diplomáticas con el Vaticano, y al siguiente envía pomposamente al Rey Humberto algunos caballos de regalo y prohíbe la exhibición de banderas pontificias en los templos católicos; todo lo empastela y deja peor que estaba.

¡Mal camino! ¡Por esa senda no se va sino al descrédito!

* * *

La transmisión del poder presidencial en el Perú, no sólo ha tenido toda la majestad de los actos aprobatorios de la sanción popular, sino que está llamada á deshacer en breve plazo esa serie continuada de amenazas revolucionarias que sucesivamente han llevado los nombres del General Cáceres, del coronel Vizcarra, del Vicepresidente Billinghursts, del diputado Negrete y del Dr. Augusto Durand, que han ido acaudillando las montaneras levantadas, ya contra el Presidente saliente, General Piérola, ya contra la legalidad de la última elección presidencial, ya contra la persona del mismo nuevo Presidente, D. Eduardo L. de Romaña, que por ser hombre nuevo no tiene blancos por donde herirle.

Desde luego ha causado en la parte inteligente de la sociedad peruana el mejor efecto que el nuevo Presidente tenga por base de su carrera sus estudios científicos profesionales, y que no sea un militar, sino un simple ingeniero civil el que encarna la alta magistratura de la nación. Generales han sido, desde la constitución de la República peruana, los Presidentes Orvegovo, Gamarra, Castilla, Echenique, Pezet, Prado, Balta, Cáceres, Morales, Bermúdez, etc., y cada una de estas presidencias ha equivalido á una verdadera dictadura. De Romaña se espera consolidar la consagración civil de su elevado poder, y que esta significación civilizadora redunde en la continuación de los grandes progresos políticos y materiales que el Perú indudablemente debe al magistrado que el 8 de Septiembre cesó en su misión constitucional.

Con el nombre de Romaña se asocian los de los vicepresidentes D. Isaac Alzamora y D. Federico Bressani, el uno abogado y el otro hacendista de larga carrera, y los de los nuevos Ministros D. Manuel María Gálvez, presidente del Consejo y Ministro de Relaciones Exteriores; el Coronel Domingo J. Parra, de Gobierno; el doctor Eliodoro Romero, de Justicia; el capitán de navío D. Camilo N. Carriles, de Guerra y de Marina; el doctor Mariano A. Belaunde, de Hacienda, y el doctor Calbos Basabre y Forero, de Fomento. Casi todos los departamentos de la República están representados en estos nuevos nombres, cada uno de los cuales, así en sus propias facultades como en su representación política, encarna un prestigio y una autoridad. Romaña, es de Arequipa; Alzamora, de Lima; Gálvez, de Caxamarca; Parra, del Callao; Romero, de Lambazequé; Carrillo, de Paita; Belaunde, de Arequipa también, y Forero, del territorio aún cautivo de Chile, de la suspirada Tacna. Las carreras respectivas son una garantía de que su colaboración en el Gobierno será fecunda y eficaz. Pero para ello hay que reconocer que han de hacer grandes esfuerzos y alentar muy nobles iniciativas, pues Piérola y los Ministros que bajo su inspiración han gobernado, han

tenido la fortuna de dejar, al concluir el período de su mando, sin déficit el presupuesto, duplicados los ingresos respecto á los que recibió al tomar posesión del cargo, y el suyo ha sido el único Gobierno que ha conseguido organizar en el Perú regularmente la estadística civil, la estadística de las Aduanas, la estadística de la producción y de la contribución, siendo enteramente suya la forma vigorosa de la administración, que deja reformada y establecida.

Los movimientos insurreccionales han tratado de perturbar esta labor patriótica y plausible con sus casi continuas algaradas; pero en todas partes y con todos los nombres han sido vencidos, y alguno de sus jefes lleva en la opinión general el título de ingrato. Un solo problema nacional no ha sido resuelto por Piérola en la medida de sus ambiciones: el que entraña el protocolo de las provincias de Tacna y Arica; pero el protocolo está en pie, con los compromisos contraídos por él por las dos partes contratantes. Las soluciones han de venir del cumplimiento que Chile dé á las obligaciones que por este tratado se ha impuesto. Chile lo ha retenido; tal vez se retracte; con todo, Piérola deja á su sucesor el deber de sostener aquel pacto, y Romaña ha aceptado esta obligación.

Piérola no desaparece del Poder sin dejar émulos, y no han faltado ya algunos de éstos que han pretendido someterlo á una especie de juicio contradictorio acerca de la integridad de su administración. ¡El presupuesto sin déficit! Este es el juicio de su pureza. Por lo demás, son recursos harto usados y harto desacreditados ya en América tildar á los adversarios caídos, de inmorales. Verdaderamente, con cortas excepciones, las realidades nunca han correspondido á lo descarnado de la acusación.

*
* *

Deliberadamente tratamos de excluir de estas Revistas cuanto se relaciona con nuestras perdidas Antillas, aunque en

ellas España conserve tantos intereses de los connaturales allí establecidos. Es demasiado pronto todavía para que se entibie en lo que con Cuba y Puerto Rico se relaciona, el dolor siempre vivo de nuestro patriotismo exaltado. Además, ¿qué podemos decir de aquellas provincias antiguas españolas que no nos sea causa de nuevas tristezas, ya que no de nueva desilusión? Todavía ayer alardeaban los que sostenían en las manos las armas que esgrimieron contra la madre patria, de que no las soltarían antes de que los Estados Unidos les hubiese integrado totalmente de su suspirada independencia. Pero en los primeros días de Septiembre regresaban á Nueva York los comisionados del Gobierno norteamericano que tuvieron á su cargo la distribución de los tres millones de pesos acordados para los soldados cubanos, á condición de que entregasen las armas. 33.692 de esos patriotas armados, tendieron en efecto la mano, y recogieron los 2.520.900 pesos que se les dieron. ¡Qué suma de patriotismo y qué celo de independencia! Tan altos sentimientos se vendieron al coloso del Norte..... ¡por dos pesetas!

La conversión hacia la anexión yankee, es cada día más poderosa é irresistible. Aquel Mr. Porter, amigo íntimo del Presidente Mac-Kinley, que después de la rendición de Santiago de Cuba y de los preliminares de la Paz en Washington, vino delegado á la isla para estudiar su situación económica real, é informar al Presidente, ha hecho revelaciones al *New-York Herald*, presentando como imprescindible la necesidad de la anexión «porque el capital inglés amenaza en Cuba la supremacía mercantil de los Estados Unidos». El *París*, periódico que se publica en la Habana, pide el protectorado perpetuo y permanente de los Estados Unidos para la isla, y en esta solicitud escribe: «No estamos solos; como nosotros piensan cuantos anhelan hallar una solución práctica para el problema cubano, cada vez más obscuro desde que la gran Antilla dejó de ser pertenencia de España.» Y otro periódico, augur de otros fatídicos destinos, añade: «Si en Cuba se hi-

ciera un ensayo de sufragio universal, el resultado significaría la constitución de una República de negros para dentro de poco tiempo. La población de la isla se distribuye entre unos 30.000 españoles, 150.000 cubanos blancos y el resto es población de negros. En el término de cincuenta años, esta población alcanzará la cifra de 2.000.000 de negros por menos de 150.000 de otras razas. ¿Qué República será entonces la de Cuba? El único medio de impedirlo es la incorporación de la isla á los Estados Unidos, como Estado, como territorio ó como colonia». Los estadistas americanos abundan en las mismas ideas, y este será el resultado final de aquella insidiosa guerra de emancipación.

Así y todo, tenemos aún que interesarnos por aquellos conacionales nuestros que allá han quedado unidos á sus intereses, aunque en plazo más ó menos largo serán definitivamente súbditos perdidos para España. Todavía se hacen entre éstos patrióticos esfuerzos por conservar la unión, y aun estrecharla más, como símbolo de una idealidad de patria que aún palpita en sus corazones, y bajo ciertos conceptos son plausibles esos esfuerzos. El Casino Español de la Habana, la Sociedad de dependientes y las regionales de Asturias, Cataluña, Galicia y la Montaña, forman parte de estos grupos en unión á los que ahora se congregan á la colonia española de Cienfuegos, cuyo manifiesto, dirigido el 25 de Septiembre último á los españoles residentes en aquella jurisdicción por el presidente del Casino Español, hemos recibido.

Nosotros no podemos menos de aplaudir esas nobles tentativas. Nunca, como en sus desgracias, la patria es más digna del culto de amor y de la fidelidad de sus hijos.

IOB.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—LITERATURA: Nuestros contemporáneos, según el teatro francés.—ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN: Los trabajos de la Universidad de Clark.—SUPERSTICIONES: El culto de los árboles.—BELLAS ARTES: Miniaturas de Códices españoles.—SOCIOLOGÍA: Las leyendas modernas.—HERMENÉUTICA: Los testimonios humanos.—IMPRESIONES Y NOTAS: Nombres de las obras sobre los rayos X.—Un nuevo drama de Hauptmann.—Las víctimas del régimen lácteo.—La confesión en la Iglesia primitiva.—El funcionarismo en España.—La literatura como oficio y como vocación.

LITERATURA

NUESTROS CONTEMPORÁNEOS, SEGÚN EL TEATRO FRANCÉS.— Descontada en toda obra dramática la parte de exageración debida al temperamento del autor y á la índole del asunto, queda como residuo el alma desnuda del tipo dramatizado, y en esos límites cabe decir que el teatro es el reflejo de la época, pudiéndose seguir en la literatura dramática mejor que en ninguna otra, la evolución moral y psíquica de la sociedad contemporánea.

Para establecer la clasificación de los diversos tipos sociales, no pueden admitirse ya los tres grupos clásicos de la nobleza, la burguesía y el pueblo, por la confusión actualmente existente entre cada una de estas agrupaciones. Hoy—como dice en la *Revue Bleue* Luis Chevallier—el talón del valor social es el dinero, y la vida sufre todas las transformaciones

inherentes á la mayor ó menor riqueza de que se disponga, sirviendo de base á la clasificación de los seres humanos en tres grupos: las gentes del gran mundo, brillantes, ociosas, superficiales y vanas; la gente burguesa, consagrada á la vida de familia y á las ocupaciones profesionales, y la clase obrera, de las ciudades ó del campo, siempre amarrada al yunque del trabajo cotidiano. Aparte de estos grupos, puede todavía estudiarse, como restos de lo que antes fue, el de la aristocracia, ya que en el teatro todavía produce algunos tipos especiales, que no es dado englobar en el primero de los tres grupos que hemos hecho.

El noble se presenta en el teatro del último cuarto de siglo bajo tres diferentes aspectos: el de la perpetuación del nombre, el de su papel en la vida social y el del empleo de su inteligencia. El rasgo común característico es el de la ignorancia completa, voluntaria ó involuntaria, de la marcha del tiempo, la petrificación del tipo por orgulloso desprecio de la vida popular y común, en la roca de las añejas tradiciones. En *Los fósiles* se les ve pateando los principios morales por tener un heredero de su nombre; en *Las dos noblezas* aparece la testarudez altiva del viejo gentilhomme arruinado, que prefiere dar su hija á cualquier colega tan arruinado y terco como él, á entregarla al hijo ilustrado y laborioso de su vecino el industrial; en otras obras, en fin, se les contempla en el pleno desarrollo de sus facultades, en posesión de *la carrera*, la única carrera que puede seguir un hombre bien nacido, la diplomacia, inútiles, echándola de personajes porque se han cruzado con un Archiduque, y contando misteriosamente las conversaciones sorprendidas ó solicitadas de algún Embajador. Por estas muestras, se ve que la aristocracia es algo así como un vehículo parado y enmohecido en el incesante desenvolvimiento de la vida moderna.

Las gentes del gran mundo favoritas de los autores dramáticos, ofrecen más amplio campo de estudio en su vida casera y mundana, siendo su característica la más completa in-

diferencia por todo lo que no afecta directamente á su tranquilidad ó á sus goces egoistas. Chevallier pasa revista á los tipos del gran mundo en la familia y fuera de ella, y recoge las notas salientes que presentan en el teatro.

En el matrimonio puede decirse en general que, ya los pinten idealistas como Feuillet, escépticos como Meilhac, ó belicosos como Hervieu, su estado normal es el adulterio. Juegan á él sin escrúpulos, sin disfraces, sin remordimientos, como si se tratara de la cosa más natural del mundo: el señor tiene su círculo, la señora sus visitas y su modista, y cada cual obra como lo tiene por conveniente, bajo el régimen de una libertad sin intervención. Ordinariamente se encuentra al amante instalado junto á la chimenea, precisamente cuando el señor está en el círculo, contando á la señora los escándalos del día, disputando de cuando en cuando con ella, y retirándose á media noche; el señor, de quien naturalmente es amigo, no sabe nada ó aparenta no saberlo, ó bien lo sabe, pero lo tolera y hasta lo agradece, rogando al amante que asegure la paz del matrimonio; en todo caso, es el matrimonio de tres, vulgar ó cínico, á menos de que todos se entiendan, y el señor elija una amante entre las amigas de la señora, y la señora un amante entre los amigos del marido, caso no raro que constituye el matrimonio de cuatro. Tal ha sido, durante muchos años, el único estado normal de los matrimonios del gran mundo presentados en la escena.

Hace poco, parece que se ha producido una reacción; pero es más aparente que real, como hecha en nombre de la independencia de la mujer. ¿Cuál puede ser la causa de ese modo de vivir en pleno adulterio? La falta de cariño, de todo lazo sentimental ó moral entre los esposos, unidos por el azar de un encuentro, por el trueque de dos ambiciones, viviendo como extraños bajo el mismo techo, expuestos á todas las tentaciones ambientales, sin freno alguno moral que les contenga.

Verdad es que hay algunas excepciones, casos en que existe amor recíproco entre los esposos; pero aun en tales casos es

tan frágil el lazo, que la menor ráfaga lo rompe, como sucede en *El perdón* y en *Georgina Lemeunier*. Fuera de estas excepciones, sólo se ven monigotes articulados, autómatas que hacen gala de sus culpas. En *Froufrou*, la soledad del hogar, fruto de la disgregación de gustos y de educación entre un marido serio y una esposa frívola que le abandona por su amante; en *El Acróbata*, la hostilidad latente entre una mujer romántica y un marido positivo, ó, como en *La esfinge*, entre una misteriosa incomprendida y un tonto; en *La Marquesita*, la indiferencia completa entre un sabio y una desvergonzada que corre de los jóvenes á los viejos; en *Enamorada*, el enervamiento, producido por la desigualdad sensual de una joven ardiente y un médico que se casa para descansar; en *La Condesa Romani*, la guerra declarada entre la ciega sencillez de un gentilhombre y el instinto depravado de una bribona; en *La extranjera*, el grosero desdén de un aristócrata, enriquecido por el matrimonio, hacia su esposa, plebeya y buena; en *Francillón* el reto de una esposa, celosa de sus derechos, á un marido vanidoso, cuya jactancia apresura la catástrofe; en *La invitada*, la deserción del hogar por el orgullo herido de esposa susceptible y el regreso por la curiosidad de madre privada de sus hijos; en *El reparto*, la lucha del descarro femenino y de la abnegación varonil entre una esposa sin conciencia y un marido demasiado bueno; en *La vasalla*, *El grillete*, *La ley del hombre* y *Las tenazas*, el doble suplicio, la insurrección á chorro continuo, la mutua recriminación contra la ley y las obligaciones del matrimonio.

¡Qué profunda obliteración del sentido moral, qué singular relajación de costumbres hace suponer esta serie de cuadros! La conclusión que de su estudio tiene que sacar el espectador y el extranjero es esta: la mayoría de los matrimonios parisienses y, por extensión, franceses, en las altas clases sociales, viven en el adulterio, y á veces por el adulterio; la querida y el amante son en Francia elemento normal de la existencia conyugal.

¿Y qué les empuja á semejante falta? Todo, menos el amor. «Yo me aburría—hace decir Emilio Augier á una de sus heroínas,—y he ahí cómo ha empezado eso; él me ha aburrido, y he ahí cómo ha terminado.» Ese es el resumen de la historia del adulterio, y á eso vienen á reducirse sus causas determinantes. En cuanto á las ocasionales son en las mujeres: el despecho en *Froufrou*, furiosa de ver ocupado por su hermana el puesto en el hogar que ella ha dejado siempre vacío; curiosidad y vicio precoz en *Miguel Pauper*; exaltación novelesca de imaginación pervertida, en *Acróbata*; neurosis imprudente y calenturienta, en *Margarita*; fanfarronada de la infamia, en *La Princesa de Bagdad*; sentimentalismo y sensualidad inextinguible, en la esposa cortesana de *Enamorada*; depravación inconsciente y cínica, en *La parisién*, que engaña por hacer lo que sus amiguitas, por moda, por buen tono; aburrimento, necesidad de intimidad confortable, en la sibarita señora de Salus de *La paz del matrimonio*; en ninguna parte amor verdadero, abnegación ni entrega de sí misma. En los hombres se encuentra la misma indiferencia; la mujer no es para ellos la esposa, ni la madre, ni la amiga, sino el ama de casa, un jefe del protocolo doméstico encargado de la etiqueta en las recepciones y comidas, ó un muñeco que se mira por costumbre al volver del Círculo, á menos de que sólo sea la esclava para el intervalo de los caprichos extraconyugales. La querida misma no es tampoco la compañera de las horas de locura junto á la cual se olvida todo, sino un lujo, una satisfacción de amor propio que se enseña como un buen caballo ó un caprichoso dije.

Consideradas fuera de la familia, las altas clases aparecen también como son: inútiles, frívolas y vanidosas. *Los inútiles*, de Cadol, aunque antiguos, son siempre reales, con su afán de matar el tiempo en torno del tapete verde, como *Los escándalos de ayer*, de Barrière, con la envidia de las condesitas á las aldeanas que se deslizan en su sociedad por la puerta grande del matrimonio, siguen siendo también de hoy. Hoy, las altas

clases, aristócratas ó advenedizas, están roídas por el cáncer de la ambición y por la sed del oro: los que no lo tienen, para adquirirlo, y los que lo tienen para gastarlo locamente. Desdenosos del trabajo, ignorantes del deber, dirigen su actividad á frivolidades costosas, comedias de salón, minuets y pavanas, carreras de caballos, ruleta y bacarrá, creación de chalecos y de corbatas sensacionales, citas en casa de los costureros de moda, rondas nocturnas á las tabernas artísticas y á los restaurants donde se cena, tal es el círculo invariable de la existencia cotidiana de estas gentes. Y como este género de vida exige muchísimo dinero y las fortunas actuales no pueden hacer frente á tales gastos, se emplean todos los medios para obtenerlo. El honor, el orgullo, el respeto á las tradiciones de la familia cierran á veces el paso: hay que pisotearlos ó retroceder, y en esta alternativa nadie vacila, y el ejemplo de los demás sirve de aliento y de disculpa. Hasta bajo el manto de la caridad, ¡qué de villanías y falsedades! Ved en *Los bienhechores* todas esas damas reunidas en asamblea general para la función de beneficencia; unas hablan de su modista y de los trajes que han de estrenar; otras dan citas, que nada tienen que ver con la beneficencia, y ninguna piensa realmente en los pobres.

No salen mejor librados los tipos burgueses, flagelados por la crítica de la escena más que ningunos otros. Aquí también hay sus excepciones, y *La querida legítima*, de Davyl, como *La señora Caverlet*, de Augier, son, á pesar de lo irregular de su posición, de irreprochable honradez, amando sinceramente y habiéndose entregado sin cálculo, como en *Musotte*, la antigua amiga de Juan, se ve á éste acudir sin vacilar á su llamamiento de moribunda, cerrarla los ojos, y recoger su hijo natural, acogido con cariño por la mujer legítima, que comprende y perdona; pero estas son situaciones excepcionales, y el tipo flandrónico de *Juan Baudry*, que renuncia á todo por amor á la dicha del prójimo, es tan extraordinario, que parece más bien un excéntrico que un hombre de cabal sentido.

En los *Fourchambault* de Augier, está presentado el estudio de conjunto de la burguesía: el marido, respetuoso con el bien parecer, abandona á su amiga en cinta, para casarse con una mujer rica y de mal genio que le hace temblar; la mujer, coqueta y vanidosa, se pavonea en las recepciones de la Prefectura; el hijo, egoísta sin escrúpulos, no vacila en engañar á una honrada jóven para divertirse; la hija, una tontuela sin corazón, que asegura á los diez y siete años que todos los maridos son iguales, y tomará el que le salga.

El egoísmo es la nota dominante en las familias burguesas: «Vamos, hijos míos,—dice un padre—arreglaos para que yo pueda comer con buen apetito.» «Vamos, hija mía—dice una madre—piensa en nosotros; yo tengo interés en este matrimonio porque me traerá relaciones muy agradables.» «¡Ay!—exclama una joven dirigiéndose á su novio repentinamente arruinado, para despedirle—¡si siquiera os hubieran quedado veinte mil francos de renta!»

Tras el egoísmo aparece la codicia, el afán del dinero, no considerado como fruto legítimo del trabajo, recompensa del esfuerzo ó de la audacia, ó como palanca de la energía productora, sino como un maná caído del cielo en forma de dote ó de herencia, para el solo fin del goce grosero. «¡Mi hijo no se casará sino con una rica! exclama el padre. «Genovevita mía—dice una tía á su sobrina—casémonos ricamente; ese es el gran negocio.» «¡Te casarás con una millonaria, galopín!»—dice una buena madre á su hijo en *Los bienes ajenos*. Para las clases burguesas, el dinero es lo que era el nombre para la antigua nobleza: el título que abre todas las puertas y da derecho á todos los respetos.

Si del «alma burguesa» se pasa á la «conciencia burguesa,» se la vé no menos estigmatizada en el teatro. El concepto de la moral absoluta, independiente del tiempo y del espacio, no lo tiene hoy apenas nadie. La gente, puesta en el caso de resolver un conflicto moral, no pregunta á su conciencia «¿qué debo hacer?», sino «¿qué haría un hombre de mi clase en este

caso? ¿Cuál es la medida de infamia y cobardía tolerada por nuestras leyes?» Al lado de estas conciencias, los autores han colocado tipos de criminales, de refractarios, de gentes que no se cuidan de las formas, pero que aparecen paradójicamente más simpáticos porque son capaces de un impulso generoso, sin cálculos ni restricciones.

Los obreros y aldeanos tampoco son mejores. Los aldeanos, sobre todo, aparecen en escena como rutinarios, déspotas y avariciosos; para ellos, la tierra lo resume todo, y el amor que les inspira aniquila todo otro sentimiento, haciendo de estas buenas gentes palurdos de corazón seco y de espíritu positivo, como en *Los rústicos*; el amor á sus bienes le hace amar la ley que le protege, y el temor á las revoluciones le hace profundamente conservador; su psicología puede encerrarse en dos términos: amor á la tierra, miedo al gendarme. En la joven generación, se dibuja, sin embargo, cierto cambio, y la instrucción mal dirigida despierta en estas clases, como en las demás, ambiciones de satisfacción imposible. Los hijos, aguijoneados por las culpables promesas de un porvenir mejor, dejan la granja por el estudio, y obtenidos sus títulos, van á engrosar la muchedumbre impaciente y agriada de los postulantes sin empleo.

En cuanto á la clase obrera, Manuel evoca en *Los obreros* el tipo del trabajador de hermosa barba, pensador y bueno, tal como lo habían concebido en 1848 los falansterianos, pregonando la unión de la blusa y el gabán; pero este ideal de fraternidad dura poco, siendo sustituido por el de la lucha de intereses en *Las dos noblezas*, *Los malos pastores* y *La comida del león*. Los obreros marchan en sindicatos, hablando gordo y amenazando siempre, brotando de sus ojos la gana de poseer, de gozar á su vez de todos los bienes de este mundo, y siempre dejándose engañar por las palabras sonoras de los que aspiran á dirigirlos para explotarlos. En el obrero, como en el labrador, no hay huella de sentido moral; conducido por sus instintos groseros, y alentado por el ejemplo de las demás

clases, se abandona á la corriente materialista, buscando el olvido en la embriaguez y esperando el gran día de la revolución social.

ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN

LOS TRABAJOS DE LA UNIVERSIDAD DE CLARK. — Un rico comerciante de Hubbardstown, J. G. Clark, que había hecho su fortuna en California y en Nueva York, ha querido (como dice en la *Revue des Revues* el Dr. Schinz, de Minnesota) dejar unido su nombre á una institución docente, fundando en Worcester (Massachusetts) en 1888, la Universidad de su nombre, y confiando la dirección de la misma al eminente pedagogo G. Stanley Hall.

El Dr. Hall, nacido en Asfield en 1846, hizo al terminar sus estudios en América dos viajes á Europa, visitando Alemania, Francia é Inglaterra, asistiendo á las lecciones de Zeller, Dörner, Trendelenburg, Kuno Fischer, Helmholtz, Du Bois-Reymond, Ludwig, Wundt, Brown-Séquard y Charcot, y encargándose á su regreso de una cátedra de Psicología contemporánea en la famosa Universidad de Harvard; una serie de conferencias que entonces dió sobre asuntos pedagógicos, fue para él y para el público la revelación de sus especiales talentos y de su aptitud para la pedagogía.

El artículo que en 1883 publicó sobre «Los conocimientos del niño á su entrada en la escuela», adquirió gran notoriedad, y fue como el programa de su futura labor, con sus ideas de reforma de la enseñanza en América, su método de trabajo por medio de cuestionarios, y su espíritu sugestivo é investigador, hallándose allí el punto de partida de su tesis favorita de que el niño no piensa por encadenamiento lógico de pensamientos, sino por imágenes. En aquel artículo, como resultado de laboriosa información, se ve que el 77 por 100 de los niños ignoran lo que es un cuervo, 54 por 100 lo que es un

carnero, 45,50 un puerco, 33,50 una gallina, 18,50 una vaca, 32 una pera y 21 una manzana; el 90 por 100 no saben donde tienen las costillas, 80 el corazón, 15 la frente y siete las rodillas; 65 por 100 no han visto nunca un arco iris (ó no les han dicho lo que es, si lo han visto); 35 por 100 no saben nada de las estrellas ni de la luna; 90 no saben de dónde procede el algodón, 89 la harina, 69 la lana, 55 la leña, 50,50 la mantequilla, 20,50 la leche, etc.

Antes de esta publicación, en 1881, el Dr. Hall había sido nombrado profesor de Psicología en la Universidad de Juan Hopkins, en Baltimore, y de allí salió al cabo de seis años para encargarse de organizar y dirigir la nueva fundación de Clark. Comprendiendo que no podía hacer la competencia á la Universidad de Harvard, la más famosa de los Estados Unidos, quiso que la nueva institución tuviera caracteres especiales que la distinguieran de todas sus similares, y al efecto la montó sobre las bases siguientes: 1.^a Hacer de Clark una Universidad á la europea, consagrada á los estudios posteriores al bachillerato, pues en los Colegios ó Universidades (términos allí sinónimos) de Norte-América, la parte principal de los programas corresponde á lo que forma en Europa los últimos cuatro años del bachillerato. 2.^a Especializar su obra, para lo cual no estableció facultades de derecho ni de teología, de medicina ni de letras ó ciencias, sino estudios de *Matemáticas, Física, Química, Biología y Psicología*, consagrandole especialmente su atención á la psicología, estudiada por medio de pacientes y originalísimas investigaciones de laboratorio, con predominante aplicación á la pedagogía. 3.^a Partir en todo trabajo del principio de la duda cartesiana, prescindiendo por lo tanto de toda teoría existente, y prohibiéndose establecer ninguna teoría nueva; hechos, hechos y hechos, sin comentarios, sin polémicas y sin tendencias de ninguna clase. 4.^a Asociar á los alumnos al trabajo de los profesores, coleccionando hechos, reuniendo opiniones, formando estadísticas y tablas de comparación, recogiendo diagramas, etc.

Nada da mejor idea de aquel género de labor que las publicaciones de los profesores. En psicología el *Curso de Psicología experimental* (dos tomos) del Dr. Sanford, se reduce á un seco relato de experimentos de laboratorio sobre los cinco sentidos y sobre las diversas facultades. En antropología, *El niño y la infancia en el pensamiento de los pueblos*, del doctor Chamberlain, forma un trabajo de benedictino de 464 páginas de interminable lectura, tratando, por ejemplo, el capítulo IV (*Tributo del niño á su padre*), de los *Nombres del Padre, Derechos del Padre, Padre rey, Padre sacerdote, Padre Dios, Padre cielo, Padre mar, Padre río, Padre hielo, Padre fuego, Padre sol, Padre tierra, Padre viento y Otros dioses Padres*. En pedagogía, no hay libro; pero existen multitud de obras y opúsculos sueltos de consulta, como el *Estudio sobre los miedos*, del Dr. Hall, consistente en un diluvio de hechos, relatados sin trabazón alguna, sobre el miedo de caerse, de perderse, de estar encerrado, del agua, del fuego, del viento, de los cuerpos celestes, de la obscuridad, de los sueños, del trueno, de los animales, de los ojos, de los dientes, de las pieles, de las plumas, de las personas, de la soledad, de la muerte, de las enfermedades, miedos religiosos y morales, miedo del fin del mundo, de los espíritus, miedos morbosos, miedos escolares y represión del miedo; más descarnados todavía son *La Memoria de los músculos*, de Smith, serie de cuadros enlazados por algunas palabras de texto; las *Investigaciones sobre los pensamientos y razonamientos de los niños*, listas de respuestas de niños á multitud de cuestiones; el *Examen de la memoria en los niños de escuela*, de Shaw, conjunto de cifras, estadísticas y cuadros; las *Dendropsícosis*, de Quantz, relatos de hechos provocados por la vista, miedo ó adoración de los árboles, etc.

Como medios de estudio, tienen los estudiantes: 1.º, las *clases*, que en general son poco frecuentes, pues una de las aspiraciones de Clark y de Hall es que los profesores se consagren á la investigación más bien que á la enseñanza, no de-

biendo dedicar más de dos horas por semana á las clases; 2.º, los *libros*, donde los alumnos encuentran materiales para sus trabajos de compilación, no cuidándose nunca de formular tesis nuevas, sino de resumir en un breve artículo las opiniones de los sabios sobre el asunto elegido; 3.º, los *laboratorios*, que cada vez adquieren mayor desarrollo, y de donde han salido trabajos como el *Estudio sobre las facultades motrices*, de Hancock; *La influencia del color de las superficies sobre nuestra estimación del tamaño de los objetos*, de Quantz, etc. 4.º, los *Syllabus* ó cuestionarios, muy en boga en Clark, método pedagógico cuyo alcance no deja de ser bastante discutido, aunque muchas de sus aplicaciones son de indiscutible valor (1); 5.º, las *Revistas* que el Dr. Hall publica para dar á conocer principalmente los trabajos de sus alumnos, y que son la *Revista americana de Psicología* y el *Seminario pedagógico* (2), redactadas casi exclusivamente por el Profesorado y por los alumnos de la Universidad, siendo uno de los más poderosos estimulantes del trabajo escolar, y apareciendo en ellas, al lado de no pocas fruslerías, artículos é investigaciones de innegable interés, como «El oído en los niños», «La

(1) Como ejemplo de este género de trabajos, pueden citarse las «Observaciones sobre los estudiantes de último año de Universidad que han elegido el curso de Psicología.» 1.º «¿Por qué habéis elegido esta rama del saber?» Cinco responden que por ser útil al estudio de la Medicina, treinta por serlo al del Derecho, veinte á la Teología, cinco á la Historia, cuatro á la Literatura y el resto por conocer los caracteres y saber cómo se debe obrar en la vida práctica. 2.º «¿Qué habéis ganado hasta ahora?» Seis dicen que nada, muchos que fundamentos para su fe, etc.» 3.º «¿Qué autores os han impresionado más?» Spencer, Kant, Emerson, Elid, Platon, Carlyle, etc.» 4.º «¿Qué asuntos os han interesado más? «A unos la evolución ó la cuestión de Dios, á otros la libertad moral, las curiosidades psicológicas, el idealismo ó el agnosticismo; la «psicología de los fenómenos religiosos», de Lemba; el «estudio sobre las muñecas», de Hall; la «sugestibilidad de los niños», de Small, etc.

(2) Acaba también de fundarse otra Revista, consagrada especialmente á las matemáticas.

escritura del espejo y de la mano izquierda», «La imitación en los niños», «La sugestividad en la infancia», «El espíritu burlesco en los niños y el de tiranía en los más fuertes», etc.

Hay en todos estos procedimientos y trabajos no poco meritorio, junto con nimiedades sin objetivo ni alcance práctico. Así, por ejemplo, en el famoso *Estudio sobre las muñecas*, que es el modelo del género, resulta de los informes adquiridos sobre 848 casos, que, por bajo de siete años, el 82 por 100 de niños y el 98 de niñas, han jugado con muñecas, y entre siete y doce años, las muñecas han servido de juguete al 76 por 100 de niños y al 99 por 100 de niñas; en cuanto al castigo favorito de las muñecas, para el 41 por 100 consiste en enviarlas á la cama; para el 34, en pegarlas; el 32, en azotarlas; el 25, en reñirlas; el 20, en encerrarlas en un armario; el 13, en tenerlas sin salir de la habitación; el 12, en encerrarlas con llave; el 17, en hacerlas estar quietas y sentadas; el 11, en sacudirlas; el 7, en abofetearlas; el 7, en hablarlas muy severamente, y el 5, en reprenderlas con aspereza; respecto á la clase de muñeca preferida, 191 prefieren muñecas de cera; 153, de porcelana; 144, de trapos; 116, de biscuit; 84, de porcelana y trapos; 69, de cauchú; 12, de porcelana y cuero; 11, de cartón; 7, de yeso, y 6, de madera; 199 niñas han dado á sus muñecas los nombres de sus amiguitas; 87, el más adecuado á la belleza de la muñeca; 54, nombres de capricho; 33, los nombres de los donantes; 26, el nombre de *Dolly* (muñeca); 21, cambian de nombres con frecuencia, etc.; 88 alimentan á sus muñecas con leche; 75, con pan; 62, con pasteles; 45, con agua; 33, con bombones; 27, con bizcochos; 19, con patatas; 8, con helados; 3, con uvas; 3, con nueces; 4, con sal, etc.

Uno de los inconvenientes más graves de los métodos de la Universidad de Clark consiste en que, por detenerse en los detalles, suele perderse de vista el conjunto; y otro no menos grave es el de suponer que los estudiantes llegan allí con suficiente preparación, cuando no pocos entran en Clark sin saber siquiera la historia de la filosofía, lo que les expone á

tomar como descubrimientos propios lo que ya está hace siglos resuelto. El filantrópico Clark y el pedagogo Hall merecen, sin embargo, todos los respetos y todas las simpatías por el entusiasmo y la fe con que han acometido la empresa trascendental de reformar los estudios universitarios y de abrir á la ciencia nuevos horizontes.

SUPERSTICIONES

EL CULTO DE LOS ÁRBOLES.—El sentimiento religioso—dice Ersilia Caetani en la *Nueva Antología*—que en el ánimo deja el solemne y misterioso silencio de los bosques, no menos que la veneración á ciertos árboles, se manifestaron en todos los antiguos pueblos en forma de culto especial, cuyo recuerdo han conservado tradiciones, libros y monumentos.

Antes que ninguno y sobre todos aparece aquel árbol paradisiaco de la Ciencia y de la Vida, que tanto figura en la historia del primer pecado. Semitas y arjos conocieron indistintamente el árbol del Cielo, de la Vida y de la Ciencia, el primero de los cuales tiene por frutos los cuerpos luminosos del espacio, el segundo produce una bebida que da la eterna juventud, y el tercero comunica la presciencia y la omnisciencia. Entre los caldeo-asirios, la imagen del árbol de la Vida era objeto de especial culto, constituyendo uno de los más elevados emblemas de la religión, y hasta entre los chinos se encuentra la tradición de siete árboles extraordinarios que florecieron en los montes Cuen-Lun, y uno de los cuales hacía inmortal á los que probaban sus frutos. La India misma tuvo sus árboles edénicos, entre los que se hace notar el que teniendo sus raíces en la tierra toca con su copa el cielo, que no es otro que el árbol de la Ciencia. En cuanto á los egipcios, creían que desde lo alto de un sicomoro vertía la diosa Nut en el alma del difunto la bebida de la inmortalidad, y por lo que hace á los persas, ponían á orillas de un lago paradisiaco

dos árboles, cada uno guardado por un genio, y uno de los cuales alejaba la muerte y otro producía todas las semillas. El tipo más perfecto de árbol cosmogónico es el que presenta la mitología escandinava en el Iggdrasill, que llegaba hasta el cielo como la Weltesche de los antiguos germanos, cubriendo con sus ramas toda la tierra y asentándose en su cima un águila.

Dejando á un lado los árboles fabulosos, vengamos á los que realmente han existido siendo objeto de veneración y culto. En el Antiguo Testamento se alude señaladamente al terebinto, bajo el que se manifestaba de ordinario la divinidad, y que por lo mismo era venerado, erigiéndosele altares y ofreciéndosele sacrificios. El *Ashera*, del que habla á menudo la Biblia no era, en el culto cananeo de Palestina, sino el simulacro de la diosa de la fecundidad y de la vida bajo la figura de un árbol ó palo adornado, á semejanza de nuestros *árboles de Mayo*.

Los árboles figuraron no poco en la mántica ó arte de adivinar de todos los pueblos semíticos, dando lugar á la folimancia ó arte de ver el porvenir por el ruido de las hojas agitadas por el viento, que se tenía por la voz de la divinidad.

Entre los caldeo-asirios el culto del ciprés era antiquísimo, venerando también el *Samullu* ó árbol de luz, al que estuvo dedicado un templo en Babilonia. Los árabes, por su parte, veían un árbol fatídico en el *Samurah*, de cuyas espinas, que servían de amuletos, se decía salían voces que predecían el porvenir, lo que trae á la mente el recuerdo de los árboles espinosos de la dolorosa selva dantesca, dentro de los cuales están encarceladas las almas de los suicidas, y de donde salen gemidos y suspiros.

Entre los árboles sagrados del paganismo semítico, la palma es, sin embargo, el más caracterizado. Baste recordar la soberbia palma que los de Negran, en el Yemen, conservaban en la parte oriental de la ciudad, y en torno de la cual se reunían una vez al año para celebrar sus fiestas: después de ador-

narla con telas preciosas, depositaban á su pie ofertas y dones, y le suplicaban hasta que de su centro salía la voz profética de un espíritu; entonces todos se postraban adorándola, retirándose después.

Los indios tuvieron también árboles y bosques sagrados, llamando al ciprés «árbol de Dios»; un uso bastante extraño era el de adoptar un árbol por hijo, é invocándolo como tal, adorarlo y suplicarle. El culto de los árboles estuvo siempre en boga en la India, y hoy mismo conservan algunos su puesto de honor á la entrada y en las plazas de las aldeas, existiendo el culto del *tulasi*, planta dedicada á Vishnú, cuyas hojas curan toda clase de males y hacen espeler el veneno de las serpientes.

En Persia, el Zend Avesta, calificando los árboles de *puros* y *santos*, excita expresamente á rogarles é invocarlos. El ciprés, sobre todo, fue objeto de especial veneración; Zoroastro plantó uno en Batras, que creció tanto, que pudo en poco tiempo sostener una grandísima sala; y se cuenta también que otro que plantó en Kirshmer, en el Korasán, pudo sostener un amplísimo palacio con dos magníficas salas, cuyo piso era de plata, el techo de oro y las paredes de ámbar y piedras preciosas. Por lo grandes, pueden juntarse estos cipreses legendarios con los dos plátanos de que habla Plinio: uno, en la Licia, tenía ochenta pies de circunferencia en la cavidad del tronco, y en él dió el cónsul Licinio Muciano un banquete á dieciocho comensales; el otro, en el territorio Veliterno, sirvió á Calígula para dar una comida, cabiendo bajo sus ramas, no sólo los quince convidados, sino todos los criados que asistían á la mesa. La religión zéndica hace de la figura esbelta del ciprés la representación de la llama.

En Persia, el culto de los árboles está muy arraigado; y sin hablar de lo que cuentan Sadi, Barbaro y Valle, es hoy mismo corriente ver, junto á las fuentes sobre todo, árboles de todas clases, de cuyas ramas penden telas multicolores que los peregrinos ofrecen supersticiosamente y que nadie se atreve á tocar, lo mismo que en tiempo de Herodoto.

En cuanto á los galos y germanos, Tácito cuenta la manera con que sacaban de los árboles presa gios, y sabido es que, según Roberto de Fulda, los germanos veneraban en el siglo VIII de nuestra era el altísimo árbol llamado Irminsul, siendo allí tan respetados los bosques, que los delitos forestales eran castigados con severísimas penas, teniéndose por cierto que quien dañara un árbol tenía que perecer en el mismo sitio con toda su familia.

En Grecia, la famosa encina de Dodona, el rumor de cuyo follaje debía expresar la voluntad de Jove, demuestra el alto concepto en que los helenos tenían á los árboles; el laurel de Apolo era estimado como el árbol saludable por excelencia; el olivo estaba consagrado á Minerva y plantado sobre la Acrópolis, pendiendo de sus ramas las armas divinas y sirviendo de divisa en las monedas de Atenas; el renombrado bosque de cipreses de Dafne en Antioquía fue religiosamente conservado hasta los días del Bajo Imperio; el agnocasto estaba consagrado á Juno, y sus hojas y ramas tenían la virtud de conservar la castidad, por lo cual las damas lo ponían en sus lechos durante las solemnes fiestas de las Tesmoforías; Baco tenía bajo su tutela los árboles todos, y especialmente la vid, y era costumbre colgar de las ramas de los árboles saludables coronas, tablas votivas y figurillas, ó tímpanos, crótalos y dobles flautas, si eran de los dedicados á Baco.

En Italia, el culto divino se celebró en las florestas desde la más remota antigüedad, dividiendo los etruscos á los árboles en dos grupos, favorables y adversos, correspondientes á los felices é infelices de los romanos. Todo árbol consagrado por la religión ó por el rayo era intangible, á menos de recurrir á los ritos de la *exauguratio*. Los tocados por el rayo eran funestos, y el propietario tenía que ofrecer por ellos un sacrificio á Júpiter. La higuera ruminal y la navia fueron los árboles más celebrados de los romanos: bajo la primera amamantó la loba á Rómulo y Remo, y sólo comenzó á secarse en tiempo de Nerón, lo que fue considerado de mal agüero; y la

segunda la plantó Tarquino Prisco en recuerdo del prodigio del augur Navio. Otro árbol antiquísimo era el *Cornus Romuli*: la tradición decía que queriendo Rómulo probar su fuerza, tiró desde el Aventino un palo con la punta en cuerno, que se clavó en el Palatino, sin que pudiera nadie arrancarlo; aquel palo reverdeció y se convirtió en verdadero árbol, que fue encerrado como cosa sagrada en un recinto murado.

Dos mirtos plantados ante el templo de Quirino, uno por los patricios y otro por los plebeyos, simbolizaban la unión de las dos clases; en 456 antes de Jesucristo, un cónsul tomaba por testigo á una encina de la fe violada por los écuos, y Plinio recuerda un loto de cuyas ramas se colgaban las cabelle- ras cortadas á las vestales el día de su consagración. Pero el árbol entre todos famoso era el pino consagrado á Cibeles, que debía ser llevado solemnemente el 22 de Marzo al templo de la madre de los dioses en el Palatino, envuelto en vendas de lana y cuajado de guirnaldas de flores, habiéndose creado en tiempo del Imperio el colegio sacerdotal de los dendroforios para el culto especial del sagrado pino, extendiéndose posteriormente esta institución á muchas otras ciudades del imperio romano, adquiriendo los dendroforios carácter de corporación comercial.

Bosques sagrados famosos fueron también el de los Arvales, ninguno de cuyos árboles podía cortarse sin antes cumplir ciertos solemnes ritos y sacrificios; y el de laureles de Livia Augusta, consagrados especialmente á la casa imperial, y en el que los emperadores acostumbraban á coger los ramos para entretejer sus coronas, plantando nuevos vástagos, habiéndose notado que á la muerte de cada emperador perecía el arbustillo plantado por él, y que poco después de la muerte de Nerón, último de los Césares, todo el bosque pereció de una vez.

El culto de los árboles subsistió durante toda la época del paganismo; y no pocos siglos después de la venida de Jesús, las Capitulares francas tenían que condenar la supersticiosa costumbre de adorar los árboles, hasta que la colocación de

imágenes de María bajo los árboles que el pueblo se obstinaba en reverenciar fue transformando poco á poco aquel culto pagano en culto católico, aunque todavía quedan en muchos puntos huellas inequívocas de la antigua superstición.

BELLAS ARTES

MINIATURAS DE CÓDICES ESPAÑOLES.—En el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, dedica el infatigable Presidente de la Sociedad, D. Enrique Serrano Fatigati, dos sentidos artículos al estudio de las miniaturas de nuestros Códices en los siglos del IX al XIII, ilustrando la materia con cuatro interesantísimas láminas que muestran los diversos tipos de ornamentación de los manuscritos y la evolución por que pasaron.

Entre los manuscritos españoles de autenticidad indiscutible, pueden citarse, como anteriores al año 1000, las *Decretales* de Gregorio IX, un *Misal* con la Crucifixión y las *Homilias* de San Gregorio, pertenecientes al siglo IX, y conservados todos en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, y las *Etimologías* de San Isidoro (Escorial y Academia), las *Morales* de San Gregorio y *El Fuero Juzgo Nacional*, con varios *Misales* y *Psalterios*, la *Exposición de los Salmos*, las *Homilias sobre los Evangelios*, el libro del cordobés Paulo Alvaro y el *Manual muzárabe*, guardados en la Real Academia de la Historia y correspondientes al siglo X. Del siglo XI se conservan Códices *Vigilano* y *Emilianense* y los *Comentarios al Apocalipsis de San Beato*, en el Escorial, así como el *Liber Comes* (Historia) el *Evangelionario* de Lorenzana (Nacional), una *Biblia* de la Universidad Central y los *Sermones dominicales diversorum* (Nacional). Del XII son la *Crónica*, de Pelagio; el *Misal*, de San Fagund, y parte de la llamada *Biblia*, de Avila, todos en la Biblioteca Nacional. En el siglo XIII, en fin, se despliega con todos sus primores la pintura en per-

gamino y vitela de las famosas producciones de Alfonso el Sabio *Las Cantigas*, *El Lapidario*, el libro de los *Juegos* y el *Saber de Astronomía*, todos en la Biblioteca de la Universidad Central; el *Breviario de Historia Católica*, del Arzobispo don Rodrigo, en la misma biblioteca; la *Biblia Sacra*, de Villafraña, y el *Almanson Rasis et Damascenus*, ambos en la Nacional, y dos Códices de Justiniano y unas *Decretales*, de Graciano, conservados los tres en el Archivo Histórico.

Con carácter exótico, bizantino, alemán, sajón ó francés, existen en las colecciones españolas otros preciosos manuscritos, como el *Codex legum longobardorum*, un Apocalipsis, varias Biblias y un *Psalterio*, en la Biblioteca Nacional; el *Códice Aureo*, en el Escorial, y las *Epístolas*, de Cipriano; el *Tratado sobre Ezequiel*, del beato Gregorio; las *Cuestiones hebraicas*; las *Epístolas* de San Pablo, y los *Comentarios* á las mismas, de Gilberto Porretani; el *Examen de San Mateo*, del beato Remigio, y las *Sagradas Escrituras*, de los hermanos Guillelmi de Altona, conservado todo en la Biblioteca Nacional, y perteneciente al mismo período de la Edad Media.

Aunque los momentos culminantes de nuestra cultura coincidieron con los del Imperio de Oriente, se hace difícil establecer la filiación artística de las diversas escuelas y producciones, pues si en arquitectura y escultura se formaron escuelas y grupos de maestros é imagineros, en los manuscritos, entonces y siempre, se reveló la individualidad del artista, ajustada á su educación, á sus gustos y á la apreciación subjetiva de los asuntos que estaba llamado á ilustrar con sus creaciones. Y si á esto se agrega que no siempre una obra ha sido exornada por el mismo artista que la empezó á ilustrar, como puede verse en no pocos manuscritos que, empezando con iluminaciones completas, siguen con meros perfiles y terminan con blancos, se comprenderá lo difícil que resulta la clasificación cronológica y artística de los dibujos, y que no pueden apreciarse éstos comparando en conjunto las obras de una escuela con las de otra, sino cotejando producciones homogé-

neas, Evangeliarios con Evangeliarios, Psalterios con Psalterios.

La evolución artística se hace por la humanidad entera, y ningún pueblo deja de sufrir el influjo de los que le han precedido en civilización, ni hay ninguno tan estéril que no aporte algo al progreso como fruto de su ingenio. Las influencias se propagan de un pueblo á otro, y se modifican por el que las recibe.

El Sr. Serrano Fatigati considera en la ornamentación de los manuscritos las representaciones *humanas* y las de *animales*, prescindiendo de la iconografía religiosa, y sirviéndole de base principalmente los *Comentarios al Apocalipsis*, de San Beato, varios tratados científicos y de Concilios, y las *Etimologías* de San Isidoro.

Estudiando las representaciones humanas, se ve desde luego en las miniaturas la superposición de las opuestas influencias que aparecen en el arte medioeval español; así, mientras la impúdica Roma figura ataviada á la europea en dos de los Apocalipsis, aparece vestida á la oriental en los otros dos; así la siega y la vendimia de unos Códices presentan tipos etnográficos, indumentaria y vegetación de una especie, y los de otros la ofrecen muy distinta, variando también los instrumentos de la vendimia, aunque constantemente se repite la hoz de la siega como prueba de lo extenso de su uso; así se ve, en la representación de los ángeles y ancianos que tañen instrumentos de música en los *Apocalipsis* del Escorial, que usan el monocordio, obteniendo las notas por los diversos modos de hacerle sonar, mientras que en los Códices de la Biblioteca Nacional y de la Historia, las figuras manejan una especie de contrabajo ó violoncello tricorde, apareciendo también la doble flauta, los platillos y las copas, mostrando los adelantos realizados de un siglo á otro.

En los Códices *Vigilano* y *Emilianense*, puede seguirse la lucha de las diversas corrientes que se disputaban el predominio en el arte y en la indumentaria en el suelo castellano. Los

dibujos son bárbaros, pues el monje Vigila de Albelda, aunque algo más antiguo, era más artista que el de San Millán de la Cogulla. Sus cabezas tienen más expresión y sus ropajes dejan transparentar la carne animada, mientras que los plegados y actitud de las figuras emilianenses son excepcionalmente amanerados. Las coronas que ciñen los reyes, las túnicas y mantos de los personajes, son bastante diferentes en unas y otras miniaturas, revelándose en las emilianenses decidida propensión á los tipos hieráticos, y en los vigilanos ciertos propósitos realistas y notable espíritu de observación.

Las conclusiones más positivas que de la comparación que de estos y otros Códices pueden deducirse, son las de que los miniaturistas vestían á los grandes personajes históricos con arreglo á lo que habían oído contar ó imaginaban, mereciendo poco crédito los datos suministrados por tales dibujos para la reconstitución histórica, mientras reproducían fielmente los ropajes de las clases sociales que les eran conocidas, así como todo lo relativo á mobiliario y útiles y operaciones de artes y oficios. La corriente nórdica y la oriental, dando por fruto el sincretismo, es la nota saliente de la ornamentación de los Códices españoles.

Por lo que hace á las representaciones animales, reales ó fabulosas, la fauna de las miniaturas no puede ser más pintoresca. El dragón y el basilisco clásicos, se mezclan con felinos y rumiantes de carácter realista, y los monstruos bicorpóreos con áspides y cocodrilos de imaginarias formas, mostrando cómo se alían los productos de la observación con las representaciones fantásticas tradicionales. En los marcos iluminados del Códice de Albelda, se entrelazan las exóticas figuras, que sólo de referencia eran conocidas por el artista, con perros y gatos, gallos y liebres, serpientes, *haganes* y *lendas*, barajándose con los monstruos de origen nórdico, exornados de típicos redondeles y bandas, las imágenes procedentes de animales orientales, y apareciendo como formas intermedias el felino en sus diversas variantes; la clásica sirena de cuerpo

cuadrupédico y cabeza femenina, y la *surec*, de análoga figura. Lo mismo en estas representaciones que en las humanas ya descritas, la superioridad artística del Códice vigilano sobre el emilianense es indiscutible, dentro de la común tosqueza que los caracteriza.

El cuadrúpedo tragasapos y la serpiente del Apocalipsis escurialense son más imperfectos todavía, no aventajándolos en nada los monstruos de otros muchos Códices. La mayor parte de estas figuras tienen significación simbólica, y á veces mero objeto decorativo, cuando no son copias de otros manuscritos, encajadas al azar como motivo de ornamentación. Las del Códice vigilano constituyen un verdadero *bestiario gráfico*, que permite estudiar la fauna real y la fabulosa de la época.

SOCIOLOGIA

LAS LEYENDAS MODERNAS. — «Quien bien te quiera te hará llorar», y en verdad que llorar hace Frantz Jourdain, que toma por lema este refrán para el artículo que publica en *L'Effort*, descubriendo no pocas humanas miserias.

«El mundo—dice—se ha atracado siempre de mentiras, y en los helados pantanos de la Escandinavia, como en las soleadas colinas de Grecia, el mito ha surgido siempre impregnado de la misteriosa nostalgia del más allá. Al envejecer, la humanidad se ha cansado de esas chiquilladas, y ha cambiado los alegres muñecos por graves libros. Hoy, orgullosa de su saber y de su racionalismo, no cree ya en los cuentos azules de antaño. Escéptica, práctica, egoísta, seca, ha reemplazado la fábula por la ciencia, pero sin mostrarse más noble, más generosa, ni más inteligente que en los pasados tiempos.

En lugar de las muertas creencias, han surgido nuevos prejuicios, y la sociedad moderna posee todavía sus dogmas, sus ídolos, sus templos y sus fetiches. Se ha decretado que sacer-

dotes y magistrados formaban una casta aparte, dotada de todas las virtudes y rodeada de todos los respetos, como si por vestir una toga se convirtiese en perfecto el ser humano. Se nos llena la boca hablando del «sacerdocio médico», como si no supiéramos que los médicos venden sus consultas y su experiencia como un tendero garbanzos ó judías, y que permanece tan indiferente ante un enfermo pobre, herido de muerte, como solícito con un rico, acometido por pasajero malestar. La infalibilidad de un pantalón encarnado y de un par de botas, se convierte en dogma, y Enrique Rochefort, que no comulga porque su doctor le ha prohibido los farináceos, se santigua devotamente ante la puerta cerrada de un Consejo de guerra.

Los artistas forman una especie de aristocracia feudal que hay que aceptar, so pena de pasar por «burgués», injuria grave en los tiempos que corren. Que un empleado enfermo caiga en la miseria, ó que un negociante, vencido por la mala suerte dé en quiebra, ó un obrero se rompa un brazo, cayendo de un tejado, el público pasa indiferente ante tales sufrimientos; pero que no le hablen de un artista desgraciado, porque su sensibilidad no lo aguantará, y el mismo Estado tendrá que darle un buen estanco ó algún buen momio. ¿Quiné cuenta los poetas sin valor que viven del presupuesto ó los malos copistas del Louvre, cuyas obras compra el Estado? Ante todo, hay que entenderse sobre el sentido real de la palabra artista. De cien sujetos que trabajan exclusivamente en lo que ha dado en llamarse ideal—Ideal y Compañía—noventa y nueve *hacen* arte lo mismo que si copiaran notificaciones de escribano ó midieran franela por oficio y por ganar dinero. Y los que llegan á ser caseros no se andan con bromas para tiranizar á los inquilinos de sus inmuebles, aunque sean artistas desgraciados; y en cuanto á corazón y generosidad, si no vacilan en tomar parte en ventas de caridad, donde se les hace buen reclamo, hacen en los demás casos lo que aquel pintor que se entretuvo en emborronar un dibujo en la habi-

tación de un jefe de estación mientras llegaba el tren, y cuando, al irse, el jefe de estación tendía la mano para conservar aquel recuerdo, el artista arrojó al fuego su obra, diciendo: —¡Dejaros eso! ¡Tanto valdría, querido, regalaros un billete de mil francos!

Por regla general, en el amplio mundo del Arte, los literatos tratan á los pintores de chapuceros, como los pintores llaman pasteleros á los músicos, que á su vez califican de idiotas á los escultores, de quienes se ríen por su parte los arquitectos, á quienes todo el mundo tilda de majaderos. En el fondo de su alma, ninguno siente sincera admiración más que por sí mismo, y todos execran por instinto las personalidades originales ó potentes, pudiéndoseles aplicar á casi todos esta gráfica expresión de los Goncourt: «¿Mis colegas.....? ¡Si tuvieran que votar por mí, no me nombrarían ni guarda campestre!» Sólo la medianía ó la estupidez merecen su benevolencia.

¿Se recuerda la feroz campaña contra Wagner, dirigida por el mismo Berlioz? ¿Se recuerda á Rude, dejado á la puerta del Instituto; á Barye, desdeñado; á Rodin, puesto en cuarentena por los pontífices de la escultura; á Viollet-le-Duc, humillado por sus «queridos compañeros»; á Delacroix, injuriado; Corot, privado sistemáticamente de la medalla de honor; Courbet, expulsado de la Exposición en 1855; Puvis de Chavannes, ridiculizado, y tantos y tantos otros hombres ilustres atropellados, desconocidos y pisoteados por quienes más debieran haber contribuído á su crédito y su gloria? ¿Y en literatura? Reléanse las críticas sobre Chateaubriand, Balzac, Víctor Hugo, Baudelaire, Poe, Heine y tantos otros, y se sabrán cosas instructivas; aunque reciente está el ejemplo de Lemaitre, mordiendo á Goncourt, Sarcey á Becque y Brunnetiere á Zola, sin hablar de los latigazos con que gentes sin nombre han fustigado á Mallarmé, á Tolstoi, á Huysmans y á Hauptmann. «¡Faubert!—decía no hace mucho un poetilla de diez y ocho años.—¡Ni siquiera le honro con mi desprecio!»

Los elogios los reservan estas gentes para sí solas, escri-

biendo sobre sus propias elucubraciones artículos sugestivos que son obras maestras de ridiculez; las notas enviadas á la prensa, que acompañan á los nuevos libros, son insoportables de fatuidad. ¿Y luego en los periódicos.....? «En el tercer acto, la sala delirante se retorció de entusiasmo», «Ese libro, del que todo París ha comprendido el alto alcance.....» «Nuestro eminente colaborador, que no sólo es un poeta exquisito, sino que.....» Brulat, en *Los reporters*, y Conte, en *El Infierno*, han descubierto en este género de juego torpezas deliciosas.

Como hay arreglos con el cielo, los más venenosos de estos tipos están siempre dispuestos á bailar la bamboula del éxito ante un título ó una gran fortuna: las espinas dorsales más encorvadas en el Elíseo, ante el Presidente de la República, eran las mismas que antes de la elección presidencial habían silbado con indignada energía al «innoble panamista.» La mayor parte de la gente pensadora hace creer que el talento, y hasta el genio, no tienen parentesco ninguno con el carácter. Los elegidos parecen tener sed de cobardía, de bajeza, de aplastamiento, de servidumbre, necesidad irrazonada de lamer pies completamente repugnantes. ¡Qué distancia tan enorme entre su alma real y la leyenda forjada en torno de su nombre!

IMPRESIONES Y NOTAS

NOMBRES DE LAS OBRAS SOBRE LOS RAYOS X. — Los rayos Röntgen—dice *Cosmos*—no tienen nombre fijo todavía, puesto que su mismo inventor no ha querido darles más que el de *Rayos X*, con notoria modestia. De aquí la diversidad de denominaciones de esta interesante parte de la Física, y la dificultad de entenderse para buscar y encontrar en libros, revistas y catálogos, lo concerniente á las fotografías obtenidas por medio de dichos rayos, y á las aplicaciones múltiples de los mismos. Estos estudios se conocen con los nombres de

Radiografía y radiograma en Francia.

Skiografía y skiagrama en Inglaterra.

Actinografía en Alemania.

*
* *

UN NUEVO DRAMA DE HAUPTMANN. — Gerardo Hauptmann acaba de terminar un nuevo drama, que llevará el título de *Cunegunda de Kinast*. El asunto está sacado de una historia legendaria de la Silesia. Cunegunda es una virgen guerrera, cuyo amor es solicitado por multitud de pretendientes. Cunegunda, que había visto morir á su padre cayendo á caballo de los bastiones del castillo de Kinast, propone á todos los paladines que aspiran á su mano, recorrer á caballo aquel mismo peligroso sendero, siendo su amor el premio del que salga airoso de tan difícil prueba. Muchos ensayan y sucumben, hasta que uno, por fin, logra su propósito; pero está casado, y confiesa lealmente á Cunegunda su situación, declarándola que ha intentado la prueba en favor de un amigo suyo. Cunegunda no acepta el cambio, y desesperada por lo imposible de su matrimonio con aquel valiente, se arroja de los bastiones del castillo, y muere como su padre.

El asunto es excelente para una ópera.

*
* *

LAS VÍCTIMAS DEL RÉGIMEN LÁCTEO. — Tal es el título de una obra publicada en París por el Dr. Jorge Meunier, y cuyas conclusiones pueden resumirse en lo siguiente:

El niño sólo debe alimentarse de leche y sus preparados, y el adulto sólo debe tomar leche en algunas raras enfermedades perfectamente definidas.

La leche es un alimento y no una bebida, y exige, por consiguiente, un trabajo digestivo que sólo pueden llevar á cabo un estómago y un intestino en buen estado de salud.

La leche no puede ser bebida por los niños, sino mamada, de modo que la saliva pueda empezar en la boca el trabajo de la digestión.

La mayor parte de los medicamentos producen escaso ó ningún efecto terapéutico cuando se toman simultáneamente con la leche.

La leche, lejos de ser una panacea universal contra todas las enfermedades, es, en ciertos casos, muy perjudicial, particularmente en las manifestaciones febriles en que la dieta es de rigor.

Importa beber la leche muy lentamente, teniendo cuidado de que haya, entre cada comida de leche, un espacio de tiempo suficiente para la digestión.

Debe fijarse mucho la atención en la procedencia de la leche, pues su composición varía según la alimentación de los animales que la segregan; es preocupación muy arraigada y extendida la de que la leche es mejor cuanto más manteca contenga, cuando esta leche se obtiene precisamente suministrando á las vacas alimentos fermentables, y es sumamente indigesta.

* * *

LA CONFESIÓN EN LA IGLESIA PRIMITIVA. — Lea, autor protestante, ha dicho: «La Iglesia primitiva no ha conocido más penitencia que la pública; esta penitencia no era sacramental; luego el sacramento de la penitencia no existía en los primeros siglos del Cristianismo.» El P. Harent, en los *Etudes*, refuta esta tesis probando la falsedad del hecho en que se funda.

En el libro de Martene, *De Antiquis Ecclesiæ ritibus*, se encuentra esta antiquísima orden: «Tunc da ei pœnitentiam secundum quodque peccatum quod peccaverit, sicut in pœnitentiali continetur: et post absolvat eum sacerdos ne forte ei superveniat subitanea mors, et ligatus de hoc sæculo abscedat;»

todo esto lo ha de hacer el sacerdote después de haber confesado al fiel que viene á pedir penitencia.

Los Santos Padres y los escritores eclesiásticos no dejan tampoco lugar á duda alguna, como lo prueban las instrucciones dadas por San Agustín á sus sacerdotes en los momentos de la persecución que sufrieron, las del Papa Celestino I á los Obispos de Viena y Narbona, y las respuestas de San León á las consultas que le dirigió el Obispo Rusticus, no siendo posible confundir con la penitencia pública la penitencia sacramental á que todos estos documentos se refieren.

* * *

EL FUNCIONARISMO EN ESPAÑA.—Con motivo de las proyectadas economías en los presupuestos, se han echado á volar en multitud de periódicos y Revistas, nacionales y extranjeros, estadísticas de todo género, la mayor parte de ellas defectuosas. Las más exactas son la publicada por *La Estafeta*, y la comparativa de España con otras naciones inserta en *El Economista*. La de *La Estafeta*, se refiere sólo al personal civil del Estado, y es la siguiente:

	Presidencia.	Estado.	Gracia y Just. ^a	Gobernación.	Fomento.	Hacienda.	TOTAL
De 600 pt. á 2.000	»	»	»	»	»	»	26.470
De 2.001 » á 5.000	42	168	593	1.393	2.880	2.303	7.379
De 5.001 » á 8.000	15	67	304	64	411	230	1.091
De 8.001 » á 12.500	8	43	302	59	85	68	565
<i>Totales....</i>	65	278	1.199	1.516	3.376	2.601	35.505

La de *El Economista*, con datos tomados de Turquán, da el resultado que sigue:

	Empleados.	Población en millones.	Proporción por 1.000.
Francia.....	416.000	38,5	11
Austria-Hungría.....	63.535	41,3	1,6
Bélgica.....	47.880	6	8
España.....	51.268	17,5	3
Italia.....	90.618	31	3
Rumania.....	20.006	6	4,8

Las cifras exactas del personal retribuido por el Estado, incluyendo á cuantos perciben haberes del mismo en el presupuesto de 1898-99, entre los que figuran, por consiguiente, todos los funcionarios civiles, clero, monjas, militares y marinos, son las siguientes, según datos sacados del presupuesto de 1898-99:

	Funcionarios.
Presidencia del Consejo.....	155
Ministerio de Estado.....	358
Gracia y Justicia.....	34.556
Guerra.....	90.006
Marina.....	21.739
Gobernación.....	9.623
Fomento.....	9.163
Hacienda.....	23.097
TOTAL.....	188.695

Si en los datos de los presupuestos de los demás Estados arriba transcritos figurasen todos los funcionarios incluidos en el nuestro, las cifras totales arriba figuradas aparecerían mucho más crecidas, pues sabido es que Italia, por ejemplo, no cuenta con menos de 300.000 funcionarios.

*
*
*

LA LITERATURA COMO OFICIO Y COMO VOCACIÓN. — Camilo Mauclair consagra en *La Nouvelle Revue* un artículo al estudio de las condiciones materiales y morales de la vida del escritor en París, mostrando que allí, como en todas partes, y

en esa profesión como en todas, la vida es dura y el éxito difícil.

El oficio de literato—dice—es prácticamente un oficio difícil, de progresos muy lentos, que exige dones especiales, retribuido, poco más ó menos, como el promedio de los cargos públicos, con mucha menos seguridad, facilidad y descanso, y gastando mucho más la moral de quien lo ejerce. La única base posible es, en suma, en esta profesión, como en todas, la fortuna personal que permite esperar beneficios y escribir según los gustos de cada cual, ó un matrimonio que permita suplir á esta falta de fortuna. La inestabilidad de los salarios, el inicuo reparto de los beneficios, acaban por hacer de esta profesión una de las más contrariadas. Sus ventajas son brillantes, de pura exterioridad y vanidad; pero su labor es grande é ingrata y sus beneficios harto pequeños.

Y es que en el fondo existe en esta materia un extraño y misterioso error: la literatura no es, en efecto, *una carrera, sino una vocación y una misión*. La literatura no es un entretenimiento elegante, ni una aristocracia, ni un oficio. Se vende y se estima en salarios por convención de costumbres. En realidad es una misión moral y una dura, pesada obligación, incompatible con la vida ordinaria. No se asimila á un trabajo remunerador y á una profesión sino por una serie de necesidades y de subterfugios. Si se ha convertido en un oficio es por fuerza, pero no debía serlo.

Lo consolador es que hasta para ciertos escritores que viven como los demás, no es un oficio, y que los fuertes, los sinceros, los innovadores, no lo tienen por tal; saben perseguir en el periódico, el libro y la revista, la difusión de sus ideas personales, no renegando jamás de sí mismos. El único lado bueno del periodismo, su única disculpa por el daño que hace á las letras, es que divide claramente á los escritores en dos clases: los que se le resisten son verdaderos hombres, los que se le doblegan caen en la literatura comercial; y en seguida se puede distinguir á los escogidos entre los talentos de moda.

Por más que los escritores de vocación y de raza se forjen una carrera, son siempre, y ante todo, los independientes y los sacerdotes de cierto culto, que es la religión, el apostolado literario.

Para ellos, por encima de los aficionados y de los comparasas de la literatura, el don de escritor es una obligación grave, profunda, que crea estrechísimos deberes morales y obliga á la constante vigilancia de sí mismo para que la vida del escritor sea coherente con sus pensamientos y sus libros. Para ellos el papel de literato es importantísimo, ya se limite á la creación de obras sabias destinadas á selecto y reducido público, ya pretenda ejercer una acción social sobre su tiempo. En ambos casos no hay oficio, sino misión, devoción de sí mismo, á un fin abstracto é ideal. Después vienen los beneficios, si quieren y pueden venir; si es la pobreza la que resulta, tanto monta. Un escritor debe estimarse investido de un terrible cargo al que no puede sustraerse, y que ha de sujetarle toda la vida. Está obligado á ser moralmente doblemente intachable, por sí y por los demás.

FERNANDO ARAUJO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Funzioni pubbliche e atti amministrativi, por Guido Cavaglieri.—Un vol. de 109 págs.—Turín. F. Bocca, editores; 1898. Su precio, una lira.

Comprende esta interesante monografía dos partes muy distintas, aunque relacionadas en cierto sentido, en cuanto los conceptos capitales de la primera son supuestos muy importantes para la interpretación de las ideas expuestas en la segunda. Estudia, en efecto, el autor primeramente las funciones públicas, y luego trata de formular una doctrina jurídica y política de los *actos administrativos*, materia esta de las más difíciles é importantes en el derecho del Estado; y, como él mismo advierte, «antes de fijar, según el carácter general de las legislaciones vigentes, el concepto y la importancia del acto administrativo, debemos investigar brevemente cuáles son, según la doctrina más admisible, las bases sociales y jurídicas de la función pública, de la cual el acto administrativo es una de las más vivas é importantes expresiones».

He aquí ahora, en pocas líneas, cuál es el contenido del trabajo del Sr. Cavaglieri. Estudia los caracteres de la actividad social, la teoría jurídica acerca de la acción del Estado, con la determinación del fin jurídico y ético de esta acción, pasando inmediatamente á señalar el concepto de la función

pública, cómo surge y se desenvuelve ésta, y las tendencias que se advierten en dicha función pública. Y hecho esto, se detiene el autor á formular la doctrina de los actos administrativos, cuya idea formula definiendo su naturaleza jurídica, sus caracteres, sus formas, su eficacia y su régimen, especialmente su régimen desde el punto de vista de las exigencias jurisdiccionales.

A. POSADA.

Alma contemporánea; estudio de estética, por J. M.^a Llanas Aguilaniedo. Huesca, 1899.—Un volumen de 339 páginas, 3 pesetas.

Por lo mismo que la vida social contemporánea, igual que la vida social de todos los tiempos, que la vida individual humana y que la vida en todas sus formas y manifestaciones, no puede menos de ser perfectamente orgánica, el espíritu entero de la misma se halla indefectiblemente presente en cuantas expresiones ella reviste, sin que pueda darse contradicción real (sino á lo más aparente) entre unas y otras, y por eso el arte de cada época adopta fundamentalmente el mismo matiz que su ciencia, que su religión, industria, política, justicia, etc.; no de otro modo que la religión, el arte, la ciencia de un individuo, ramas todas del mismo tronco, se parecen sin remedio entre sí, siendo débiles ó robustas según lo sea la mentalidad que les presta su savia. Por eso me parece perfectamente ociosa, si se fija uno un poco, la famosa y tan manoseada cuestión acerca de la importancia respectiva del fondo y de la forma en las obras artísticas, pues la forma—que según muchos es lo único esencial en ellas—puede decirse que no es sino el cristal (más ó menos lindo y pulimentado, de este ó el otro color) por donde se transparenta al exterior el alma del artista, y mediante ella la de la colectividad social en que el mismo vive y de la que forma parte; siendo por eso tan diversos los problemas que en las obras de arte se tocan (planteán-

E. M.—*Noviembre* 1899.

13

dolos solo, ó procurando también resolverlos, según los casos), como lo son los pueblos, las épocas, las circunstancias en que las tales obras se producen. Para que la obra de arte interese, es menester que impresione las cuerdas sensibles del público, que el alma del artista vibre en cierto modo al unísono con la de éste; lo que significa tanto como que ha de tratar las cuestiones (grandes ó pequeñas, según sean también grandes ó pequeñas las almas que van á ser impresionadas) que preocupan á las personas que van á contemplarla. Y como el alma de cada cual está moldeada necesariamente en relación con los factores que en *su* medio dominan, claro es que no le preocupan más problemas que los que en este *su* medio se agitan. Es por lo mismo imposible que los artistas de nuestro tiempo, v. gr., consigan deleitar, interesar, hacer que gusten al público, que llaman selecto, de nuestro tiempo, las obras adecuadas al gusto de la parte selecta del público de hace dos mil años, aquellas obras cuyos asuntos eran hace dos mil años de «palpitante» actualidad, verdaderos problemas sociales de entonces, pero que ahora no son más que simples recuerdos históricos; como es igualmente imposible que las producciones de un artista que sepa remover el alma de *l'élite* intelectual de nuestros días, de la verdadera *élite*, por servirle en ellas manjares de su gusto, interesen y gusten en la misma medida al gran público, á aquel *infinitus numerus* que, nuevo San Antonio, si vive con el cuerpo en las postrimerías del siglo XIX, con el espíritu vive y comulga poco menos que con los habitantes de la edad del bronce, y se preocupa exclusivamente con las mismas cosas y cuestiones que aquellos nuestros antepasados.—Justamente porque las obras de arte que no tienen más que forma, ó cuyo fondo no llega á constituir para nosotros verdadero problema que nos interese, carecen de valor para el que las contempla, es por lo que existen tantos millares de personas atacadas del mal del *snobismo*, y por lo que si todo el mundo fuera sincero, ó cuando menos en la hora de la muerte hiciera una confesión verdad, serían muchísimos los que de-

clararían, como el otro: «Aunque otra cosa he dicho en vida, *me cargan* Homero y Dante, y tantos otros que pasan por artistas de primer orden; no resisto la lectura de Ibsen y de Hauptmann; no veo nada de particular en tal construcción gótica ó bizantina.»

En las obras artísticas contemporáneas de artistas verdaderos, cultos, de aquellos que las producen para el gusto de la minoría más selecta de la población, palpita entero el espíritu de la vida moderna y se revela el mismo estado de crisis que á ésta trabaja. De aquí ese sinnúmero de direcciones, matices y hasta originalidades y singularidades (aparentes al menos) como se advierten en el arte y en los artistas de nuestros días (naturalismo, realismo, misticismo, socialismo, anarquismo, simbolismo, decadentismo, estetismo, psicologismo, aristocratismo, tolstoismo, ibsenismo, etc.. etc.), todos los cuales traducen—cada cual á su modo y según el punto particular de vista, el temple mental y la educación científica y artística de las escuelas y de sus mantenedores!—los diferentes problemas que monopolizan actualmente la atención de los pensadores en los países que se llaman civilizados.

Ahora, el libro del Sr. Llanas se ocupa con mayor ó menor extensión de todos los puntos á que hemos aludido y de otros varios, y se ocupa de ellos con bastante competencia y muy aceptable criterio, aunque también, acaso muchas veces, con un lenguaje y estilo un tanto nebuloso y falto de la claridad apetecible. Yo soy muy amante de que las ideas se tengan bien definidas, y de que se expongan á los lectores de una manera tal que les ahorre todo el trabajo interpretativo posible. Si es verdad que hoy se vive muy deprisa y que necesitamos economizar el tiempo, me parece que todo escritor está obligado á expresar sus ideas en forma precisa, concreta y clarísima, empleando él en esmerarse para lograrlo aquel esfuerzo que de otra suerte tiene que hacer el lector para enterarse bien de lo que lee, con lo cual tarda en la lectura mucho más tiempo y gasta muchas más energías de las que debiera. Yo

creo que un libro vale menos de lo que valdría de otro modo, cuando al trabajo de atención que natural y forzosamente supone toda lectura, hay que añadir el que exige la labor interpretativa de las palabras ó frases, labor muy análoga á la del que lee en una lengua extranjera, no tan conocida para él, que pueda pensar en ella y librarse de una traducción mental de sus palabras á las de la lengua propia.

Además de hablar el Sr. Llanas de la evolución literaria en general en España y de las principales tendencias literarias de nuestros días, á lo cual dedica los primeros capítulos de su libro, trata también en éste—consagrándole la mayor parte de él—de una tendencia nueva que el autor denomina «emotivismo» y que propone como la forma artística propia del porvenir. Con tal motivo nos da á conocer las que, según él, son las «bases filosóficas» de la nueva tendencia y estudia las cuestiones relativas á la «modalidad del fondo emovista (¿pesimismo, optimismo ó impasibilidad?)» á «la moral en el arte» con aplicación á la tendencia emotivista, á las «relaciones del emotivismo con las artes bellas» y al emotivismo en la «vida social.»

En resumen, mi juicio sobre la obra del Sr. Llanas es que es un buen libro; que el autor no se ha puesto á escribirlo (como tantos lo hacen) sin bastante preparación; que en él se tocan problemas de gran sustancia y se tratan por lo regular de manera aceptable; que el Sr. Llanas necesita, sin embargo, definir y precisar mucho más sus ideas, ora corroborando las que al presente mantiene, ora rectificándolas y completándolas: cosa que hará seguramente, á medida que vaya estudiando más y más, pues el Sr. Llanas, que creo es muy joven, no será de los que se detienen dado el primer paso, ni habrá de confundirse con aquellos á quienes él con razón censura, los cuales se pasan el tiempo en fruslerías y nimiedades; y por fin, que también debe procurar ser más claro en su lenguaje, lo que es de esperar ocurra tan luego como logre conquistar mayor precisión y claridad en sus ideas.

P. DORADO.

Le Musée criminel. Crimes et peines d'autrefois; reproductions d'estampes anciennes, par Henry Varennes et Edgard Troimaux.—París, Société française d'éditions d'art. Sin indicación de año (1899). — Publicación en cuadernos de 16 páginas, en gran tamaño, apaisados, con veinte reproducciones cuando menos de estampas antiguas cada uno; 0,60 francos cada cuaderno.

La economía de fuerzas, ó sea la adopción del mínimo medio, es una ley y á la vez una señal de progreso. Y lo es en materia de enseñanza y de aprendizaje, tanto como en otra cualquiera. De aquí, la preferencia dada cada vez más á la enseñanza intuitiva y de cosas sobre la enseñanza meramente verbalista y memorista, de fórmulas; de aquí, el empleo, de día en día mayor, de los viajes y las excursiones, y á falta de ellas, de las representaciones gráficas de toda clase (fotografías, proyecciones, diagramas, reproducciones, vistas, mapas, etc., etc.) de aquello que se quiere enseñar. Más, mejor y en muchísimo menos tiempo se aprende y conoce de una ciudad, de un país, del modo de explotar una mina, del de funcionar una máquina, observando tales cosas *de visu*, que oyendo hacer ó leyendo uno mismo largas descripciones de ellas, sobre todo, si no van acompañadas esas descripciones de grabados y láminas; más, mejor y en muchísimo menos tiempo se aprende y conoce de geografía mediante viajes, excursiones y mapas, de historia natural y biología con el estudio directo de los seres, que forzando un día y otro la memoria (como á la generalidad nos ha sucedido) para retener, mientras llega el examen y olvidarlo el día después, arrojándolo como carga inútil, largas listas de nombres raros de ciudades, cuya posición no enseña el profesor en el mapa, ó las propiedades de un mineral que nadie se cuida de mostrar, ó cuadros sobre cuadros, á cual más complicado y fastidioso, de las clasificaciones de las aves, de los insectos ó de las plantas dicotiledoneas.

La necesidad del empleo de los procedimientos gráficos y representativos se va reconociendo poco á poco también en

aquellas disciplinas que parecían refractarias á ellos: las ciencias llamadas morales y jurídicas. Novicow, v. gr., ha propuesto no hace mucho tiempo un método de notación sociológica (que no debe considerarse sino como un ejemplo de lo muchísimo que cabe hacer en esta materia), mediante el cual, la vista de un cuadro representativo cuidadosamente hecho sustituye con enorme ventaja á gruesos volúmenes descriptivos. Y no se diga lo que abrevian, para el estudio de todo género de fenómenos sociales, los estados de cifras, y después las gráficas que reducen estos mismos estados.

Tal es la idea que ha inspirado á los autores de *Le musée criminel*, según dicen ellos mismos; idea idéntica á la que ha engendrado los modernos portfolios. « Ya no se lee — escriben. — No hay tiempo para leer. Y sin embargo, nunca ha sido mayor el deseo de saber. La curiosidad pública se va despertando cada vez más. De aquí los portfolios, los panoramas que dan la vuelta al mundo; de aquí, todos esos albums que enseñan por medio de imágenes la historia ó la geografía, los cuales tienen más atractivo que los libros. En pocos instantes se les hojea, y sus dibujos se graban en el espíritu dando á éste nociones precisas y definitivas. Y no es tan sólo la falta de vagar y de facilidades lo que ha determinado el éxito grande de semejantes albums. Es también que el espíritu actual tiene por característica la necesidad del detalle exacto y pintoresco, el amor del color local y del documento menudo. — Tales son las ideas que hemos tenido presentes para componer esta colección de estampas antiguas ».

La colección está muy bien hecha, en papel excelente, muy limpia, bien ordenada, con el texto indispensable para explicar la significación de los grabados. En cuanto á su utilidad, nada hay que añadir á lo dicho. Y no ya tan sólo es útil para entretener los ocios de los desocupados y satisfacer la mera curiosidad, sin finalidad alguna, de muchísimas gentes que miran no más que por mirar y van pasando hojas y hojas sin ver substancia alguna detrás de ellas, sino que tiene

también una utilidad que podemos llamar científica. Estas colecciones ayudarán grandemente á formar una historia exacta y más completa de la que hoy tenemos del derecho penal. ¡Ojalá hubiera alguien que acometiera entre nosotros un trabajo análogo al realizado en Francia por MM. Varennes et Troimaux! Seguramente haría mucho más por su patria que siendo diputado ó ministro silvelista.

P. DORADO.

Il Governo parlamentare, por Attilio Brunialti.—Un folleto de 17 páginas. Turín, 1898.—Su precio, 0,80 liras.

Contiene este nuevo trabajo del infatigable y conocido publicista Sr. Brunialti, el discurso ó lección preliminar con que el autor inició un curso libre de Derecho constitucional en la Universidad de Roma. El tema de la lección es la defensa del régimen parlamentario contra los ataques que desde muy distintos campos se le dirigen en Italia y fuera de Italia. Sin desconocer el Sr. Brunialti los defectos del Gobierno parlamentario, estima que debe considerarse como un Gobierno que ha sabido, cual ningún otro, armonizar la libertad y la monarquía, además de ser el Gobierno que ha garantizado y consentido una mayor amplitud y crudeza á la crítica política.

A. POSADA.

OBRAS NUEVAS

- Acó (S. D.)—El Guardia civil; episodios de su vida y servicios. En 8.º 189 págs.: 2 pesetas.
- Adsuar y Moreno (J.)—La enseñanza del dibujo en las escuelas primarias y normales de España. En 8.º may., 374 págs.: 4 pesetas.
- Alegre (Dr.)—Arte de vivir mucho tiempo. En 8.º, 114 págs.: 1 peseta.
- Almanaque «El sui generis» para 1900. En 8.º, 128 págs.: 50 céntimos.
- Alvarez Quintero (S. y S.)—Los borrachos; sainete. En 4.º, 52 páginas: 1 peseta.
- Aramburu y Zuloaga (F. de).—Monografía de Asturias. En 4.º, vi-510 págs.: 5 pesetas.
- Arceiz Grañena (E.)—Frente á mi ventana; poema. En 4.º, 16 páginas: 30 céntimos.
- Autrán (J. G.)—Páginas revolucionarias. En 8.º, 236 págs.: 2 pesetas.
- Bellver de Oña (A.)—El juicio criminal; manual teórico-práctico. En 8.º, 523 págs.: 7 pesetas.
- Bereterra (I.)—Despertador del alma descuidada en el negocio máximo de su salvación. En 12.º, 383 págs.: 1,25 pesetas.
- Biblioteca bascongada. *Tomo XXXVIII*. Versos de Faustino Díez Gaviño. *Tomo II*. En 8.º, 188 págs.: 2 pesetas.
- Boixet (E.)—Busca buscando; colección de artículos. En 8.º, 248 págs.: 2 pesetas.
- Cordons (L. de).—La caballería independiente ante los cursos de agua. En 4.º, 125 págs.: 3 pesetas.
- Brunel (G.) y Reiner (A.)—El retrato en las habitaciones. En 8.º, 168 págs.: 1,50 pesetas.
- Burrel (R.)—Relación histórica y monografía del lugar de Torres del Obispo. En 8.º, 239 págs.: 1,50 pesetas.
- Casa Valencia (C. de).—Contestación documentada al discurso del Sr. Muro en el Congreso el 26 de Julio de 1899. En 8.º, 64 páginas: 50 céntimos.
- Castillo y Soriano (J. del).—El abogado-consultor de la mujer; derechos y deberes de la mujer espa-

- ñola. En 8.º, 383 págs.: 5 pesetas.
- Cuellar (J. de).—Neurosis. En 8.º, 159 págs.: 60 céntimos.
- Darwin (C.)—Viaje de un naturalista alrededor del mundo. En 4.º, dos tomos, 351 y 394 págs.: 15 pesetas.
- Domínguez Berrueta (M.)—Universalidad del magnetismo. En 4.º, VIII-109 págs.: 3 pesetas.
- Evero.—Páginas de caza españolas y americanas. En fol., 319 páginas: 10 pesetas.
- Fernández Cuesta (N.)—Instantáneas de higiene. En 8.º, 212 páginas: 2 pesetas.
- García Alvarez (E.) y Paso (A.)—Alta mar; juguete cómico en un acto. En 4.º, 33 págs.: 1 peseta.
- García Ardura (M.) y García Vinuesa (M.)—Esperanza; comedia en tres actos. En 4.º, 73 páginas: 2 pesetas.
- Legarde y Carriquiry (N.)—Ideas generales sobre armas portátiles. En 4.º, 154 págs.: 2,50 pesetas.
- Lezo y Vasco (J. M. de).—Recepciones diplomáticas. En 4.º, 73 páginas: 4 pesetas.
- López Zaragoza (J.)—Gibraltar y su campo. En 4.º, 188 págs.: 3 ps.
- Mariscal y García (N.)—El III Congreso internacional de medicina legal. En 4.º, 228 págs.: 5 pesetas.
- Martínez Frías (G.)—Guía práctico para los sargentos, cabos y soldados en servicio activo. En 12.º, 127 págs.: 50 céntimos.
- Millares Cubas (L. y C.)—De la tierra canaria. La deuda del Comandante. Los inertes. En 8.º, 413 págs.: 3 pesetas.
- Noneva y Pujol (J.)—La Asamblea nacional de productores. En 4.º, 259 págs.: 2 pesetas.
- Montón y Montoliu (J.)—Elementos de Historia de España. En 8.º, 228 págs.: 75 céntimos.
- No (R. de) y Caveró (F. A.)—En justa vindicación. Antecedentes y consideraciones acerca de un litigio de actualidad. En 4.º, 120 páginas. *Edición para regalo.*
- Obiols (F. L.)—Garín; leyenda histórica popular. En 8.º, 124 páginas: 50 céntimos.
- Olivar (M. de).—Colección de los tratados, convenios y documentos internacionales celebrados por nuestros Gobiernos con los Estados extranjeros, desde el reinado de Doña Isabel II hasta nuestros días. *Volumen noveno de la colección completa.* En 4.º mayor, VI-552 págs.. 15 pesetas.
- Orduña y Merry (A.)—La intendencia y la intervención de guerra; apuntes sobre organización. En 4.º, 71 págs.: 75 céntimos.
- Orts-Ramos (T.)—Eróticos y sentimentales. En 12.º, 63 págs.: 1 peseta.
- Palacio Valdés (A.)—¡Solo! novela. En 12.º, 98 págs.: 75 céntimos.
Biblioteca Mignon, tomo IV.
- Palacio Valdés (A.) y Alvarez Mijares (J.)—La suegra de Timoteo; juguete cómico en un acto. En 4.º, 38 págs.: 1 peseta.
- Panteones y sepulcros en los cementerios de Madrid. En folio IV. 14 hojas de texto y 14 fototipias: 12,50 pesetas.
- Poal y Jofresa (J.)—La protección del derecho inmobiliario. En 4.º, 212 págs.: 4 pesetas.
- Quesada (E.)—La cuestión femenina.—Buenos Aires: Imprenta de Pablo E. Coni é Hijos, 1899. En 8.º, 47 págs.
- Ramírez (R.) y Domínguez (J.)—Los cencerros; juguete cómico-

- lirico en un acto. En 4.º, 33 páginas: 1 peseta.
- Ramón y Cajal (S.)—Textura del sistema nervioso del hombre y de los vertebrados; estudios sobre el plan estructural y composición histológica de los centros nerviosos, adicionados de consideraciones fisiológicas, fundadas en los nuevos descubrimientos. En 4.º *Cuaderno III*, que contiene los pliegos 30 á 36: 4 pesetas.
- Revenga (R.) y Piñana (F.)—Salvadora, y... Salvadora; juguete cómico en un acto. En 4.º, 29 págs.: 1 peseta.
- Rodríguez Navas (M.)—Resumen de historia crítica de España. En 4.º, 354 págs.: 4 pesetas.
- Rosado Brincau (R.)—Nociones de derecho común y militar. En 8.º, xv-264 págs.: 4 pesetas.
- Ruano y Corbo (J. M.)—El alma; estudios metafísicos. En 8.º, 231 páginas: 3 pesetas.
- Ruiz Balbás (C.)—Contabilidad; guía del Capitán cajero de los Cuerpos de Ejército en guarnición y en campaña. En 4.º, 45 páginas: 2 pesetas.
- Sánchez-Navarro y Neumann (M.)—Manual de ginecología. Asepsia y antisepsia. Anestesia. En 4.º, vi-381 págs.: 7 pesetas.
- Sierra (E.)—La contradanza; comedia en un acto. En 4.º, 29 págs.: 1 peseta.
- Soldevilla (C. M.)—Recién casada; cartas á una amiga. En 8.º, 137 páginas: 1 peseta.
- Soubies (A.)—Histoire de la musique. *Tome II*. Espagne, les XVII et XVIII siècles. En 12.º, 84 páginas con grabados: 2 pesetas.
- Urales (F.)—Honor, alma y vida; drama en tres actos. En 8.º, 123 págs.: 2 pesetas.
- Valbuena (A. de).—Des-trozos literarios. En 8.º, 287 págs.: 3 pesetas.
- Velázquez (J. G.)—Operaciones ineludibles y extracción de cuerpos extraños de las vías naturales. En 8.º, 200 págs.: encartonado. 4 pesetas.
- Vidal y Careta (F.)—Estudio de las razas humanas que han poblado sucesivamente la Isla de Cuba. En 4.º, 134 págs.: 6 pesetas.
- Villaespesa (F.)—Luchas (verso). En 12.º, 124 págs.: 2 pesetas.
- Villafáfila Hernández (E.)—Destellos; poesías líricas. En 12.º, 124 páginas: 1 peseta.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Tierras vírgenes</i> (novela) continuación, por Ivan Turgueneff.....	5
<i>Un drama de la Pasión en Persia</i> , por Mateo Arnold.....	50
<i>Poetas americanos: Retratos.—Leda</i> , por Ruben Darío.....	81
<i>Cómo se puede reformar la Constitución de 1876</i> , por Adolfo Posada.	84
<i>El discurso de la apertura de los Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo</i> , por P. Dorado.....	94
<i>Discursos á la Nación Alemana: A qué realidad presente deberá en- lazarse la nueva educación de los alemanes</i> , por Juan T. Fichte.	117
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	132
<i>Revista Hispanoamericana</i> , por Iob.....	141
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	160
<i>Notas bibliográficas</i> , por A. Posada y P. Dorado.....	192
<i>Obras nuevas</i>	200

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración, Cuesta de Santo Domingo,
16, principal.—MADRID

N.º del Catál.º	Pesetas.	N.º del Catál.º	Pesetas
175		124	
Aguanno. — La génesis y la evolución del Derecho civil.	15	— Una Historia sin nombre.	3
176		110	
— La Reforma integral de la legislación civil.	4	— Venganza de una mujer.	3
177		130	
Alcofurado. — Cartas amatorias de la monja portuguesa.	3	Baudelaire. — Los paraísos artificiales.	3
178		163	
Anónimo. — ¿Académicas?	1	Becerro de Bengoa. — Trueba.	1
179		174	
— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.	1	Bergeret. — Eugenio Mouton (Merinos)	1
180		169	
Araujo. — Goya.	3	Bourget. — Hipólito Taine.	0,50
183		300	
Arenal. — El Delito colectivo.	1,50	Buisson. — La Educación popular de los adultos en Inglaterra.	6
182		185-186	
— El Derecho de gracia.	3	Burgess. — Ciencia política y Derecho constitucional comparados (dos tomos).	14
181		187	
— El Visitador del preso.	3	Buylla. — Economía.	12
114		36-37	
Arnold. — La crítica en la actualidad.	3	Campe. — Historia de América (dos tomos).	6
172		156	
Asensio. — Fernán Caballero.	1	Campoamor. — Cánovas.	1
39		79	
— Martín Alonso Pinzón.	3	— Doloras, cantares y humoradas.	3
184		69	
Asser. — Derecho Internacional privado.	6	— Ternezas y flores.	3
111		188	
Balzac. — César Birotteau.	3	Carnevale. — Filosofía jurídica.—Crítica penal.	5
54		189	
— Eugenia Grandet.	3	— La cuestión de la pena de muerte.	3
112		102	
— La Quiebra de César Birotteau.	3	Caro. — Costumbres literarias.	3
62		140	
— Papá Goriot.	3	— El Derecho y la fuerza.	3
76		58	
— Ursula Mirouet.	3	— El pesimismo en el siglo XIX.	3
2		65	
Barbey d'Aurevilly. — El Cabecilla.	3	— El suicidio y la civilización.	3
12			
— El Dandismo y Jorge Brummel.	3		
131			
— La Hechizada.	3		
120			
— Las Diabólicas.	3		

N.º del Catál.º	Pesetas.	N.º del Catál.º	Pesetas.
127 — Littré y el Positivismo.....	3	198-199 Framarino dei Malatesta.—Lógica de las pruebas (dos tomos)....	15
293 Castro.—El libro de los galicismos.....	3	201 Garofalo. — Indemnización á las víctimas del delito.....	4
190-191 Collins. — Resumen de la filosofía de Spencer (dos tomos).....	15	200 — La criminología.....	10
64 Coppée.—Un idilio.....	3	202 — La superstición socialista.....	5
40 Cherbuliez. — Amores frágiles.....	3	98 Gautier.—Bajo las bombas prusianas.....	3
26 — La tema de Juan Tozudo.....	3	167 — Enrique Heine.....	1
93 — Meta Holdenis.....	3	132 — Madama de Girardin y Balzac.....	3
18 — Mis Rovel.....	3	121 — Nerval y Baudelaire..	3
91 — Paula Mere.....	3	70 Gay.—Los Salones célebres.....	3
297-298 Darwin. — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (dos tomos)..	15	261 Giddings.—Principios de Sociología.....	10
59 Daudet.—Cartas de mi molino.....	3	286 Giuriati. — Los errores judiciales.....	7
125 — Cuentos y fantasías..	3	203 Gladstone.—Los grandes nombres.....	5
38 — El sitio de París.....	3	164 — Lord Macaulay.....	1
13-14 Jack (dos tomos).....	6	287 Goethe.—Memorias.....	5
22 — La Evangelista.....	3	21 Goncourt. — Germinia Lacerteux.....	3
46 — Novelas del lunes....	3	205 — Historia de la Pompadour.....	6
100 — Tartarín en los Alpes.	3	204 — Historia de María Antonieta.....	7
166 Dorado. — Concepción Arenal.....	1	44 — La Elisa.....	3
289 — El Reformatorio de Elmira.....	3	61 — La Faustín.....	3
192 — Problemas jurídicos contemporáneos.....	3	129 — La señora Gervaisais..	3
31 Dostoyusky. — La casa de los muertos.....	3	6 — Querida.....	3
33 — La novela del presidio.	3	11 — Renata Mauperín....	3
193 Engels. — Origen de la familia, de la propiedad y del Estado.....	6	206 González. — Derecho usual.....	5
162 Fernán Flor.—Tamayo..	1	282-283 Goodnow.—Derecho administrativo comparado (dos tomos).....	14
158 — Zorrilla.....	1	207 Goschen.—Teoría de los cambios extranjeros...	7
155 Fernández Guerra. — Hartzenbusch.....	1	208 Grave. — La sociedad futura.....	8
92 Ferrán.—Obras completas.....	3	209 Gross. — Manual del juez.....	12
73 Ferry.—Nuevos estudios de Antropología.....	3	210 Gumplowicz. — Derecho político filosófico.....	10
24 Flaubert. — Un corazón sencillo.....	3	211 — Lucha de razas.....	8
196-197 Fouillee. — Historia de la filosofía (dos tomos)	12	212 Guyau. — La educación y la Herencia.....	8
195 — La ciencia social contemporánea.....	8	290 Hamilton. — Lógica parlamentaria.....	2
194 — Novísimo concepto del derecho.....	7		

N.º del Catál.º	Pesetas.	N.º del Catál.º	Pesetas.
213 Hausonville. — La juventud de Lord Byron.	5	284 Meneval. — María Estuardo.....	6
41 Heine.—Memorias.....	3	118 Merimee.—Colomba....	3
214 Hunter. — Sumario del Derecho romano.....	4	133 — Mis perlas.....	3
215 Ihering.—Cuestiones jurídicas....	5	229 Meyer.—Derecho Administrativo.—La Administración y la organización administrativa..	5
216 Janet.—La familia....	5	230-231 Miraglia.—Filosofía del Derecho (dos tomos)	15
217 Kells Ingram. — Historia de la Economía política.....	7	296 Mommsen.—Derecho público romano.....	12
218 Kidd. — La evolución social.....	7	170 Molins. — Bretón de los Herreros.....	1
219 Koch y otros. — Estudios de higiene general.	3	295 Murray.—Historia de la Literatura clásica griega... ..	10
295 bis. Korolenko. — El desierto de Sajalín.....	2,50	232 Neera.—Teresa.....	3
299 Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7	233 Neumann.—Derecho Internacional público moderno.	6
221 Laveleye. — Economía política.....	7	157 Pardó Bazán.—Alarcón.	1
220 Lange.—Luis Vives....	2,50	171 — Campoamor.....	1
288 Lemonnier.—La Carnicería (Sedán).....	3	151 — El P. Luis Coloma...	2
83 Lombroso. — Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología criminal.....	3	168 Passarge.—Ibsen.....	1
72 — El Hipnotismo.....	3	161 Picón.—Ayala.....	1
222 — La Escuela criminológico positivista.....	7	234 Posada. — La Administración política y la Administración social....	5
135 — Ultimos progresos de la Antropología criminal.	3	235 Renán. — Estudios de historia religiosa.....	6
223 Lubbock. — El empleo de la vida.	3	236 — La Vida de los Santos. 56-57 — Memorias íntimas (dos tomos).....	6
99 — La Vida dichosa.....	3	237-238 Ricci. — Tratado de las pruebas (dos tomos).	20
28-29 Macaulay. — Estudios jurídicos (dos tomos)...	6	285 Rod.—El silencio.....	3
294 — La Educación.....	7	122 Sainte-Beuve. — Retratos de mujeres.....	3
224 Manduca. — El Procedimiento penal.....	5	49 — Tres mujeres.....	3
225-226-227 Martens.—Derecho internacional (público y privado) (tres tomos).....	22	84 Sardou.—La Perla Negra.....	3
173 Maupassant.—Emilio Zola.....	1	240 Savigny. — De la vocación de nuestro siglo para la legislación...	3
228 Max-Muller.—Origen y desarrollo de la religión.....	7	242 Schopenhauer. — El mundo como voluntad y como representación.	12
160 Menéndez y Pelayo.—Martínez de la Rosa...	1	78 — Estudios escogidos...	3
152 — Núñez de Arce.....	1	241 — Fundamento de la moral.....	5
		243 Sighele.—El delito de dos	4
		244 — La muchedumbre delincuente.....	4

N.º del Catál.º	Pesetas.	N.º del Catál.º	Pesetas.
245	5	74	3
256	8	108	3
253	7	103	3
254	7	104-105	6
257	10	107	3
255	7	272	3
248	6	109	3
246	7	273	3
247	7	271	6
249	6	239	10
251-252	12	134	3
258-259	12	5	3
260	9	7	3
250	7	71	3
292	3	63	3
136	3	77	3
138	3	10	3
262	12	34	3
27	3	81	3
291	3,50	15	3
263	7	115	3
265	8	52	3
264	4	117	3
266	7	20	3
267	12	1	3
96	3	95	3
101	3	48	3
66	3	90	3
106	3	3	3
268	7	85	3
269	7	113	3
270	7	126	3
		75	3
		94	3
		294	7
		89	3
		97	3
		25	3
		123	3
		47	3
		8	3

N.º del Catál.º	Pesetas.	N.º del Catál.º	Pesetas
139	3	53	3
16	3	— Los Aparecidos y Edda Gabler.	3
137	3	143	1
80	3	Zola.—Balzac.	1
60	3	148	1
281	8	— Chateaubriand.	1
Uriel. — Historia de Chile.	8	144	1
153	1	— Daudet.	1
Valera. — Ventura de la Vega.	1	146	1
116	3	— Dumas (hijo).	1
Varios autores.—Cuentos escogidos.	3	86-87	6
276	12	— El Doctor Pascual (dos tomos)	6
— El Derecho y la Sociología contemporáneos. .	12	50-51	6
274-275	15	— El naturalismo en el teatro (dos tomos).	6
— La nueva ciencia jurídica (dos tomos). .	15	35	3
277	3	— Estudios críticos.	3
— Novelas y caprichos. .	3	17	3
55	3	— Estudios literarios. .	3
— Ramillete de cuentos. .	3	147	1
82	3	— Flaubert.	1
— Tesoro de cuentos. ...	3	154	1
278	10	— Gautier.	1
Vivante.—Derecho mercantil.	10	141	1
4	3	— Jorge Sand.	1
Wagner.—Recuerdos de mi vida.	3	23	3
279-280	15	— Lanovela experimental	3
Wolf.—Historia de las literaturas castellana y portuguesa (dos tomos). .	15	9	3
43	3	— Las Veladas de Medán.	3
Ibsen.—Casa de muñeca. .	3	149	1
119	3	— Los Goncourt.	1
— La Dama del mar y Un enemigo del pueblo.	3	67-68	6
		— Los novelistas naturalistas (dos tomos). .	6
		30	3
		— Mis odios.	3
		150	1
		— Musset.	1
		32	3
		— Nuevos estudios literarios.	3
		165	1
		— Sainte Beuve.	1
		145	1
		— Sardou.	1
		159	1
		— Stendhal.	1
		142	1
		— Víctor Hugo.	1